

ESTÉBANEZ CALDERÓN

(EL SOLITARIO)

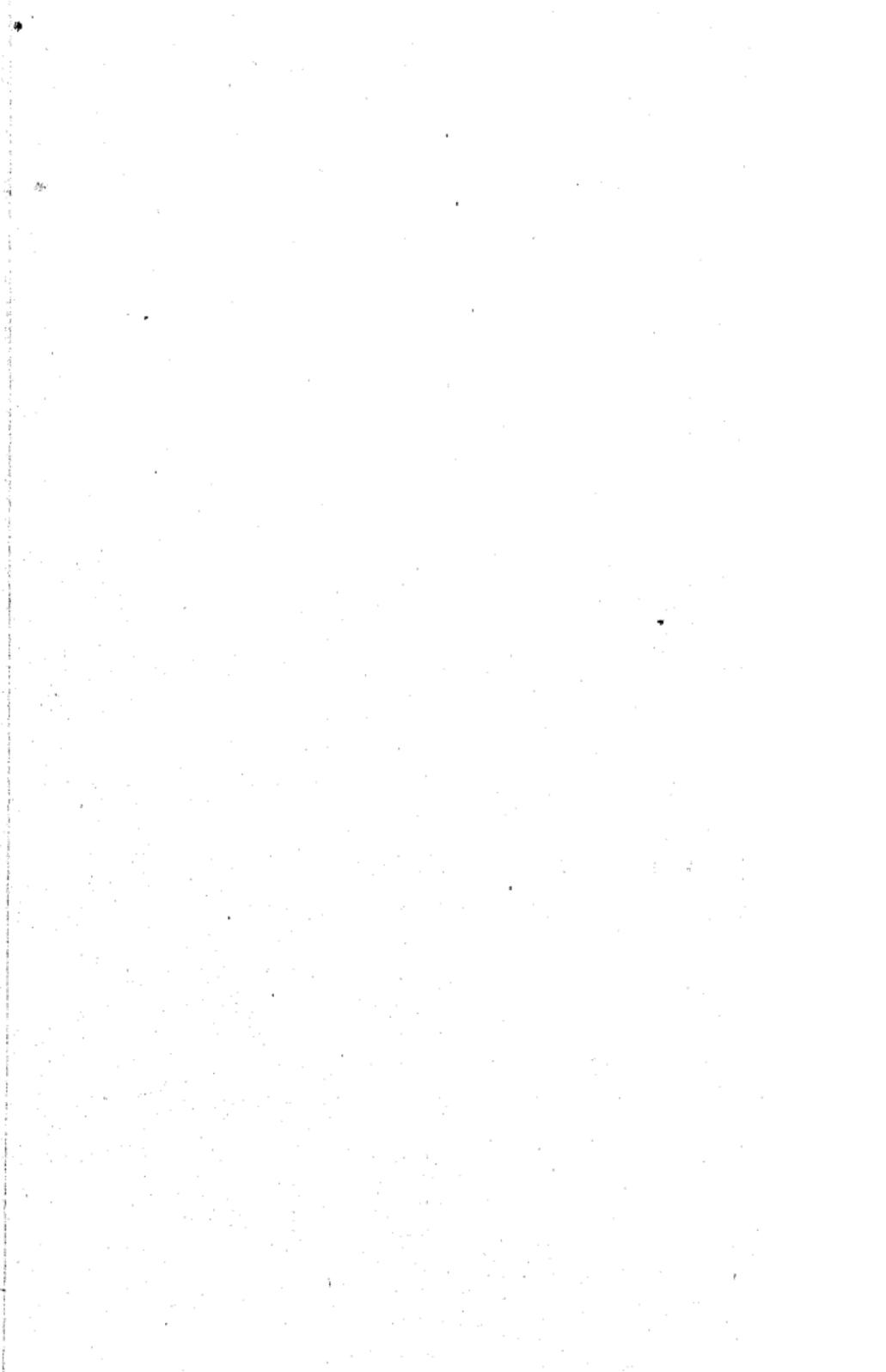
ESCENAS ANDALUZAS

PUPPETE Y BALAJEA.—LA RIVA ANDALUZA.—EL DOLIDO.—LOS PLANDI-  
DOS EN EL FRUO.—EL ASPIRO DE LOS ANDALUCES.—LA FERIA DE  
MADRENA.—D. OPANDO.—LA CRISTINA.—EL DORCE Y EL BRONFOS.  
—TOMOS Y BRINCOS DE LA JURTA.—UN BAILE EN TRIANA.—ASAB-  
OLA GIEHVAL.—BAILE AL OBO Y DANSA ANTIGUA.—GRACIAS Y IMP-  
NAMES DE LA CASA.—PSICOLOGIA Y CRISTOS DEL VIARDO.



MADRID

1883



COLECCIÓN  
DE  
ESCRITORES CASTELLANOS  
—  
NOVELISTAS



EX LIBRIS.

R-33766

ANT  
XIX  
1948



# OBRAS

DE

D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERON



ESCENAS ANDALUZAS

## TIRADAS ESPECIALES

---

25 ejemplares en papel China.....	<i>1 á XXV</i>
25 » en papel Japón.....	<i>XXVI á L</i>
100 » en papel de hilo.....	<i>1 á 100</i>

COLECCIÓN DE  
NOVELISTAS

# ESCENAS ANDALUZAS

POR

D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN

(EL SOLITARIO)

PULPHET Y BALBEJA.—LA RIPA ANDALUZA.—EL BOLERERO.—LOS FILÓSOFOS EN EL FIGÓN.—EL ASOMBRO DE LOS ANDALUCES.—LA FERIA DE MARENNA.—D. OPANDO.—LA CELISTINA.—EL ROQUE Y EL BRONQUIS.—TOROS Y EJERCICIOS DE LA JINETA.—UN BAILE EN TRIANA.—ASAMBLEA GENERAL.—BAILE AL USO Y DANZA ANTIGUA.—GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAVA.—FISIOLOGÍA Y CHISTES DEL CIGARRO.

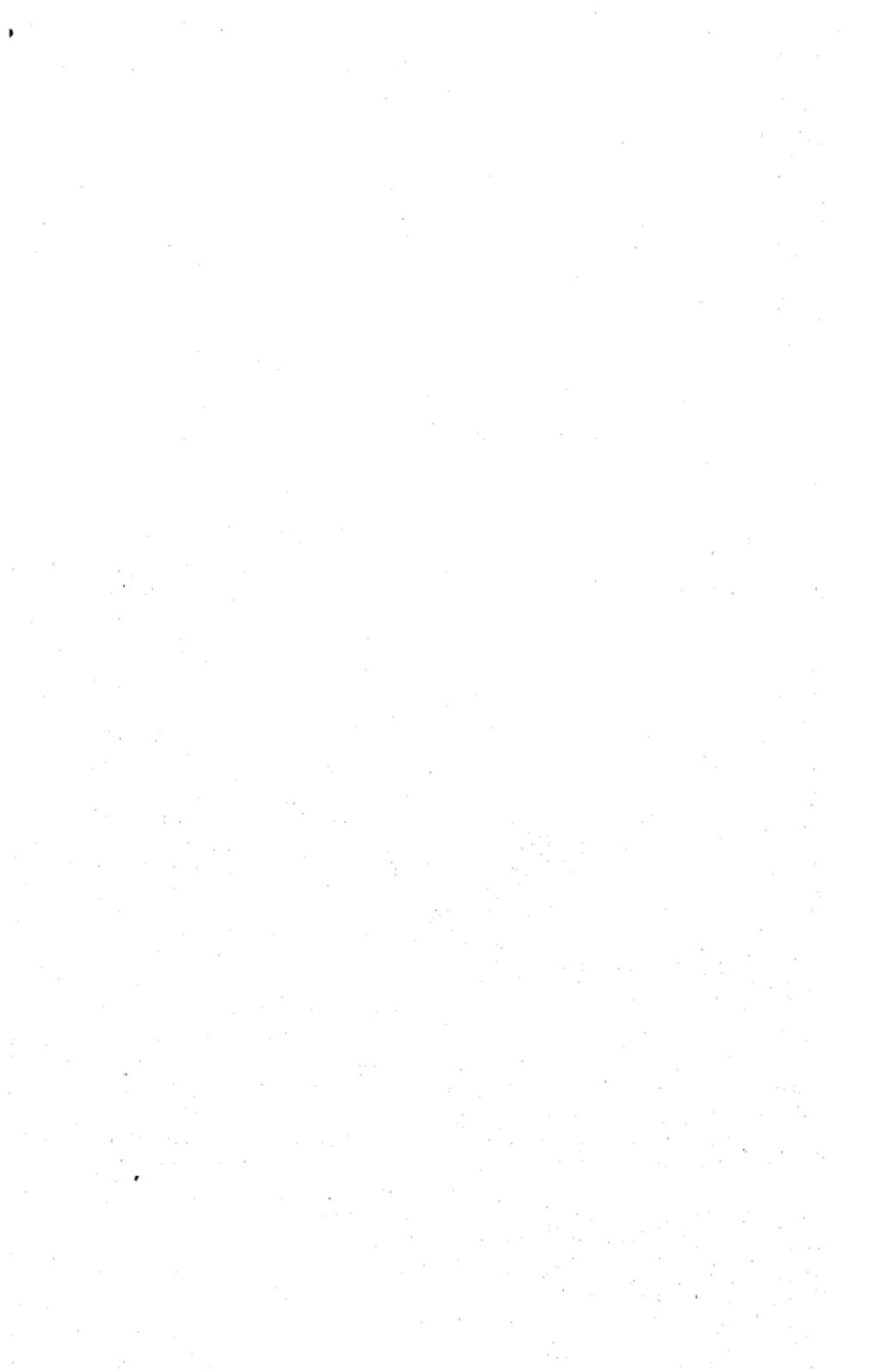


MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

1883

NOVELISTAS





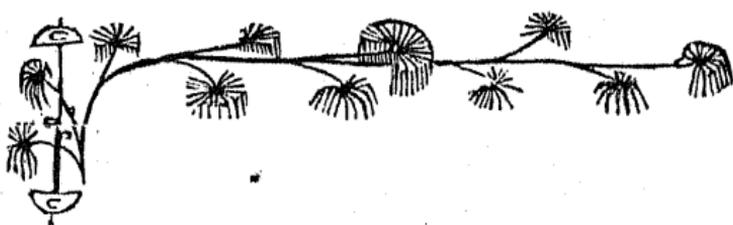
## ADVERTENCIA.

---

COMO podrá echar de menos el lector en este tomo de las obras del erudito é ingeniosísimo escritor D. Serafin Estébanez Calderón algunos de los artículos incluidos en la primera edición de las ESCENAS ANDALUZAS, bueno será explicar la causa de estas omisiones. No todos los que allí se coleccionaron encajaban en el título capital del libro; pero siendo el único que se daba á luz entonces, fué preciso comprender en él los trabajos más notables sobre costumbres españolas que hasta entonces había escrito el insigne SOLITARIO: ahora que van á publicarse varios tomos, nos ha parecido conveniente ordenar y clasificar lo

que cada uno ha de contener, llevando los versos al de *Poesías*, y á otro de *artículos sueltos* aquellos que por la variedad de asuntos no podían formar grupo; con lo cual exponemos, y aun queremos justificar, las omisiones que pudieran notarse en la segunda edición de las ESCENAS ANDALUZAS.





## DEDICATORIA A QUIEN QUISIERE.

---

**S**E cuenta por contadores de cuenta (y en verdad que es historia muy de contar) un cuento asaz curioso, que antes hemos de poner aquí por punta y comienzo, que no por fin y contera de este librejo. Cuéntase, pues, que entre los muchos que siempre han bullido en Andalucía, hubo en Granada cierto poeta con la más graciosa manía que puede imaginarse. Con mucha vena componía bastante; con algo de vanidad (achaque del oficio), no buscaba Meceñas ni lectores; con sobra de pereza, fruta de tales árboles, no quería escribir ni corregirse, y con muy mucho de pobreza, diptongo inseparable de la profesión, ni podía darse á la estampa, ni saber á punto fijo si sus inspiraciones merecían nombre de versos, ó la fresca calificación de *verzas*. Para salir de tantos y tan diversos

pensamientos, le sugirió su imaginativa cierta traza admirable, que al punto la redujo á puntual y cumplida práctica. Por la ventana del zaquizamí que habitaba en los trasbarrios de la ciudad morisca, sacaba la cabeza al mundo, y ya en las primeras horas de la mañana, y ya en las horas reposadas de la siesta, inevitable y cuotidianamente daba la voz al viento con acento, ora ditirámico, ora grave, ora socarrón y picaresco, dando así salida á los caprichos é inspiraciones de su musa, sin anuencia de nadie, sin previa citación al público, y sin recado preventivo ni invitatorio á bicho alguno piante ni mamante. Á la curiosidad acudieron desde luego algunos oyentes, quier lavanderas, quier soldados, cuáles pelaires y de menestralería, cuáles estudiantes y otra más gente de zambra y fiesta, aunque toda de poca alfangía y menos pelo. Bien quisiera nuestro hombre, mitad orate, mitad poeta, ver mejorar la calidad de su auditorio, ya que en cuanto á la cantidad no estuviese disgustado del todo al todo; pero considerando que el remedio no era en su mano, y por la regla que no se consuela en el mundo sino el que es necio de capirote, dijo un día, si contento, si jactancioso: al fin *tengo auditorio, y auditorio de Españoles.*

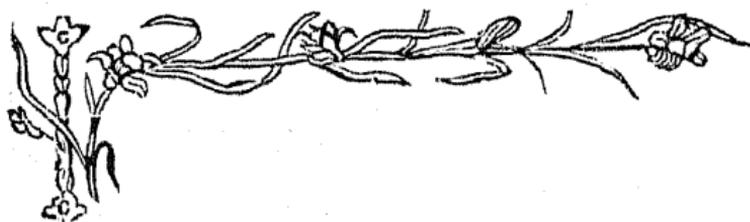
Yo también, asomando mi cabeza de vez en cuando por esta mi ventana de trapo viejo, ba-

tanado y trocado en papel flamante, si me veo con auditorio de charpa y cuatro dedos de enjundia de españolismo en sus inclinaciones y gustos, como si dijéramos con oyentes y leyentes de la gente buena y bizarra de la tierra, mata-dores de toros, castigadores de caballos, atemorizantes de hombres, cantadores, bailadoras, hombres del camino y más que yo me sé, así de calzón y botín como de mantellina y sayas, también exclamaré con su retintín de vanidad y orgullo : *Por fin y corona tengo auditorio, y auditorio de Españoles.*

Si tú, el que me escuchas ó lees, ¡oh cándido oyente ó pío lector!, no eres de alguno de los gremios susonombados, atiende á lo que digo: antes de maldecirme ó dejarme al lado, que es mucho peor, pásate y da un bureo por Triana de Sevilla, Mercadillo de Ronda, Percheles de Málaga, Campillo de Granada, barrios bajos de Madrid, el de la Viña de Cádiz, Santa Marina de Córdoba, murallas de Cartagena, Rochapea de Pamplona, San Pablo de Zaragoza, y otras más partes en donde vive y reina España, sin mezcla ni encruzamiento de herejía alguna extranjera; y si al volver y virar en redondo no me lees con algo del apetito y sabor, date por precito y relapso en materias españolas, que para ti *nulla est redemptio* y estás excomulgado á mata candelas. Si, por el contrario, en aquellos

yermos y santas compañías has aprendido ahora ó recordado luego lo que nunca debiste olvidar, ó fuistes obligado á saber de coro desde tus primeros abriles, date por absuelto, y entra y cuéntate ya en redil y aprisco de la gente buena y legítima, y solázate y recreáte conmigo, tú leyendo y yo relatando aquellas escenas sin par, aquellos rasgos españoles sin dudar en ello, y aquellas bizarrías que tanta gentileza manifiestan en la persona, cuanto esfuerzo revelan en el ánimo. Si de estos eres, recibe la pescozada de adopción y mi bendición patriarcal, y plegue al cielo que vivas más años que la CONSTITUCIÓN DE 1845.





## PULPETE Y BALBEJA.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA PLAZUELA DE  
SANTA ANA.

Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuec, y no hubo nada.

(CERVANTES.)

**N**o hay más decir sino que Andalucía es la mapa de los hombres rigulares, y Sevilla el ojito negro de tierra de donde salen al mundo los buenos mozos, los bien plantados, los lindos cantadores, los tañedores de vihuela, los decidores en chiste, los montadores de caballos, los llamados atrás, los alaenceadores de toros, y, sobre todo, aquellos del brazo de hierro y de la mano airada. Si sobre estas calidades no tuvieran infundida en el pecho más de una razonable prudencia, y el diestro y siniestro brazo no los hubieran como atados á un fino bramante que les tira, modera y detiene en

el mejor punto de su cólera, no hay más *tus tus* sino que el mundo sería á estas horas más yermo que la Tebaida....

Por fortuna, estos paladines de capa y baldeo se contienen, enfrenan y han respeto los unos á los otros, librando así los bultos de los demás, copiando de aviesa manera lo que llaman el equilibrio de la Europa.

Aquí tose el autor con cierta tosecilla seca, y prosigue así relatando.

Por el ámbito de la plazuela de Santa Ana, enderezándose á cierta ermita de lo caro, caminaban en paso mesurado dos hombres que en su traza bien manifestaban el suelo que les dió el ser. El que medía el andito de la calle, más alto que el otro, como medio gеме, calaba al desgaire ancho chambergo ecijano con jerbilla de abalorios, prendida en listón tan negro como sus pecados; la capa la llevaba recogida bajo el siniestro brazo; el derecho, campeando por cima de un embozo turquí, mostraba la zamarra de merinos nonatos con charnelas de argenteria. El zapato vaquerizo, las botas blancas de botonería turquesca, el calzón pardomonte, despuntando en rojo por bajo la capa y pasando la rodilla, y sobre todo la traza membruda y de jayán, el pelo encrespado y negro, y el ojo de ascua ardiente, pregonaba á tiro de ballesta que todo aquel conjunto era de los que rematan un

caballo con las rodillas, y rinden un toro con la pica. En dimes y diretes iba con el compañero, que era más menguado que pródigo de persona, pero suelto y desembarazado á maravilla. Este tal calzaba zapato escarpín, los cenojiles sujetaban la media á un calzón pana azul, el justillo era caña, el ceñidor escarolado y en la chaqueta carmelita los hombrillos airosos, con sendos golpes de botones en las mangas. El capote abierto, el sombrero derribado á la oreja, pisando corto y pulidamente, y manifestando en todos sus miembros y movimientos ligereza y elasticidad á toda prueba, daba á entender abiertamente que en campo raso y con un retal carmesí en la mano, bien se burlaría del más rabioso jarameño ó del mejor encornado de Utrera.

Yo que me fino y desaparezco por gente de tal laya, aunque maldigan los Pares y los Lores, íbame paso pasito tras sus dos mercedes, y sin más poder en mí, entréme con ellos en la misma taberna ó ya figón, puesto que allí se dan ciertos llamativos más que el vino, y yo, cual ven los lectores, gusto llamar las cosas por sus nombres castizos. Me entré y acomodéme en punto y manera de no interrumpir á Oliveros y Rol-dán, ni que parasen la atención en mí, cuando vi que, así que se creyeron solos, se pasaron los brazos, en ademán amigable, por derredor del cuello, y así principiaron su plática :

—Pulpete (dijo el más alto): ya que vamos á brincar frontero el uno del otro con el alfiler en la mano, de aquí te apunto y allí te doy, de guárdate y no le des, de *triz trax*, tómala, llévala y cuéntala como quieras, vamos antes á nos echar una gotera á son y compás de unos cantares.

—Seor Balbeja (respondió Pulpete, sacando al soslayo la cara y escupiendo con el mayor aseo y pulcritud, en derecho de su zapato): no seré yo el que por la Gorja ni otra mundanidad semejante, ni porque me envainen una lengua de acero, ni me aportillen el garguero, ni pequeñeces tales, me amostace yo ni me enoje con amigo tal como Balbeja. Venga vino, y cantemos luego, y súpito sanguino aquí mismo démonos cuatro viajes.

Trajeron recado, apuntaron los vasos, y, mirándose el uno al otro, cantaron á par de voces aquello de *caminito de Sevilla* y por la tonada de los *panes calientes*.

Esto hecho, se desnudaron de las capas con donoso desenfado y desenvainaron para pinjarse cada cual, el uno un flamenco de terciá y media, con cabo de blanco, y el otro un guadifeño de virola y golpetillo, ambos hierros relucientes que quitaban la vista, y agudos y afilados para batir cataratas cuanto y más para catar panzoquis y bandullos. Ya habían hendido el aire dos

ó más veces con las tales lancetas, revueltas las capas al siniestro brazo, encogiéndose, hurtándose, recreciéndose y saltando, cuando Pulpete alzó bandera de parlamento y dijo:

—Balbeja, amigo, sólo te pido la gracia de que no me abaniques la cara con *Juilón* tu cuchillo, pues de una dentellada me la parará tal que no me conociera la madre que me parió, y no quisiera pasar por feo, ni tampoco es conciencia descomponer y desbaratar lo que Dios crió á su semejanza.

—Concedido (respondió Balbeja): asestaré más bajo.

—Salva, salva los ventrículos también, que siempre fuí amigo del aseo y la limpieza, y no quisiera verme manchado de mala manera, si el cuchillo y tu brazo me trasegasen los hígados y el tripotaje.

—Tiraré más alto, pero andemos.

—Cuidado con el pecho, que padezco de cansancio.

—Y dígame, hermano: ¿por dónde quiere que haga la visita ó calicata?

—Mi buen Balbeja, siempre hay demasiado tiempo y persona para desvencijar á un hombre: aquí sobre el muñón siniestro tengo un callo donde puede hacer cecina á todo su sabor.

—Allá voy,—dijo Balbeja: y lanzóse como una saeta: reparóse el otro con la capa, y ambos

á dos, á fuer de gallardos pendolistas, comenzaron de nuevo á trazar SS y firmas en el aire con lazos y rúbricas, sin despuntar empero pizca de pellejo.

No sé en qué hubiera venido á dar tal escarceo, puesto que mi persona revejida, seca y avellanada no es propia para hacer punto y coma entre dos combatientes; y que el montañés de la casa se cuidaba tan poco de lo que sucedía, que la algazara de los saltos combatientes y el alboroto de las sillas y trebejos que rebullían, los tapaba con el rasgado de un pasacalle que tañía en la vihuela con toda la potencia del brazo. Por lo demás, estaba tan pacífico como si hospedase dos ángeles y no dos diablos incarnados.

No sé, repito, dónde llegara tal escena, cuando se entró por el umbral de la puerta una persona que vino á tomar parte en el desenlace del drama. Entró, digo, una mujer de veinte á veinte y dos años, reducida de persona, pero sobrada en desenfado y viveza. El calzado limpio y pulido, la saya corta, negra y con caireles, la cintura anillada, y la toca ó mantellina de tafetán afranjado, recogida por bajo del cuello y un cabo de ella pasado por sobre el hombro. Pasó ante mis ojos titubeando las caderas, los brazos en asas en el cuadril, blandiendo la cabeza y mirando á todas partes.

Á su vista el montañés soltó el instrumento, yo me sobrecogí de tal bullir cual no lo sentía de treinta años acá (pues al fin soy de carne y hueso), y ella, sin hacer alto en tales estafermos, prosiguió hasta llegar al campo de batalla. Allí fué buena: D. Pulpete y D. Balbeja, viendo aparecer á Doña Gorja, primer capítulo del disturbio, y premio futuro del triunfante, aumentaron los añascos, los brinquillos, los corcovos, los hurtadillos, las agachadillas y los gigantones, pero sin tocarse en un pelo. La Gorgoja Elena presenció en silencio por larga pieza aquella historia con aquel placer femenino que las hijas de Eva gustan en trances semejantes. Tanto á tanto fué oscureciendo el gracioso sobrecejo, hasta que, sacándose de la linda oreja, no un zarzillo ni arracada, sino un trozo de cigarro de corachín negro, lo arrojó en mitad de los justadores. Ni el bastón de Carlos V, *en el postrer duelo de España*, produjo tan favorables efectos. Uno y otro, como quien dice Bernardo y Ferraguto, hicieron afuera con formal respeto, y cada cual, por la descomposición en que se hallaba en persona y vestido, presumía presentar títulos con que recomendarse á la de los caireles. Ésta, como pensativa, estuvo dándose cuenta en sus adentros de aquel pasaje, y luego con resolución firme y segura dijo así:

—¿Y este fregado es por mí?

—¿Y por quién había de ser? porque yo.... porque nadie.... porque ninguno....—respondieron á un tiempo.

—Escuchedes, caballeros (dijo ella). Por hembras tales cuales yo y mis pedazos, de mis prendas y descendencia, hija de *Gatusa*, sobrina de la *Méndez* y nieta de la *Astrosa*, sepan que ni estos son tratos, ni contratos, ni cosas que van y vienen, ni nada de ello vale un pitoche. Cuando hombres se citan en riña, ande el andelgue y corra la colorada, y no haber tenido aquí á la hija de mi madre, sin darle el placer de hacer un floreo en la cara del otro. Si por mí mentían pelea, pues nada de ello fué verdad, hanse engañado de entero á entero, que no de medio á mitad. Á ninguno de vos quiero. Mingalarios el de Zafra me habla al ánima, y él y yo os miramos con desprecio y sobrejo : adiós, blandengues, y si queréis, pedid cuenta á mi D. Cuyo.

Dijo; escupió, mató la salivilla con el piso del zapato, encarándose á Pulpete y Balbeja, y salió con las mismas alharacas que entró. La Magdalena la guie.

Los dos ternes legítimos y sin mancha siguieron con los ojos á aquella Doña María la Brava, la valerosa Gorja: después, en ademán baladí, pasaron los hierros por el brazo como limpiándoles de la sangre que pudieran haber tenido; á compás los envainaron, y se dijeron á un tiempo :

—Por mujeres se perdió el mundo, por mujeres se perdió España; pero no se diga nunca, ni romances canten, ni ciegos pregonen, ni se escuche por plazas y mataderos que dos valientes se maten por tal y tal. Deme ese puño, D. Pulpete: venga esa mano, D. Balbeja,—dijeron, y saltaron en la calle lo más amigos del mundo, quedando yo espantado de tanta bazarria.







## LA RIFA ANDALUZA.

---

Oid, que os quiero contar  
Del niño Amor los enredos  
Y sirva mi voz de antorcha  
Que alumbra cuidados ciegos.

*(Romancero general.)*

En el baile del Ejido  
(Nunca Menga fuera al balle)  
Perdió sus corales Menga  
Un disanto por la tarde.

*(GÓNGORA.)*

**N**o juzguen mis amables lectoras que voy á entretenerlas el ocio, relatándoles el cómo y cuándo este palacio magnífico ó aquella quinta deliciosa viene á llenar de gozo, por un azar feliz de lotería, la esperanza de dos recién casados, que, arriesgando á la fortuna unos pocos ducados, pueden concluir su luna de miel en una mansión encantada por los atractivos del placer primero y por las comodidades del lujo. Estas agradables peripecias son tan peregrinas, por no decir imposibles, que sería cargo de conciencia despertar sensaciones y deseos que no se pueden cumplir, y yo, dijes de mi alma, no qui-

siera más que moveros un antojo para satisfacerlo á renglón seguido, reservándome empero siempre una pizca, un tantico de placer para mi justo pago.

Tampoco mi *Rifa* es de las que vemos cada noche en toda tertulia; quiero decir, que no es de aquellas en que tal bujería, ó cuál lindo bordado suele echarse á la mayor de espadas con mucha zambra y algazara de señora abuela y tía, que no sé por cuál sortilegio son siempre las afortunadas en tales ferias. Esto es trivial por todo extremo, y sería daros enfado emprendiendo cuento, señoras mías, que pasa por vuestros ojos cuotidianamente. Si lo imposible no me gusta, lo muy trivial me enfada en mucho más, y así por la región media emprende hoy su vuelo el razonamiento mío, para contaros sabrosamente los puntos y señales de una *Rifa Andaluza*.

Representaos, lindas suscriptoras, en vuestra viva imaginación un paisaje tal, cual mi rústico pincel lo delinee, pues antes de pensar en la farsa bueno será prevenir escena donde ponerla en tablas. Al frente, digo, que os figuréis una ermita limpia y enteramente pintoresca, cual se encuentran á cada paso en aquel país de la poesía. Unos cuantos árboles den frescura al llano que sirve de ante-atrio, y por los troncos suban sendas y pomposas parras, que, tejiéndose por el dosel de mimbre y caña que cubre todo aquel

espacio, formen un sombrío bastante para amansar los rayos del sol y debilitar su luz activa y que deslumbra. Un cauce sonante de agua corra por la espalda, moviendo estruendosamente uno ó dos molinos, cuyo rumor grave y no interrumpido sirva de bajo musical al contrapunto agudo de las golondrinas que entren y salgan rápidamente por las claraboyas de la ermita, casi tocando con sus alas negras y pecho bermejo las cabezas de los que afuera preparan la fiesta. Para ella fórmese un cerco con los escabeles y escaños de la cofradía, intercalados por distintos siales de respeto que han de ocupar el Mayordomo, los mejores y más diestros tañedores de la vihuela, y la Reina, que se aclamó la rifa pasada.

Á un lado, separadas de todo tacto masculino y ataviadas cuanto más posible, estén las muchachas solteras del barrio ó aldea (pues el lugar de la acción lo dejo á voluntad ajena), llenas de belleza y de donaire, con moños de colores simbólicos en el pelo y con la laya de adornos que á bien tengan, pues en tal elección dejo libre albedrío; pero no omitidme el calzado muy limpio y el talle breve y como de sortija, pues nosotros los de puertos allende, niñas de mis ojos, somos inexorables en tales menudencias. Cuatro ó seis dueñas de rostros avinagrados y de manto largo de bayeta negra antequerana, cuiden, rellanadas en el ángulo del cerco, de

avizarar toda descompostura, y de calmar con gestos tan endiablados cuanto expresivos la fermentación de aquel género volátil que custodian. Los mancebos en pié, derechos como husos, formen corro en derredor de los escaños, y dichoso el que pueda atalayar á su Melisendra frente á frente, ó que logre flanquear la dificultad y colocarse al respaldo del asiento de la requebrada; así, y con poner á la otra parte dos ó tres hombres provectos y barrigudos, eternos cabilantes de la hermandad y que autorizan el acto, tenéis ya, pintoras hechiceras, el cuadro casi concluído.

Digo casi concluído, pues nada os he dicho ni del *Rifador* ni de la *Reina* del *festejo*, personajes de primera figura, cual débese sospechar.

La *Reina*, como dije, es la bailadora que más gala adquirió en la pasada fiesta, ya por su gentileza y gallardía, y ya por el número mayor de danzadores que consiguió cansar; objeto poco edificante que las mujeres logran con más prontitud que quisieran. Á los pies de tan linda zagala haya un azafate lleno de flores deshojadas, donde se brinden las ofrendas de los devotos para la santa imagen, que ya son en primavera rosas y claveles y ramilletes, y en otoño, este ó aquel fruto tan vistoso cuanto sazonado.

El *Rifador* se deja ver subido en algún ban-

quillo de noguerón viejo, descollando y blandiéndose como cimera del concurso, parlando y accionando más y más. Es fueza que tal papel se desempeñe por hombre de chiste y chispa, y de destreza suficiente para picar la vanidad de los unos y mover la condición menos pródiga de los otros, feriendo razonablemente los regalos que se muestran.

Yo, queridas amigas, que tengo ciega pasión por todo cuanto huele á España, principiando por las españolas, no soy voto calificado y de imparcialidad en la materia; pero en conciencia puedo afirmar que he olvidado veces muchas agradablemente el tiempo escuchando las razones agudas del *Rifador*, y las sales que donosamente saltaban en sus labios, forjando ya el encomio del clavelón amarillo, emblema de la necedad entre aquellas gentes, ó ya pintando el rico sabor del higo *nopal* ó *tuno*, fruto casi peculiar de la Andalucía.

Entre tanto la danza sigue, las coplas se suceden, dejándose escuchar por entre el son del crótalo de granadillo, el trino de la prima y la entonación sonora y clamorosa de los bordones en la guitarra y bandolín, que manos diestras los fuerzan á sonar al unísono y con la más agradable melodía.

En este punto armónico y de algazara se hallaba el festejo cierta tarde de la bendita Cruz

de Mayo, cuando ocurrió la aventura más cómica que puede inventar la más picaresca imaginación.

Un mancebillo vivaracho y pimienta, de capote de alamar, chupetín bordado y faja rosada al cinto, no quitaba ojo de la Reina del baile, echándose á la cara el sombrerillo de alta copa. De tiempo en tiempo miraba atravesadamente á cierto caballere de calzón ajustado, corbatín muy premioso y levita bien cortada, que sin saber por dónde se deslizó blandamente, y sin ser sentido ni percibido, hasta llegarse al respaldo de la Reina, con quien cruzaba algunas razones, más bien disparadas y mejor respondidas que hubiera deseado nuestro majo atisbador. Ella, que en aquel punto, queridas mías, gozaba de la fruición soberana que todo pecho femenino tiene cuando ve morder cebolla y agria naranja al pobrete que bien ama, advirtiéndole así que no es bueno querer tanto, la zagala coronada, digo, sin acordarse ni por cien leguas de su D. Cuyo, se enredaba más y más en la plática del D. Lindo, riendo ora, y ora dándole algunas de las flores del azafate bendito.

Tocándole su vez al paciente para encomendar al viento alguna copla, y queriendo dar un silbo preventivo que recogiese al aprisco aquella oveja descarriada, al suave compás de la rondña le cantó la siguiente endecha :

Me estoy muriendo de sed  
Teniendo aljibe en mi casa,  
Pero alivio no lo encuentro  
Porque la sogá no alcanza.

Bien no entendiera la maligna parladora la alusión del sediento y del poco alcance que para su alivio encontraba, ó, por mejor decir, no queriendo escuchar tales pedigüñerías, se desentendió con destreza suma del tal lamento, y más anudó su coloquio con el pisaverde encorbatinado, que con melindres mil, y relamiéndose como si dijéramos un lechuguino del café de Sólito, alzaba la cresta como gallo triunfante. El doliente y celoso amante, queriendo hacer el postrimer esfuerzo para recordar sus obligaciones á la voluble bailadora, y ganar por la ternura lo que perdía por las artes del advenedizo rival, tomó el canto otra vez á su turno, y con voz si bien vacilante si bien suspirada, entonó la copla siguiente :

Yo soy la vela de cera  
Que está ardiendo en tu servicio,  
Y en pago del beneficio  
Le das un soplo á que muera.

Pero por más reclamos que dió el arrullador, la paloma se daba por sorda, y tanto tanto se mantuvo en sus trece, que el galán, picado, se dejó de su postura contemplativa y triste, se arregló el sombrero tirándolo atrás, sacudió el capotillo y se puso en planta de obrar alguna ac-

ción de marca y de mayúsculo estrépito. Al propio tiempo la orquesta resonaba con mayor brío, reforzada por una pandereta y dos platillos, las cantinelas se repetían, y en ellas se decían sus misteriosos secretos y sus sentidas quejas los novios y las requebradas, pues no deben olvidar mis discretas lectoras que por todo aquel país, el tañedor, el cantante, el galán y el poeta son cuatro cosas que casi siempre se encuentran en una propia persona.

El *Rifador* en tanto rebosaba de gozo en su cátedra por ver cuán cumplidamente fería todos los regalos que ponía en rifa. Su elocuencia iba en aumento, sus gracias hervían en su boca, haciendo llenar con moneda menuda el azafate florido.

— ¡La rosa virgen! ¡la rosa virgen! (decía): ¡real de plata, real de plata dan por ella!

Y esto gritando, mostraba la flor más hermosa, de más aromas y de más púrpura que verjel frondoso dió en los asomos del mes de Mayo.

— ¡La rosa virgen! ¡la rosa virgen! (proseguía): ¿quién la puja, quién la puja? Real de plata dan por ella. Mancebillos tacaños, acudid y mejorad: ¿quién no querrá poner la flor en el pecho de su novia? Hacedle este regalo á vuestras rapazas, y daréisles una lección con él. ¡La rosa virgen! ¡la rosa virgen!.... que ya dan cuatro reales; que se la llevan, que se la llevan; ¡ya sé yo á cuyo seno

va! ¡que se la llevan! Dichosa quien tiene galán desprendido; ¡que se la llevan!.... que dan medio duro, diez reales ú ochenta y cinco cuartos! ¡viva mi barrio! ¡Nadie en él guarda el dinero; de allí sólo salen los garbosos y gastadores, los desprendidos y generosos!....

Por aquí iba de su alocución, cuando, levantándose el galán del sombrero alto y capotillo corto, alzó el grito y dijo:

—Señor Capaypa, veinte reales vale la rosa, y más lo que vuesa merced me mande; pero si está ya ferida en los veinte, entréguela con su mano, que con la mía no, á la Reina Bailadora, y comencemos el sainete....

—¡Viva Juancho! ¡viva Juancho! hijo de la Nena, nieto de Sinforoso (respondió el honrado Capaypa). ¡Viva mi barrio, tesoro de los hombres buenos y generosos! ¡La buena cepa buenos renuevos cría!

Y así diciendo, á voz desplegada, dió la rosa á la picaruela rapaza, que llevándola primorosamente á la nariz, la asentó con el mayor aseo en el hoyo de su pecho, volviendo los ojos al desgaire y por primera vez al amartelado amante.

El *Rifador*, al alargar la rosa, y tropezando sus ojos con la efigie del alfeñique caballere, añadió:

—¡Viva mi barrio! ¡viva Juancho! que si

sabe gastar parolas con las mujeres, tampoco ignora el alzar el gallo entre los hombres, y su voz en las rifas sobresale siempre, y con ella sus reales de á ocho.

El del corbatín bajó la vista, como quien conoce el tiro no oblicuo de la saeta, y trató de volver á su plática con la zagala, la que sin duda, advirtiendo en aquel punto que hubiera sido galantería de molde el que la rosa se la presentara conquistada en la rifa el mismo que por tanto tiempo gozó de sus palabras, no emprendió el segundo coloquio sino con la tibieza que vosotras mismas, candidísimas y no malignas lectoras, usaríais en aquel trance....

—¡Al sainete, al sainete!—dijeron todos; y sonando la fiesta con más algazara, los cantores y cantoras comenzaron á salpicar sus coplas con más pique y salsa que las entonadas de trasmaño, y pasándose de uno en otro los bollos y los roscos, los dulces y las avellanas, apareció en su cátedra el compadre Capaypa embozado en su capa, con el aire más socarrón y de redomado que hallarse puede.

—¡El beso del niño, el beso del niño! (gritó el Capaypa): ¡qué frescura en la tez, qué sabor en la pulpa, qué finura al tacto! ¿Quién paga el beso, quién paga el beso?

—Diez reales envido, gritó el del capotillo, y bese al niño rollón el caballero del levitín, el

que parla con la Reina Bailadora y la olvida de sus obligaciones.... de presidencia.

—¡Bravo! ¡vítor! Que lo bese si no puja (replicó Capaypa). ¡Ah señor caballero! Acordaos de quién sois (y le dirigió la palabra); acordaos de quién sois, si es que sois alguna cosa, y volved al caño las demasías de Juancho, y que él sea quien bese á mi niño rollón. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

El apostrofado conoció que toda la batería iba á disparar en su pobre bulto, y así, con su mejor gracia, trató de tener buen talante y hacer frente á los peligros, y rayar de rumbo para no desmerecer el alto concepto de la zagala.

—Dos reales y medio ofrezco, y me libro de la penitencia, dijo el acometido:—y se le replicó con un flux de risa general en todo el auditorio.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! (prosiguió Capaypa.) El pico de los dos y medio, señor mío, vayan sobre los diez envidados ya, y se admitirá la postura; y de no, allá va mi niño. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

—Pues bien (contestó altivamente el señorito): allá van los doce reales y medio, y quedo en salvo, que á mí nadie me enceniza la frente, y menos por....

—Dos duros, y que bese al niño (replicó el antagonista), y luego arreglaremos cuentas, seor futraque;—y lo miró de reojo.

—¡ Viva mi barrio, viva mi barrio! (clamaba Capaypa.) ¡Cuarenta reales! Eso es humo, señor Juancho. En el señorito Don.... (Don Quico se llamará, que todo nombre es bueno cuando recae en tan linda persona); en el señorito, digo, hay presencia, potencia y resistencia; quiero decir, que no ceja; ya pujará por cuatro, y veremos quién á quién....; pero mientras Juancho se mantenga al frente, ¡viva mi barrio, viva mi barrio!

El apurado caballero figurilla, que no esperaba la cuña de los cuarenta, se requirió el garguero como para pasar tamaña píldora, llevó la mano al pelo sin tener comezoncilla, y luego inadvertidamente solfeó los dedos por sobre el bolsillo, dando con tanta pantomima mayor asidero á la burla. La Reina Bailadora, como si lo viese acometido de pronto por algún tifus pestilencial, retiró de su lado el sillón que ocupaba, y una nube de descontento pasó por su lindo entrecejo. El corrido amante midió la mengua y afrenta con que iba á mancharse, y con resolución heroica dijo:

—Cuarenta y dos reales doy, y salgo libre;—y así diciendo, miró ó la prenda como para pedirle albricias de su espléndido valor; pero el entrecejo se oscureció más y más, y otros borbollos de risa resonaron en derredor; pero la intensidad de tanta carcajada la venció con su voz el del capote, diciendo:

—Cinco duros; cien reales doy, y bese al niño rollón, y descapótele la coronilla.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! (respondió el inexorable Capaypa.) Mi Juancho tira al hueso palomo, va derecho y no me da corcovos. Á la cabeza, á la cabeza, y allí se mata al contrario. Cien reales es bote de á folio: pocos tienen aliento para él, y ninguno lo aventaja. Pero, ¡silencio, silencio! Los señores tienen su sangre y su alma, y aunque con hipos, suelen cumplir de mil á mil años. Nosotros por calidad y ellos por vanidad. ¡Cien reales, cien reales! y el señorito besaré á mi niño, y *ainda mais* descapotará la coronilla.

Todo fué en vano. Por más que hizo el orador Capaypa por picar la vanagloria del figurilla, nada consiguió, y éste, viendo que el juego crecía, que el rival no llevaba trazas de ceder y que la zagala por su mal gesto no pensaba agradecerle sus pujas y mejoras de los pobres maravedís, juzgó por conveniente el mudar plan de campaña, y de la defensiva, resueltamente tomó la ofensiva por el lado más cómico que darse puede.

—Señores (dijo): mi condición es dulce y nada huraña; el concurso creería que yo era alguna esfinge, alguna tarasca, si me opusiese por más tiempo y con tanto ahinco al beso de esa criatura, de ese niño, que juzgo ha de ser blan-

co y rubio como las candelas; venga al punto, y llevará el beso más cordial que dió madre primeriza, y pague mi contrario los cien reales.

—¡ Viva mi barrio, viva mi barrio! (pregonó el consabido.) ¡ Victoria por Juancho, y cúmplase la penitencia!

Esto diciendo, salta del pulpitillo gallardamente, desembózase para sacar el niño, y muestra, ¡ oh longanísimo y robustísimo San Cristóbal!, muestra, repito, la fruta, el vegetal más descompasado que nunca produjeron los hortelanos. El sentenciado caballero echó ojos á lo que él esperó besar como pastorcito muy pulido, y mirándolo le pareció ver, con las candelillas que le saltaban entonces en la vista, que era el gigante de los rábanos que se le acercaba como cañón en batería; luego se figuró ver alguna zanahoria patagónica; después creyó mirar un calabacín de á treinta y seis; pero al fin, restregándose los ojos, y ya con la serenidad de la desesperación, reparó que el niño donde había de poner sus labios era un cohombro colosal, amarillo y chifón, que se guardaba para aquel doloroso trance. El penitenciado se disponía á imprimir su ósculo con la humildad debida, cuando la Reina Bailadora notó que por preeminencia de su dignidad á ella le tocaba (que á otro no) el administrar la justicia. Todos convinieron en ello, y pusieron en su falda el

vegetal tremendo; y el antes triunfante y ahora rendido paladín, puesta la rodilla en tierra, dió su beso, y se disponía á irse y tomar vuelo, cuando la desapiadada ejecutora le mandó que descapotara al niño.

La gresca y la risa irónica ensordecía, y todos agrupaban las cabezas para contemplar más de cerca tan risible caso, cuando el burlado preguntó humildemente qué cosa era descapotar.

—Nada, hermano (replicó la Reina): abra la boca y muerda, del tal modo que escogiere, la coronilla de esta sabrosa fruta: bueno es que abra la boca quien tanto cierra la bolsa.

Á esto asestaba el amarillento cohombro contra la tronera del triste arrodillado, quien al fin, sumiso, entreabrió los labios con el primer posible, y como dama golosa, para cumplir su encargo sin descomponer la figura. Pero la maligna Bailadora, que ya esperaba este melindre, no bien apuntó y vió en jurisdicción extraña el comienzo, cabo ó rabo de la fruta, cuando haciendo hincapié lo embazó todo entero por la boca de aquel desventurado, quien se quedó con huésped tal en ella, ni más ni menos que como uno de los figurones de berroqueña, que por ancho canuto vomitan agua en las grotescas fuentes de Aranjuez ó la Granja. Vengada la vanidad de la zagala, y satisfecho su engañado orgullo, se levantó el de la triste figura

acompañado de la chifla general y de los silbidos más armoniosos y compasados que nunca oyó un teatro musical, silbidos y chiflas que aumentaron cuando, al volver la espalda, le miraron lleno de harapos, alárgalos y ahimelollavas con que le habían adornado durante su última y dolorosa estación las otras mozuelas del baile.

Cerrada la fiesta, amigas mías, se averiguó que el señor tan malparado era un *estranjis*, y ya veis que en esto de gentileza con damas, bueno es que el nombre español quede bien sentado. Entre tanto, perdonadme de que en mi plática os llame mis *queridas*, mis *dijes*, y otros motes de este jaez, pues tan dulce confianza, ni daña al respeto ni á la fina galantería. Por otra parte, mis copiosos años pueden permitirme libertad tan inocente, y si en esta ó en aquella ocasión os pudiera hablar á solas y al oído, ¡cuántas lindezas no escucharais más entretenidas que no la *Rifa andaluza*!





## EL BOLERO

---

Arrimó á un lado la guitarra, y ordenando á sus discípulos diesen principio á ejercitar sus habilidades, empezó la batahola. Unos se agarraron á las cuerdas, y sostenidos por ellas, se ejercitaban en hacer cabriolas : otros paseaban con gravedad el salón, y de rato en rato hacían mil mudanzas diferentes. Éstas, levantando sus guardapiés hasta las rodillas, apoyadas en algún mozalbete, subían y bajaban los pies....

(LA BOLEROGIA.)

**F**ILA sexta, número oncenno, y en cierto corral de comedias de esta corte, tiene cada prójimo por sí solo, y todo el público *in solidum* y de mancomún, un sitial holgado y cómodo, de donde poder atalayar con los ojos y escuchar con las orejas (¡atención!), desde el farsado más humilde y villanesco hasta lo más encumbrado y estupendo en lo gañido, tañente y mayado que vulgarmente llamamos canto nosotros los *dilettantis*. Todo ello lo puede haber cualquiera por un ducado y algunos cornados más, suma despreciable para

estos tiempos opimos en que corre tanto de la tal moneda, no contando, en verdad, aquel *aliquid amplius* que por aguinaldos y albricias dan en algunos días de crédito, violentamente gustosos, tal cual caballere de calza fraque y corbata, de los de algalia en pañuelo y nonada en la faltriquera. Den ellos lo que gusten y bien les plazca, puesto que quieren disfrutar, y gozan, con efecto, de las primeras apariciones escénicas y de las estrenas teatrales, que yo, tan discreta cuanto *literariamente*, soy contento con entrar en día no feriado ni notable al hora circuncirca en que se media ó biparte la función, y pagando con un saludo al alojador, me aprovecha más asentarme sosegadamente y ver el rabo y cabo del espectáculo, puesto que el fin de una comedia del día no es el peor plato que se puede servir al gusto.

No ha muchas noches, que con estas tales circunstancias ocupé el referido sitio onces, teniendo por cenit la araña rutilante, y por nadir un ruedo de atocha valenciana, que algún aficionado hubo de colocar allí para pedaño y alfombra: bien hace de poner en cobro sus pies, pues no faltará femenil persona que cuide de su cabeza. Un can que busca abrigo en las frialdades del invierno, suele, formando rosca, aumentar el calor de la estancia, y como que un golpe lo puede irritar, sirve de saludable despertador con

sus gruñidos y sus dientes caninos para las adormideras que las musas sirven hoy en los teatros. No fué el can solo mi única compañía, pues como quien dice tabique por medio, se encontraba un vejete limpio y atildado, de ojos saltadores y lengua bien prendida, que no ansiaba cosa mejor que por conversación y plática. Apenas, catalejo en mano, concluí mis observaciones astronómicas por aquella esfera no celeste del teatro, cuyas estrellas por mayor seña todas estaban eclipsadas, cuando mi vecino, con voz suficiente y sonante, me dijo :

—Amigo, comedia mala, ó mala comedia, que todo es lo mismo, ó, lo que es igual, detestable y pésima representación.

Yo, que no gusto contradecir á nadie, le respondí con un gesto afirmativo, y mi hombre prosiguió diciendo :

—Las piezas malas por sí solas y las buenas por los atajos é intercalares que les dan los far-santes poetas, pronto dejarán el corral vacío, aparte que los Zabalas y Comellas no parece sino que se han vuelto semilla volante que pulula y germina á más no poder por las cimas y faldas del Parnaso español; por mí le aseguro (y me miraba de hito en hito), que á no ser por el baile, no salvaría el umbral de esta casa.

—¿Y qué tenemos esta noche de bueno?—le pregunté.

—¡Oh amigo! (respondió.) Vuesa merced verá cierta andaluza recién llegada, que baila á las mil maravillas, y feria un bolero tan galano, que los adornos, gracias y aditamentos que lleva no se ven ha mucho tiempo. Es linda y bien cortada, y en cuanto vuesa merced la vea sospechará, como yo, que en la fábrica y estructura de su persona tienen más parte el aire y el fuego que no el agua y la tierra.

Decir esto, sonar el silbato del señor Consueta (siempre hablé con respeto), subir el telón y aparecer la perla bailadora, fué todo un punto.

En verdad, en verdad, pocas mujeres vi nunca tan cumplidas, y por el prendido dificultosamente se hallaría cosa tan rica ni tan airosa. Los instrumentos comenzaron á marcar la medida con la gracia y viveza que tienen las tonadas del Mediodía, cuando mi parlador vecino, inclinándose al lado, me dijo :

—Todo es completo, por felicidad nuestra ; el acompañamiento está tomado de la tiranilla *Solitaria* y del bolero antiguo de las *Campanas*; pero el revuelto está hecho con maestría, y ni *Gorito* <sup>1</sup> lo fraguara mejor. Yo lo vi bailar años pasados al Rondeño y á la Celinda ; pero sobre todo la Almanzora....

No sé dónde hubiera ido á dar con su biogra-

<sup>1</sup> Famoso tañedor y maestro de bolero en Andalucía.

fía boleresca , cuando , finalizado el retonelo , se lanzó la zagala al baile , y el vejete cayó en éxtasis en su asiento , dejándome en paz.

No podré más decir por parte mía sino que desde el primer lazo y rueda que tejió y deshizo con sus brazos airosos la danzadora gentil , me sentí llevado en vilo á otro país encantado. El donaire de los movimientos contrastaba con cierto pudor que autorizaba y daba señorío al rostro , y este pudor era más picante resaltando con el fuego que derramaban dos ojos rasgados y envueltos en un rocío lánguido y voluptuoso. Mi vista corría desde el engarce del pié pequeño hasta el enlace de la rodilla , muriéndose de placer pasando y repasando por aquellos mórbidos llenos y perfiles ágiles , que á fuer de nube caprichosa de Abril ocultaban y tornaban á feriar la seda de la saya , y los fluecos y caireles. En fin : aquella visión hermosa se mostró más admirable , más celestial , cuando , tocando ya al fin , la viveza y rapidez de la música apuntaron el último esfuerzo de los trenzados , sacudidos y mudanzas : las luces , descomponiéndose en las riquezas del vestido , y éste agitado y más y más estremecido por la vida de la aérea bailadora , no parecía sino que escarchaba en copos de fuego el oro y la plata de las vestiduras , ó que llovía gloria de su cara y de su talle. Cayendo el telón quedé como si hubieran apagado

á un tiempo todas las luces. Del casi parasismo en que me hallaba, sacóme el erudito del bolero, diciendo :

—No me dirá que el encarecimiento fué superior á lo encarecido : sin embargo , en las campanelas le pidiera yo más redondez , y en los cuatropeados más vibración : ya le dije que la Almanzora y la Celinda....

Yo, que nada aborrezco tanto como estas exigencias de lo mejor, que aguan el sabor y gusto de lo bueno, le atajé en su tarabilla, diciéndole:

—Es indudable que el bolero es una danza árabe, y que tal como se ve tendrá sus reglas y tratado en letra de molde.

El hombre, mirándome de hito en hito, me respondió con voz doctoral y tono de suficiencia:

—Ha dicho, caballero mío, un disparate, y ha hecho una mala suposición : el bolero no es morisco, ni tiene tratado escrito, pues lo que se ha impreso en la materia más bien es invectiva apasionada que no tratado curioso ó doctrinal.

Picado yo de su sesgo decisivo, le quise arrojar con el peso de una autoridad, arma para un erudito más poderosa que la razón y el sentido común, y le dije :

—Amigo, lea las aventuras que corren impresas del último Abencerraje, y verá allí pintado el bolero, y filiado por de legítima raza mora.

Apenas hube hablado (y nunca lo hubiera hecho), cuando mi vejete, enfurecido como víbora herida, me replicó :

— Aunque el caso es de poca monta, siempre prueba lo que me tengo asentado en la mollera luengo tiempo hace; conviene á saber : que no entendemos de nuestro país sino lo que quieren decirnos los extranjeros : hay disculpa para ignorar muchas cosas; mas cuando se quiere saber, es preciso aprender donde mejores documentos hay, y aunque diéramos de barato que todo el ingenio y talento se hallare allende de los Pirineos, fuerza será para hablar de España que apelemos á los españoles.

Tomando aliento el orador, prosiguió más sosegado :

— El ilustre escritor del Abencerraje no tiene obligación de saber el origen de un baile español; mas para que nosotros hablemos de nuestras costumbres y de nuestra literatura, es preciso revolver más libros que el *La Harpe* y los viajes por España.

Yo, curioso de ver algún retazo de tan extraña erudición, y dando lugar el intersticio del sainete para continuar la plática, le rogué al vejete que puesto que yo era un ignorante en danzarinas honduras, todavía era bastante curioso para querer saber de dónde pudo venir el *bolero*. El hombre, halagado con mi lisonjera deferencia, puso

punto y coma á su razonamiento de reprimenda, y dijo :

—El bolero no es baile que se remonta en antigüedad más arriba que á los mediados del pasado siglo, y, bien considerado, no es más que una glosa más pausada de las seguidillas, baile que, según testimonio de Cervantes, comenzó á tañerse y danzarse en su tiempo, como se ve por la arenga de la dueña Dolorida. Esta no es sola opinión mía, puesto que ya mi buen amigo don Preciso lo tiene asegurado y puesto de patente al público, sacando á luz el nombre del que primero compuso en la Mancha danza tan donosa <sup>1</sup>, que por ser toda en saltos y como en vuelo, fué llamada *bolero*, título que dió gran consuelo á los etimologistas y académicos, por ser significativo, sonoro y llevar en sí mismo la ejecutoria del padre de donde viene. D. Preciso no ha hecho más que decirnos sobre su palabra el nacimiento del D. Bolero; mas yo, que gusto (no embargante mi edad mayúscula) de las cosas escondidas, he probado de alzar el telón de boca de este misterio, aunque en otros me quede con dientes largos. No sólo he leído los discursos sobre el arte del danzado de Juan Esquivel Navarro <sup>2</sup>;

<sup>1</sup> Según D. Preciso, el inventor del bolero fué un hidalgo manchego llamado D. Sebastián Cerezo; pero otros aseguran que lo fué un calesero sevillano conocido por *Antón Boliche*.

<sup>2</sup> Impreso en Sevilla en 1642 por Juan Gómez de Blas.

no sólo he leído al P. Astete <sup>1</sup>, de donde por contradictoria se saca de claro en claro muchos arrequives del baile; el danzado á la española de Pablo Minguet é Irol <sup>2</sup>, y la *Bolerogía* de Rodríguez Calderón <sup>3</sup>, sino que también he observado las costumbres populares, comparándolas con las notas de Pellicer al *Quijote* y á la vida de Saavedra, en donde toca de intento y con picante curiosidad algunos de estos puntos sustanciales para el público sabidillo del día. El Esquivel, que cita cuantos bailes se danzaban en su tiempo, apuntando hasta los maestros que más se aventajaban y discípulos más sueltos y diestros que sobresalían, nada habla del Bolero, siendo así que hace mención de la Chacona, Rastro, Tárraga, Jácara y Zarabanda, bailes muy alegres con que se solazaban aquellas generaciones hispanas. Pellicer se engaña lastimosamente cuando afirma en una de sus notas que no queda memoria de tales danzas, pues cuáles han tomado otros nombres, y tales, como los grandes territorios que se disuelven, han entrado descompuestos en los pasos y mudanzas de otros bailes. Por ejemplo: en el Bolero se encuentra el paso de la *Chacona* y el paso del *Bureo*, que,

<sup>1</sup> Institución y guía de la juventud cristiana.

<sup>2</sup> Madrid, 1737.

<sup>3</sup> Bolerogía escrita por D. Juan Jacinto Rodríguez Calderón, impresa en Filadelfia por Zacarías Poulson, 1807.

siendo distintos bailes, el autor del Bolero tomó de entrambos para el suyo lo que mejor encontró. La Jacarandina y la Zarabanda (verdadera danza morisca), famosas ambas por su desenfado, son hoy el Ole y la Tirana, y aun la tonada de la Zarabanda se tañe y canta pura y primitivamente en muchas partes de España, que de tiempo en cuando la resucitan agradablemente los trovadores de esquina, que por no ver el tanto que quieren, se suelen llamar ciegos. Entre mis trebejos y papelorios viejos conservo la música y solfa de todos ó la mayor parte de estos bailes, cosa bien curiosa por cierto, y á fe á fe que oyendo aquellos compases y comparándolos con los bailes del día, y ajustándoles los pasos y mudanzas que pudieran convenirles, con algo del primor y mucho de sagacidad, fácilmente se podrían restaurar muchas de aquellas danzas y bailes á su prístino estado, graciosa desenvoltura y picante desasosiego.

—Muy bien (le dije á mi catedrático danzarín); pero siempre resultará que esas danzas que cita serían de baja alcurnia y no de las que tendrían entrada en los estrados y saraos de la gente principal y noble.

—Otro disparate (me repuso mi inflexible orador); otro disparate, y hable con más pulso en materia que no entiende. Es cierto que no todas estas danzas gozaban de la propia autoridad,

pues en parte donde tuviese lugar la airosa Gallarda, el grave Rey D. Alonso, y el Bran de Inglaterra, no pudieran danzarse las mudanzas de la Chacona y Zarabanda, que á veces las sacaba de quicio, dándoles demasiado picante y significación la malicia femenil; pero aun con esto eran tenidos por bailes de escuela y cuenta, y no por de botarga y cascabel. Ningún maestro de fama como los Almendas y los Quintanas, que lo fueron de los tres Filipos, ni otros sus discípulos ensayaron ni enseñaron estas danzas de por la calle que llamaban de *tararira*: hubieran creído rebajar y vilipendiar un arte, que con autoridades y ejemplos lo hacían casi celestial. Pero volvamos al bolero, pues no soy sabueso que por gazapo fortuito que me salte en la carrera, deje ir la liebre que de primero levanté y con ardor perseguí. Es el caso que ya fuese el inventor del tal baile *Cerezo* ó *Antón*, aquel en la Mancha ó éste en Sevilla, ello es cierto que la danza se propagó con gran rapidez, empeñándose en enriquecerla con sus invenciones y mudanzas los mejores ingenios danzarines que por aquel tiempo poblaban los tablados de los teatros y las casas de regocijo de Triana, Valencia, Murcia, Cádiz y Madrid. Antón Boliche, en verdad, no fué gran inventor en pasos y mudanzas, contentándose con acomodar al compás y medida del *Bolero* lo que encontró de gracioso

y notable en el antiguo Fandango, en los Polos, Tirana y demás bailes de su tiempo; pero á poco los discípulos corrigieron el descuido del maestro. En Cádiz, el ayudante de ingenieros D. Lázaro Chinchilla inventó é introdujo la mudanza de las *Glisas*, ofreciendo á la vista un tejido de pies de efecto desalumbrador y pasmoso. Un practicante ó mano de medicina de Burgos sacó el *mata-la-araña*, suerte muy picante, singularmente en el pie y entre los pies de alguna pecadora á quien no obligue el ayuno. *Juanillo el ventero*, el de Chiclana, puso en feria el *Laberinto*, trenzado de piernas de prodigioso efecto: también á esta suerte la llamaron la *Macarena*. El *Pasuré*, ya cruzado, ya sin sin cruzar, tuvo patente de invención en *Perete* el de Ceuta, que ganó gran fama por su habilidad. El *Taconeo*, el *Avance y Retirada*, el *paso Marcial*, las *puntas*, la *vuelta de pecho*, la *vuelta perdida*, los *trenzados* y otras cien diferencias que fuera prolijo relatar, son muestras de otros cien varones ilustres que consagraron sus estudios al mayor encumbramiento de esta ciencia, ¡tan modestos que ninguno quiso dar su nombre á la estampa; tan llenos de entusiasmo y tan sedientos de gloria, que casi todos espiraron ó patirotos en los teatros ó en las camas de algún hospital, á donde los llevó su amor al estudio y sus esfuerzos en los saltos, cabriolas, volatas y vueltas de pe-

cho!!! Esteban Morales, inventor de esta última suerte, fué el primer mártir de la invención, habiendo autores que afirman que esta sola mudanza tiene llevada más gente á los cementerios que las pulmonías en Madrid y en Andalucía los tabardillos pintados. Á remediar tanto mal salió el buen ingenio y rara habilidad del murciano Requejo, que después de haber asombrado á su patria y á los reinos de Valencia y Aragón con su agilidad y destreza, con sus giros, saltos y vueltas, apareció en Madrid á ser nuevo legislador del Bolero. Efectivamente: compadecido este buen legislador de la madre que lloraba á un hijo desgraciado por saltarín en la flor de los años, del padre que veía eclipsarse los ojos y la existencia de una hija por trenzar demasiado ó girar con mucha violencia, quiso poner coto á tanto mal, y para ello se propuso despojar al Bolero de todo lo pernicioso y antisalubre. Así, pues, comenzó por descartar del baile lo demasadamente violento y estrepitoso; ajustó los movimientos á compases más lentos y pausados, y chapodó las figuras, pasos y suertes de todo lo exuberante y rústicamente dificultoso, rematando con dejar al *Bolero* armado caballero en toda regla, obteniendo lugar y plaza de baile de cuenta y escuela por el universo mundo, así en los estrados particulares como en los salones de la corte. Y el Bolero, no contento ya de exten-

derse por dentro de los límites españoles, saltó las fronteras, conquistó territorios, y fué á causar la maravilla y la felicidad de las capitales más remotas de la Europa. Pero el buen Requejo, como todos los innovadores, tropezó con grandes obstáculos y hubo de vencer gravísimas dificultades. Los partidarios del Bolero disparado y rabioso se declararon aún más rabiosamente por enemigos y contrarios suyos, y no contentos todavía, y como para asegurarse la victoria, llamaron en ayuda de la propia causa otros bailes y danzas de toda la redondez de la Andalucía alta y baja, para conseguir por el número lo que consideraban dudoso por la calidad. Entonces fué cuando aparecieron en Madrid el *Zorongo*, el *Fandanguillo de Cádiz*, el *Charandé*, el *Cachirulo* y otras cien combinaciones del movimiento perpetuo, con el fuego elemental y lo más llamativo y picante del amor. La Mariana Márquez, apareciendo en el coliseo del Príncipe y haciendo delirar de placer, con los juguetes y remolinos de su *Zorongo*, á los hombres de aquel tiempo, puso, en verdad, en gran conflicto y en peligroso trance al *Bolero*, pero éste triunfó de todo, y como torrente que detenido en su carrera adquiere mayor violencia para proseguir en sus conquistas é invasiones, así él se derramó por todas partes, aseguró su imperio, y si no dió al traste del todo al todo con los demás bailes sus

rivales, fué el que quedó como rey é imperante sobre los teatros hasta nuestros días. Mucho ayudaron á este triunfo con sus gracias, giros y vueltas, y con su belleza y donaire, las incomparables Antonia Prado y la Caramba, envidias del mismo aire, émulas de Terpsícore, extremos de la hermosura y sonrojos hasta de las mismas sílfides y mariposas. Estas dos hermosas bailadoras las admiré yo y las celebré con delirio allá cuando los verdores de mis años, aumentando el inmenso séquito de sus cautivos adoradores. ¡Ah, querido amigo mío! (añadió el viejo fijándome los ojos con los suyos): era imposible mirar á la *Caramba* sin afición, más difícil todavía no seguirla y requerirla blandamente de amores, y ya en este punto era lo excusado el pensar el pobre enamorado en separarse, desenredarse, huir y desasirse, pues de tal capricho á cuál caricia, de este favor á otro desdén, de ciertos desengaños á inciertas esperanzas, de aquel sobrecejo á estotra sonrisa, y de una burla ó desenfado á cien hieles y amarguras, iba el pobre ánima del cautivo caballero de precipicio en precipicio, de abismo en abismo, hasta dar en la cárcel y prisiones que nunca podría ni dejar ni romper. Su continente era señoril y de majestad, su talle voluptuoso por lo malignamente flexible, y sus ojos lucían sabrosamente traviosos bajo unos arcos de ceja apicarados y flecha-

dores, y una nariz caprichosamente tornátil y la boca siempre placentera, si entre búcaros, si entre claveles y azahares, formaba del todo el gesto más gustoso y tentador que ojos humanos pudieron ver, admirar y desear. Pero estos que le parecerán, amigo mío (prosiguió mi hombre mirándome atentamente), encarecimientos prolijos, no serán sino desmayados reflejos á su buen juicio, si los compara con los encantos y perfecciones que le revelará este retrato.

Diciendo esto, y enjugándose con el mismo guante al pasar la mano por la jurisdicción de la cara cierta lágrima involuntaria que á su despecho se le desprendió, sacó del bolsillo interior de su levitón una caja que encerraba el retrato de más diestro pincel y de más linda mujer que idearse puede. Si aquél era el retrato de la Caramba, y á tales rasgos era razón añadir la vida y la intención que presta siempre á la fisonomía la inteligencia femenil y el regocijo de la vida del teatro, es indudable que la Caramba fué una mujer celestial. Bien lo demostraba así la profunda impresión que de su hermosura conservaba la memoria de mi buen interlocutor.

Llegando á este punto volvió á plegarse el telón, y comenzó el sainete graciosísimo, como de D. Ramón de la Cruz, pero que no por eso pudo quitarme de la frente las ideas que me sujerían las singularidades del *quidam* que pudiera

tomar borla, si hubiese doctores en la danza, bien que entonces sabría muchos menos, y trasladado al plan de estudios. Finalizada la representación, volvió á enlazar la conversación suya con no poco contento mío, y me dijo :

—Entre todas las bailadoras que ha producido España, ninguna como Brianda, que por su gentileza y danzado tuvo amores en la corte, siendo objeto de los versos y galanterías de los principales caballeros y poetas de su tiempo : oiga (me dijo) el romancete que sigue, que es documento para los inteligentes :

## A BRIANDA.

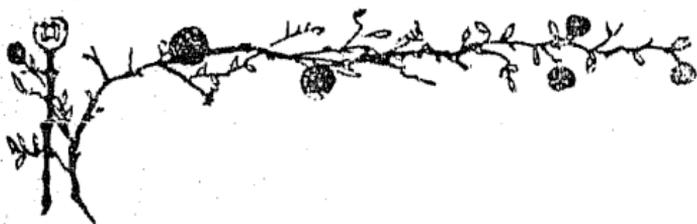
Mientras entrega á España  
 Una mano aleve  
 A la vil codicia  
 De malos franceses,  
 Y otro Roncesvalles  
 Y un Bernardo viene,  
 Báilame, Brianda,  
 Trisca y tus pies mueve.

.....

Aquí llegaba mi caro vejete, bebiendo yo, que no escuchando, sus palabras, cuando, llegando á la puerta del teatro, un aluvión de gente, que se atropellaba por salir, lo envolvió y me lo separó, arrastrándolo por no sé dónde, y sin poderlo yo seguir, por más conato que puse en ello. Desesperado de encontrarle, y no conocién-

dole sino por aquel acaso, no pensé sino en retirarme á mi guarida, donde, por no perder la memoria de este coloquio, lo apunté para diversión mía y cartilla de los que gusten aprender el Bolero.





## LOS FILÓSOFOS EN EL FIGÓN

---

.....  
.....  
Probemos lo del Pichel,  
¡Alto licor celestial!  
No es el aloquillo tal,  
Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Qué clarezal!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡Qué color,  
Todo con tanta finezal!

(BALTASAR DE ALCÁZAR.)

**N**ADA enfada tanto el ánimo como oír incesantemente unos labios ni fáciles ni elocuentes, y una taravilla necia de algún filosofastro pedantón, que se extasía hablando de materias tan triviales que cualquiera alcanza, ó tan áridas que secan y hastían la imaginación y fantasía del pobre que cogen en banda.

Iba yo á duras penas sosteniéndome en mis piernas antiguas y descarnadas, y pensando de tal manera, cuando, al tender la vista, tropezaron mis ojos con la mayúscula persona del Br. Górgoles, aquel parlador eterno, cuyo pru-

rito es hacer entender que tiene en su mano la piedra filosofal de la felicidad humana, cuando su título por tamaña empresa está sólo en relatar de coro dos ó cuatro libros que ya nadie lee, por el hastío que derraman. Venía, pues, á embestir conmigo y mi paciencia, remolcándose calle arriba de la Paja, cuando, por libramme, cogí los pies en volandas para escapar. Temiendo no conseguir mi intento, y hallando á poco trecho un figón ó taberna de traza limpia y bien acondicionada, acordé zabullirme en ella, por dejar pasar aquel para mí más que tremendo chubasco.

No bien puse el pié en ella, cuando consideré lo pronto que sería descubierto por mi perseguidor si en casa tan concurrida me ponía á los ojos de tanto curioso, y sin más ni más seguí mi paso por un entarimado que desde el zaguán arrancaba, y al final me condujo á una escalera excusada que daba á un aposento bajo de techo y á teja vana, que después vi era sobrado de un zaquizamí húmedo por todo extremo: sentéme en un banquillo cojo colocado al frente de una mesilla, si bien saltadora, si bien danzante, regada por medio siglo con el mosto de mil libaciones no muy limpias, y dando un golpe fuerte sobre ella, se me presentó el montañés, quien de su mejor modo me preguntó que con qué me serviría, relatándome la larga leta-

nia de vinos que guardaba en su bien abastecida bodega.

—No echará de menos en ella, señor caballero, desde el claro Montilla hasta el tinto de Valdepeñas, con toda la gran parentela de ellos hasta el quinto grado que se crían en nuestra España, limpios y sin mezcla de agua, brebaje ni otra mala raza con que mis cofrades suelen inficionar y adulterar tragos tan celestiales.

—Al Montilla me atengo (repliqué), y que venga con acompañamiento de algún sabroso llamativo.

—Sí habrá,—contestó mi hombre.

Y á poco me trajo un vaso y la botella con unas aceitunillas enjutas, gordas y sin mácula, que á legua se pregonaban como de Sevilla, realzándose todo más y más teniendo al lado el pan blanquísimo de bollo ó de tahona. Dije al montañés que siendo aquel retrete tan reducido, me excusase de toda compañía; le di las señas de la persona de quien me guardaba, y él retirándose, yo me quedé saboreándome á la par con el suceso agradable de mi escapada y con los bocados que delante tenía.

No bien habrían andado dos instantes de tan deliciosa tarea, cuando oí hablar dos personas tan cerca de mí, que parecían estar en el mismo aposento. Volví los ojos por todos lados y por entre las tablas que formaban uno de los tabi-

ques de él, vi dos hombres sentados frente á frente, ante de otra mesa ni más ni menos como la mía, derribadas las capas por las espaldas en las sillas, calados los sombreros con aire pica-ril, una baraja en la mano como de haber echa-do un jarro al truco, y el del fruto de la victo-ria puesto ante los ojos de los dos combatientes, que se lo iban á partir y trasegar lo más ami-gablemente del mundo.

—Con truco y flor me has ganado el envite, Pistacho (dijo el uno); y quiero verme ahogado en agua pura, si te juego de hoy más á otra cosa que al rentoy, aunque me des punto y medio.

—Ni al rentoy, filey, brisca, truco, secanza, ni otro de los carteados (respondió el otro), ni al sacanete, baceta ni otro de los de golpe y azar puedes medirte conmigo, y en esto rínde-me el mismo respeto que yo á ti en lo del cu-chillo y cuarteo.

—Afuera las alabanzas, y vaya, Pistacho, este tercer trago á los buenos ratos que pasamos jun-tos todos los jueves, que en ellos no me cam-biaría por el Preste-Juan: tal es el gusto que disfruto en ellos. ¿Y no sabes, Rechina, que en este bajo mundo está toda la gloria en un buen ami-go y dos botellas?

—¿Y las mujeres no entran en tu reino? Por-que en verdad te digo, que donde faltan ellas,

todo para mí es por demás, y si no se hallan en tercio con nosotros en tales sesiones, te aseguro que mi alma está con ellas como mis sentidos en este vino y sus adherentes.

—Ellas te darán el pago, pobrete (dijo Rechina): que el vino es placer más barato y duradero, ni deja en pos de sí los torcimientos y amarguras que ellas, y á fe á fe que media columna no contentará á la más humilde de ellas, y es moneda bastante para pasarse un hombre de forma toda la tarde hombreándose con todos los príncipes de la tierra, pues te hago saber, Pistacho (aquí el orador se acomodó en la silla, enderezó el sombrero y pasó la mano por la garganta para desembarazar el habla), que mientras estoy si son flores ó no son flores, todo lo veo de color de rosa, y del turco se me da un ardite y del Tamerlán una blanca. No haya miedo que el cristiano que se encuentre en tal beatificación piense poner lengua en Papa, ni mano en Rey, ni se entrometa en murmuración ni suciedad semejante: pues si hay un tantico de cantares, no digo nada, porque de ahí á los cielos.

—¡Y qué *verdura* es el apio, ya que verdad no diga! (replicó el otro): contigo me entierren, que esa razón me ha vuelto ceniza; venga otro viaje, apuremos el jarro, y el montañés haga crujir la piquera por mi cuenta.

—Rematado me vea (dijo Rechina) si me gus-

ta el vino bebido como de contrabando: cada uno en su casa haciéndose alcantarilla de mosto que no bebedor racional, sin pleitear sobre la calidad del vino, pecados que tenga y remedios que se le pueden aplicar, que este es ramo muy de enseñanza y divertido, y si esto se acompaña con la música de vasos que suenan, mosto que cae, candiotas que crujen, jarros que gorjean y mozos que gritan, no hay más que pedir.

—Siempre (contestó Pistacho) te vas al hueso y dejas la pulpa; quiero decir que más te saben esas salsas que refieres que no los sorbos copiosos y seguidos. Bien alcanzo la razón que haya para preferir el de antaño al de ogaño; pero andarse con esos *piquismiquis* tuyos, lo condeno altamente como cosa que huele á gula y sensualidad. Denme á mí el pielgo de un odre bien relleno, callen todos los relojes y no pare el chorro, y saldré más ganancioso que no tú, amén de la conciencia más limpia: que si yo te acompaño en tales estaciones, separo *inspectore* todas las superfluidades de que tú sacas tanta delectación, y tu alma tu palma.

—Sigue tu camino (dijo aquél), que yo bien me encuentro por el mío: remojarse en vino como esponja, cual tú dices, es cosa, amigo, de hombre y paladar poco delicado, y para ti, mal vinagre ó buen Xerez todo será igual, y quiero morirme si puede hallarse mayor pecado en

buen bebedor, pues contigo será en balde aquello del *pan con ojos*, *el queso sin ojos* y *el vino que salte á los ojos*.

—¿ Con sutilezas te vienes y refrancicos propones? (habló Pistacho.) Pues hágame la gracia el sabiondo de decirme cuáles son los tres enemigos del hombre, que si tal aciertas, te tendré por hombre consumado en el gremio.

Aquí los dos filósofos se quedaron mirando, aquél á éste, como quien piensa, y el otro al uno sonriéndose vanaglorioso del enigma con que había enredado á su compadre.

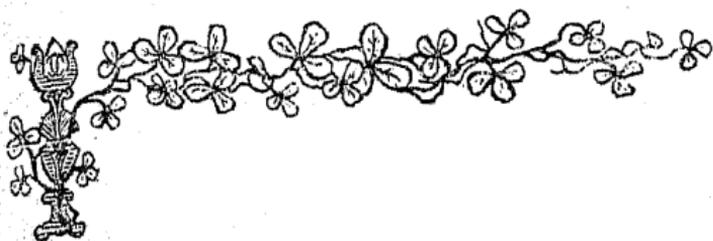
—Confíesome vencido (dijo Rechina), pues como no sean los arcabuces, las mujeres y los tabardetes pintados, no sé qué otros mayores enemigos pueda tener el hombre.

—¡ Oh menguado! (replicó Pistacho): ¡qué pobrete te criaste en esto de entendederas! Los enemigos que digo son los que arrancan las cepas, los que venden las uvas y los que las dan y convierten en pasa. Todas pisadas, que nadando en mostillo nadie siente penas: y es contrario al hombre quien le mengua consuelo tal, mermando un solo sorbo del jugo de los lagares. ¿Digo bien, seor Rechina? ¿Hablo al aire ó no discurro como el Br. Górgoles, que cada palabra la afirmaba con tres silogismos y cuatro autoridades?

Al decir esto el elocuente orador, escuché ruido por la escalera; vuelvo el rostro, y miro: ¡per-

dón de mis pecados! Miro al mismo tremendo Górgoles bailándole sus ojos de alegría por haber atrapado á su víctima. Á pesar del montañés, entró y escudriñó la casa, pues no encontrándome en las calles cercanas, concluyó, y con razón, que me había agazapado en alguna madriguera. Entró, digo, se me lanzó como un sacre, y me hizo presa por el brazo como alano, pues las orejas me las reservó para taladrármelas á preguntas, argumentos y reconvenciones por mi asistencia y querencia en casas de aquel jaez. Me sacó á lo del Rey con más inculpaciones y reprimendas: llevóme hablándome, gritando, argumentando en forma, por inducción, *à priori*, por exabrupto, por peroración.... ¡qué tormento!!! En fin: apartóme mi implacable enemigo de aquel mi centro de recreación y gusto; pero al menos aprendí y supe en dónde cada jueves podría sacar mi ánimo de sus melancólicas meditaciones, oyendo los diálogos de dos filósofos, que si enseñan poco como todos, divierten como ningunos.





EL ASOMBRO DE LOS ANDALUCES

ó

MANOLITO GAZQUEZ

EL SEVILLANO.

---

....Con tus mentiras á nadie agravias  
y á todos entretienes : estas no son  
mentiras, sino ingeniosidades : no son  
mentiras vulgares, digo, sino fábulas  
poéticas.

(*Estafeta del Dios Momo*, por  
SALAS BARBADILLO.)



si españoles como extranjeros, saben el remoque con que son señalados los andaluces. Todos, al oírles relatar tal historia ó cuál noticia, llaman en auxilio de sus respectivas creederas la suma total de las reglas de la crítica para fijar en algo ó acercarse á la verdad : todos, escuchándoles citar guarismos y vomitar cantidades, cercenan, rebajan, sustraen, amputan y restan, y no contentos aún, sacan la raíz cúbica del residuo, y todavía, admitiendo tal cantidad por buena, creen hacer mucho favor

al bizarro y boyante contador y denumerador andaluz. Fuera agraviar á cuatro grandes provincias que valen otros tantos imperios, suponerles en su calidad y condición algo tan rahez y de baja ley que pueda trocarse con el embuste y confundirse con la gratuita mentira. Esto siempre revelara algún defecto en el carácter, cierta falta en el corazón, siendo así que, en contraste con todas las demás de España, no hay ninguna que sobre la Andalucía presente mayor número de héroes, de hombres valientes, y todos saben que la cualidad más contraria al valor es la mentira. Por consecuencia, es necesario buscar en otra parte el origen de esta afición, de esta propensión irresistible á contar, á relatar siempre con encarecimiento y ponderación, á demostrar los hechos montados en zancos, y á presentar las cantidades por océanos insondables de guarismos. Tal cualidad tiene su asiento y trono en lo más principal y pintiparado del alma, en la fantasía, en la imaginación. Lo que se ve en aumentativo, no puede explicarse por microscopio; lo que se multiplica en el pensamiento, no puede *unicarse* por los labios, si se permite la expresión; ni lo que se pinta en el ánimo con todos los colores del iris puede ni debe retratarse por la palabra, y en la narración con las tintas mortecinas de la aguada.

Ahora bien : un andaluz siente, concibe, ve,

imagina y piensa de cierta manera: ¿cómo no ha de hablar, no ha de explicarse por el propio estilo? Si tal no fuese, fuerza sería desconocer el admirable acuerdo que existe entre las facultades de nuestra alma, el recíproco enlace con que se atan unos á otros los sentidos y todos se ligan á la mente; contradecir los estudios de todos los filósofos desde Aristóteles acá, y destruir, en fin, la verdad de la Psicología, de la ciencia del pensamiento.

Ya esta cualidad de la imaginación andaluza y de su ostentosa manifestación por la palabra, la conoció el famoso orador romano hablando de los poetas de Córdoba, y la indicó en una de sus más brillantes oraciones<sup>1</sup>. La mezcla con los árabes, de fantasía arrebatada, pintoresca é imaginativa, dió más vuelo á tal facultad, y su permanencia de siete siglos en aquellas provincias las aclimató para siempre el ver por telescopio y el expresarse por pleonasmo. Si fué en Córdoba, cabeza de la Bética y patria de grandes oradores y poetas, en donde Cicerón notó esta cualidad andaluza, si hubiera vivido diez y ocho siglos después ó en nuestros días, la notara, fijara y ampliara por todas aquellas grandes provincias, poniéndole empero su trono y asiento prin-

<sup>1</sup> «Ut enim Cordubae natis poetis pinguis quidam sonantibus, atque peregrinum aures suas dederit.»

cipal en la capital artística de España, en la reina del Guadalquivir, en el imperio un tiempo de dos mundos, en la patria del Sr. Monipodio, en la mágica y sin igual Sevilla. Los sevillanos, pues, son los reyes de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonasma, y de entre los sevillanos el héroe y el emperador era Manolito Gázquez.

Manolito Gazquez, á vivir hoy, debiera ser considerado como un artista. Él daba al estaño y al latón tal forma y apariencia, que con la ayuda del zumo de la oliva y de un mechón de lienzo viejo, difundía la claridad y las luces por do quiera; en una palabra : era velonero, pero al propio tiempo era cazador; en los rosarios tocaba el fagote ó *pimpoddo*, como el decía; en los toros era un oráculo. Por lo demás, no había habilidad en que no descollase, aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasión estupenda en que no se hubiese encontrado. Y no se crea que esta inclinación á hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecía por gala y afectación, ni menos que se alejaba de la verdad por afición á la mentira. Nada de eso : su imaginación le ofrecía por verdadero cuanto decía; los ojos de su alma veían los objetos cual los refería, y su fantasía lo ponía en el mismo lugar y grado del héroe cuya historia relataba. Júntese á todo esto la facultad preciosa

de darle á sus aventuras final picante, caída adecuada, todo sin estudio, sin afectación, y por añadidura, traza singular de persona y cierta pronunciación peregrina y extraña, aun para los mismos sevillanos, y se concebirá justa y cabal idea de los fundamentos que tiene la gloria duradera de Manolito Gázquez, cuyos cronistas quisiéramos ser si el espacio no nos faltara y nos ayudara el talento. Manolito Gázquez, además del «socunamiento» ó eliminación de las finales de todas las palabras y de la transformación continua de las *eses* en *zetas* y al contrario, pronunciaba de tal manera las sílabas en que se encuentra la *ele* ó la *erre*, que sustituía estas letras por cierto sonido semejante á la «d.» Esta indicación es la única que conservaremos en sus palabras al referir algunos de sus dichos y sentencias. La vida la dividía dulce y tranquilamente entre su taller, sus amigos y su esposa Doña Teresa, y de noche entre el descanso y su asistencia al rosario tocando el fagote.

Dos tardes entre semana las empleaba concurriendo á cierto paraje, enfrente de Triana, á oír leer la Gaceta, sentado sobre su capa en los maderos que en aquella ominosa época en que teníamos marina bajaban desde Segura por el Guadalquivir, y que servían en la orilla para cómodo asiento de la gente desocupada. Por aquel tiempo sólo llegaban á Sevilla cinco ejemplares

de la Gaceta, único papel que se publicaba en España; cosa que prueba la infelicísima infelicidad de aquella época, en que recibíamos de América cien millones de duros al año. El que presidía el auditorio en donde concurría Manolito, cobraba cada ochavo de los que acudían á oirse leer la Gaceta. Allí nuestro héroe oyó por primera vez el nombre de *Austerlitz*, cuya palabra jamás le pudo caber en la boca. El concurso para formar idea minuciosamente de la topografía del terreno, hizo extender el mapa de Europa, que solía acompañar en aquel tiempo á la Guía de Forasteros. (Todo el mundo sabe que el tal mapa tendría sus tres pulgadas de bojeo.) Manolito, enardecido ya con la relación de tan sangrienta jornada, seguía cuidadosamente con los ojos la punta del alfiler que á tientas iba señalando en aquel mapa gorgojo el punto donde pudo haber sido la batalla. D. Manolito, al ver que el alfiler se fijaba, exclamó ya entusiasmado :

—Señodes, aquí es, aquí es; vean Vds. ad señod genedad que toca á ataque, y aquí están das vivandedas que venden tajadillas á dos sodados.

Y al decir esto ponía su dedo rehecho y gordifloncillo sobre el reducido papel, que casi lo tapaba, y de este modo, calculadas las distancias, ponía esta parte de la escena á 500 leguas del campo de batalla.

En tal gabinete de lectura y en tal tertulia oyó nuestro héroe, en su capítulo correspondiente de la Gaceta, hablar varias veces de la Sublime Puerta. La idea que concibiera Manolito Gázquez de lo que era el poder Otomano, lo probará la anécdota siguiente. Cierta día trabajaba en su taller sendos clavos de ancha cabeza y de traza singular, que herreros y carpinteros llaman de bolayque. Eran lucientes y grandísimos. Uno de sus visitantes, al verlos, exclamó :

—¡Qué clavos tan hermosos, grandes y bizarros!!!

—Catodce cajones llenos de ellos hay ya en el díó (replicó D. Manolito) : ¿y no han de sed hedmosos si van á sedvid pada da Puedta Otomana?

Este hecho lo hemos oído relatar al mismo interrogante, que lo fué el Sr. López Cepero, hoy senador del reino, y que alcanzó y frecuentó mucho el trato de nuestro héroe.

Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie, á juicio suyo, le prestaba á tal instrumento el empuje y sonoridad que él.

—En ciedta ocasión (dijo) quise pasmad á Doma y ad Padre Santo. Pada ello entré en da iglesia de San Pedro un día ded Santo Patrón ed primed Apóstod. Allí estaba ed Papa y dos caddenades, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda da cris-

tiandad. Tocaban veinte órganos y muchos instrumentos, y más de mid pitos y flautas, y entonaban ed *Pange lingua* dos mid y cincuenta voces. Llega D. Manodito con su casaca (iba yo de codto), y me pongo detrás de una codudna que hay á da entrada pod Odiente, así confodme se entra á mano dedecha, y cuando más bullicio había, meto un pimpoddazo, y toda aquella adgazada calló, y da iglesia hizo *bun, bun* á este dado y ad otro como pada caedse. Á poco siguió da función, creyendo ed Consistodio que ed teddemoto había pasado, y entonces meto otro pimpoddazo de mis mayúscudos, y da gente se asusta, y ed Papa dijo ad punto: «Ó ed templo se »viene abajo, ó Manodito Gázquez está en Doma »tocando ed pimpoddo.» Sadiedon á buscadme, pedo yo tenía que haced, y me vine á Sevilla pada id ad dosadio.

Si algún paseante al pasar en aquellos días calurosos de estío por la puerta de Manolito se sentía aquejado por la sed y le pedía una poca de agua, gritaba al punto:

—Doña Tedesa (su esposa): bajad da jadda de odo con agua fresca; y si no está á mano, venga da de plata, ó da de cristad, y si ninguna se encuentra, traed da talla de baddo, que este caballado disimudadá por esta vez, si se de sidve con buena voduntad.

En cierto día, que para una noticia que era

preciso hacer saber en Cádiz se hablaba del modo de trasmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo D. Manolito :

—¿Y pod qué no va pod' agua da noticia?

—Pero siempre (le replicaron) serían necesarios tres ó cuatro días.

—Dos hodas (repuso Gázquez), yendo nadando como yo fuí cuando da guedda con ed inglés á llevad ciedta odden ded genedad. Yo me eché ad agua ad anocheced en da Todde ded Odo; meto ed brazo, saco ed brazo, estoy en Tablada; meto ed brazo, saco ed brazo, heme en Sandúcad de Baddameda ; meto ed brazo, saco ed brazo ad frente de Dota, y de allí, como una danzadeda, á Cádiz: ad entrad pod da puedta ded mad tidaban ed cañonazo y tocaban da retreta.... ¡digo, señodes, si me descuido!!! —aludiendo á que á tal hora se cierran en Cádiz las puertas, como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

En el danzar, cuando sus verdes años, y creyendo sus propios informes, había sido D. Manolito una Terpsícore del género masculino, un portento de ligereza y agilidad.

—Una noche (decía) estaba yo en da tედtudia de da condesa de.... (siempre entre gente de calidad), y allí habían baidado ciedtos itadianos bastante bien. Don Manodito no quiso baidad aquella noche; pedo das señodas me dogadon tanto, que ad fin sadí haciendo mi devedencia y mi paseo.

Comienzan á tocad y yo á figudad y á tenzad; ellos tocando y yo tenzando y dando con da cabeza en ed techo, todos midando, y yo tenza que tenza; das señodas, «Manodito, bájese V.» y Manodito tenza que tenza.... Cuando concluí, pod gusto saqué ed dedoj....: quince minutos estuve en ed aide.

En los toros valía doble el andamio donde tomaba asiento Manolito Gázquez. Siempre tenía la palabra. No había suerte que él no comentase, ni lance que no sujetase á su crítica, aunque todo lo presidiese el famoso Pepe Hillo, que era muy su amigo.

—Quítese de allá ed señod Pepe: no sabe V. ed mosquito que tiene dedante. Oiga V. dos consejos ded maestro de dos todos....

Una tarde salió nuestro héroe muy disgustado de la corrida.

—Ya no hay hombres en Sevilla (decía). Hasta ed señod Pepe se ha convedtido en monja: á no sed por D. Manodito, ¿qué hubieda sido de da cuadrilla? Ed todo (añadía) había baddido ya da plaza, dos de á caballo dodando, dos peones en das vayas y ed señod Pepe enfrontidado por ed todo y do iba á ensadtad, cuando D. Manodito se echó á da plaza y da fieda se dispadó á mí y deja ad señod Pepe y addemete....

—¿Y qué sucedió?—le preguntaban los del asustado auditorio.

—Y addemete, y yo de meto da mano pod da boca, y de pronto de vuedvo como una cadceta, poniéndode da cabeza donde tenía ed dabo, y ed todo sadió más dispadado que antes y fué á dad ciego en ed buddadedo de enfrente, y se estrelló, y das muditas vinieron pod éd.

D. Manolito, como de generación algo trasañeja y muy lejos de los adelantos del siglo actual, era español castizo y antifrancés por todo extremo, y eso que no alcanzó en vida los desahogos de Murat en el Dos de Mayo, ni el saqueo de Córdoba, ni las lindezas de gabachos y afrancesados de 1808. Por lo mismo y tal antipatía, nada era de extrañar que á tiempo ó á deshora se estremeciese, despeluznara y conturbase al oír por las esquinas y cantones del barrio el pito del castrador, ó silbar por los zaguanes y antepatios la piedra aguzadera que á fuerza de rueda y agua mordía el acero de los cuchillos y tijeras, todo por obra y manufactura de los labios, patas y manos de algún auvernés ó picardo. Al pasar tales estantiguas por jurisdicción de la casa de D. Manolito, según y conforme más ó menos avinagrado se hallaba de condición, así era el recibimiento que les hacía. Si el cielo de su frente, á dicha, se mostraba despejado y sereno, en cuanto escuchaba el chiflo ó entendía el pregón del amolador, partía la telera de pan y escanciaba en el vaso media

azumbre de vino, y saliendo al umbral de la puerta, calle de Gallegos<sup>1</sup>, comenzaba á decir:

—Venga acá, capullo, y no me adbodote da vecindad. Tome este trago y este taco, y váyase duego á otra padte con sus heddamientas, dejándonos con nuestra entedeza y menestedes. En esta tiedda dos hieddos se dan fido unos hieddos con otros hieddos y no con piedra aspedón, y nos vamos á da sepudtuda como vinimos ad mundo.

Cuando el clamoreo de mala y aviesa catadura cogía al buen andalúz de mal temple, no había invectiva en su magín, ni especie ó palabra picante en el Diccionario, que desde su puerta ó ventana no se las disparase á grito hendido sobre el deshonesto francés, si era capador, ó sobre el francés pordiosero, si era de los de la piedra de asperón. Tal vez acertó á estar en su tienda cierta persona grave, que al ver el alboroto de Manolito, que en pocas ocasiones se descomponía, le manifestó grande extrañeza por sus voces y exclamaciones. Nuestro héroe, al oirlo, replicó:

—¡Chodizo! (esta era la interjección más formidable que solía permitirse): ¡Chodizo! (volvió á repetir): ¿no ve V. que si dos gabachos dan en venid con das piedras y dos chiflos concluidán pod amodad á dos españodes y pod dejadnos

<sup>1</sup> La pequeña casa en que vivió, con otras varias, se han convertido en un gran almacén ó despacho de la loza que se fabrica en Cartuja.

útiles sólo pada eunucos ded gran tudco ó ded empedadod de Madduecos?

Por lo que después ha sucedido y en la actualidad estamos alcanzando, verán nuestros lectores que D. Manolito, además de otros muchos, poseía también el don de la profecía.

Fuera prolija tarea referir los destellos poéticos de maravillosa magia, de encarecimiento inmenso con que Manolito Gázquez immortalizó su nombre en la poética, en la mágica y ponderativa Sevilla. Pondremos fin con el siguiente rasgo. Cierta día nuestro héroe asistió con gran parte de la nobleza y juventud sevillana, que siempre lo admitía en su círculo, á un palenque de armas, en donde así se hacía alarde de la destreza del sutil florete, como del irresistible poder de la espada negra. Después que dos contendientes admiraron al concurso por sus primores, su gallardía, sus tretas, sus estocadas, sus quites, y que, retirándose del asalto, dejaban á todos los aficionados con impresión profunda de agradable sorpresa, uno de los más notables por su habilidad en las armas le preguntó á nuestro héroe :

—¿Y V., Manolito, no juega la espada?

—Ese ha sido mi fuerde (replicó) : yo soy discípudo de dos discípudos de Caddanza y Pacheco. ¿Se acueddan ustedes de das famosas lluvias ded año de 76?

—Sí nos acordamos.

—Pues en una de aquellas noches de dudío (prosiguió), estaba yo en da tectudia de da señoda madquesa de.... Todas das señodas se habían ya detidado en sus coches, y sódo quedaba da condesita de.... y su hedmana, que no podían idse podque su caddoza no había podido llegad con ed agua. Aquellas señodas se afligían y quedían idse, y ¿qué hace Manodito?: saca da espada, y dice: «Señodas, agádense Vds.» Y Manodito, con da espada á da lluvia, taz, taz, taz; tedcia, cuadta, prima, siempre con ed quite y ed depado, llegamos á padacio: ni una gota de agua había podido tocad á das señodas, y dejábamos detrás ahogándose á da Gidadda.

Manolito Gázquez, cuya juventud, por su lozanía, conservó hasta lo último de su vida, murió cerca ya de los ochenta años, al entrar el famoso de 1808.

¿Qué hubiera dicho este rey de los andaluces si, viviendo algunos meses más, alcanzara el trágico Dos de Mayo, la inmortal jornada de Bailén? ¿Qué no hubiera visto aquella poderosa imaginación en las poderosas maravillas que entonces improvisó el verdadero entusiasmo, el no mentido patriotismo español!!! Manolito Gázquez, presenciando la lucha de la independencia y los principios de nuestras disensiones ci-

viles, hubiera sido para los hechos de la primera un cristal de crecidísimo aumento, como para los segundos un prisma que los descompusiera y presentara en términos de arrancar algunas agradables risas, en cambio de las muchas lágrimas y sangre que nos han costado. Si nuestro héroe hubiera llegado como milagro de longevidad hasta la guerra cuya primera jornada acaba de concluir (estamos en 1841), entonces es indudable que le viéramos ó escribiendo algún boletín de noticias en un periódico, ó bien al lado de algunos generales redactando partes de encuentros, asaltos y batallas. ¡Tanta feria hubiera tomado su peregrina facultad de aumentar lo poco, y de ver lo que no había!!!

## NOTA.

Entre las pocas personas hoy vivientes y que alcanzaron el trato y comunicación de Manuel Gázquez, se cuenta al señor senador del reino D. Manuel López Cepero, deán de la santa Iglesia de Sevilla. El redactor de las Memorias del asombro de Andalucía, habiendo consultado al Sr. Cepero sobre algunos puntos de las aventuras de D. Manolito, tuvo el gusto de recibir contestación detallada de todo, añadiendo ciertas y picantes curiosidades, que para mayor recreación del público y no defraudarle de su original y nativo carácter, hemos querido trasladar aquí, copiando la carta misma del Sr. Cepero. Dice así:

«Manuel Gázquez debió de nacer alrededor del año 30 del siglo XVIII, porque en el segundo del XIX, cuando le conocí personalmente y empecé á tratarlo, frisaba en los setenta años, si bien él, por suponer más larga su experiencia, afirmaba pasar de

los ciento y tener ya cerca de ochenta unos zapatos muy poco usados con que se engalanaba las fiestas, diciendo que les conservaba aprecio por ser los que llevaba cuando la Iglesia le estrechó en vínculo matrimonial con su Teresa.

»Era la estatura de Gázquez menos que mediana, grueso de cintura arriba, casi redondo y muy corto de cuello, pero con facciones harto regulares y una tez limpia y despejada que se dejaba ver en toda su esférica cabeza, recogiendo con un listón negro muy flotante los pocos cabellos enteramente blancos que en tal época conservaba todavía. Ancho de hombros y dilatado pecho, cruzaba sus robustos brazos, cuando se sentaba, poniéndolos sobre el vientre elevado sin exceso, y sus manos y dedos, más gruesos que suelen verse á tantos años, manifestaban que Gázquez no había pasado los suyos en la ociosidad; y no me acuerdo de haberle visto sin hacer algo en su taller de velonería, donde por su localidad le visitaba diariamente; al contrario: siempre lo hallé trabajando con un oficial de más años que el maestro, el cual le sobrevivió pocos días por cierto; pero Gázquez le daba órdenes, dirigiendo sus faenas, como si mandase una compañía de granaderos, reconviéndole frecuentemente por ello su anciano dependiente, y formando ambos diálogos muy graciosos, aunque sin faltarse ninguno á la decencia ni aun al respeto.

»Gázquez conservó siempre cabal su dentadura, vivos los ojos y más agraciado el semblante de lo que sus años permitían, porque era tal su robustez y grosura, que las arrugas no habían podido desfigurarle, y así es que mientras no hablaba, lejos de excitar el ridículo tenía un aspecto á todas luces venerable. Era graciosamente balbuciente, aunque sin tartamudear, pero no hallando su fantasía, por falta de instrucción, medios de expresar lo que concebía, ni manera de referir las cosas maravillosas que se figuraba, adquirió fama de embustero, siendo así que nada era más ajeno á su carácter que la mentira.

»Los que iban á oírle sin antecedentes para juzgarle y con la prevención de que sus ficciones exageradas y á veces inoportunas, siempre incorrectas por falta de educación, y no pocas ve-

ces mal entendidas, viéndole entusiasmado y oyendo los defectos físicos de su pronunciación, salían llamando disparatadas mentiras, á lo que era efecto de una imaginación que no halló materia ni pábulo en que ejercitarse con utilidad. Si Manuel Gázquez hubiera recibido educación literaria y cultivado los dones que le dió la naturaleza, en vez de la fama ridícula que le ha quedado de embustero, habría tal vez dejado nombre de un ingenio sobresaliente.

»Manifestaba haber tenido siempre las costumbres más puras, y todos cuantos le trataron aseguraban que jamás le oyeron palabra que envolviese la más leve idea de torpeza ni obscenidad. Casi llorando decía con frecuencia que si le hubieran enseñado á leer y á escribir, hubiera sabido más que Séneca, y es lo cierto que concurría á todos los actos literarios con el objeto de quedarse con alguna idea que él pudiese revestir después con colores maravillosos.

»Pagaba dinero porque le leyesen la Gaceta, algunos de los que en aquel tiempo buscaban la vida de ese modo, por ser raras las Gacetas y no muy comunes los que pudiesen leerlas. Hablaba después de las batallas de Napoleón como si las hubiese visto, y yo le oí una descripción de la de Austerlitz, señalando hasta el lugar que ocupaban las vivanderas.

»Habiendo oído decir que las monedas de Othón eran de las más raras entre las imperiales romanas, y sabiendo que yo tenía afición á la numismática, me ofreció unos cuantos ochavos borrosos, diciéndome que los guardase, porque, según él calculaba, debían ser del *rey Atún primero*.

»Procuraba tratar á los moros que pasaban por Sevilla, y aseguraba entenderlos, porque él había estado en Tánger y Marruecos y visto toda la Morería, diciendo al mismo tiempo que todos sus viajes habían siempre sido por tierra.

»Había en Sevilla por aquel tiempo ciertas callejuelas muy angostas y retuertas, cuyas casas eran generalmente habitadas por mujeres de mal vivir, y á todo este distrito, último alojamiento acaso de los moriscos, se le daba el nombre de Morería. Aludiendo yo á él, repliqué á Gázquez que aquella sería la

Morería en que él había estado, porque para haber visto la verdadera habría tenido que rodear medio mundo ó que atravesar el mar, cosa que, según acababa de decirme, jamás había hecho.

»Apretado por el argumento, y no queriendo consentir que se le creyese capaz de frecuentar la Morería de Sevilla, poblada de malas mujeres, se obstinó en afirmar que hablaba de la de África, y que se podía ir á ella por tierra, ó, lo que es lo mismo, sin embarcarse.

—»Muestre V. (me dijo) esa boda en que está ed mundo pintado, y de didé pod donde me llevó un addaez, que era grande amigo mío.

»Presenté á Gázquez el globo terráqueo, designándole el Mediterráneo que separa el África de España, y él, calándose sus anteojos y cubriendo con cada dedo una provincia, me preguntó de repente, como quien salía de un gran embarazo:

—»¿Dónde está pod aquí ed cabo de Gata?

»Y habiéndoselo mostrado, contestó :

—»Pues desde éd sade pada da acceda de enfrente un *caminito oculto* que no lo *saben más de cuatro*.

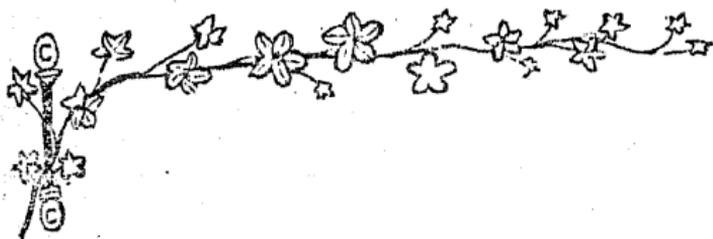
»Y quitándose las gafas, tomó su asiento, creyendo haber dejado, como de hecho la dejó, concluída la cuestión.

»Tal es, amigo mío, el bosquejo del hombre por quien V. me pregunta, y desearía tener tiempo para enviárselo á V. más acabado, según las ideas que aún recuerdo haber formado observando á tan extraordinario original.

»Una enfermedad aguda, como calentura pútrida, acabó con él por Abril del año de 8, no habiéndole alcanzado la vida á presenciar ni aun las primeras escenas de nuestra revolución, que empezaron en Sevilla al mes siguiente, y en que su imaginación hubiera hallado ancho campo por donde extenderse.

»Queda de V. siempre afectísimo y cordial amigo y capellán  
Q. S. M. B.—*Manuel López Cebero.*»





## LA FERIA DE MAYRENA

---

Sus visos y alcores llena  
Por los floridos abrilles  
Con sus feriantes Mayrena,  
Cubriendo la rubia arena  
Yeguas y potros por miles.

Va en manada el bravo toro;  
Mas nada cual la serrana  
Que linda, pomposa, ufana,  
Lloviendo cairel de oro,  
Va á la feria en la mañana.

Breve el pié como andaluz,  
Los ojos de matadora,  
Mucho negro y mucha luz;  
Cada mirada traidora  
Deja un muerto y una cruz.

(Cántiga popular.)



y, Mayrena; ay, Mayrena del Alcor! Si tu nombre en la lengua de los moros<sup>1</sup> recuerda *agua de la fuente*; si con tus olivos eres la mata de albahaca de los olivares que crecen entre Carmona y Sevilla; si el Alcor sobre que estás situada te encima y sobrepone á cuantas villas, lugares y alcairías ostenta el Guadalquivir y presenta el Aljárafe; ¿quién no te celebrará además por aquella tu famosa feria de

<sup>1</sup> *Ma*, agua; *anad*, fuente. También pueden ser los nombres de *Marchena*, *Mayrena* y otros de tales terminaciones, corrupción de la nomenclatura geográfica de la baja latinidad.

Los finales de Abril, precursora de la de Ronda, primera en todo el año para aquellos países, y rica cual ninguna de las dos Andalucías alta y baja? Allí á tu feria acude toda la gente buena, así de mantellina como de marsellés; allí las quebradas de cintura y ojito negro; allí viene lamar de caballos y otra mar de toros y ganados; allí las galas y preseas; allí los jaeces y las armas; allí el dinerito del mundo, y tras él sus golosos y enamorados de toda laya y condición, la buscona, la garduña, el tahir, el truhán, el caballero de industria, el trapacero bribón, y el perdonavidas que come por el espanto. ¡Qué movimiento, qué Babilonia! Desde el Genil hasta la frontera de Portugal; desde Sierra-Morena hasta las playas de Tarifa y Málaga, el universo mundo se conmueve para asistir á la famosa feria. Los caminos se cubren de feriantes que llevan su poca ó mucha hacienda al alegre mercado de la Andalucía, de tratantes de toda especie que van allá á buscar su provecho y ganancia, de curiosos regocijados que van á vivir en éxtasis y por vapor tres días en aquel centro de vida y de nuevas y variadas sensaciones: todo es gloria, todo esperanzas, como la víspera de una boda.

¡Ay, Mayrena; ay, Mayrena del Alcor! ¡Cómo recuerdo el delicioso y sereno día en que llegué desde Sevilla á tu rica y visitada feria. Un sol claro y benigno daba vida al lindo paisaje de

Alcalá de Guadaira, que jamás tendrá pincel que lo retrate en toda su belleza, ni trovador que revele todos los dulces y risueños pensamientos que sugiere. Á un lado y otro se extendían las simétricas selvas de olivos que se pierden á la vista, como el horizonte en el mar, y al frente, como cerrando el cuadro, se miraban coronados de rosadas neblinas los altos collados sobre que se ve fundada la antigua Carmona. Carmona, la ciudad más fiel á la causa del justiciero D. Pedro, y última depositaria de sus hijos y sus tesoros. En derredor y al lejos descollaban los oteros, las colinas, ó se abrían los valles y cañadas, teatro de las hazañas de los descendientes y rivales de los antiguos Francisco Esteban, de Nebrón, y de Cadenas, los Siete Niños de Ecija, José María, Caballero y otros ciento, reyes de los bosques y caminos de Andalucía, y al fin entre los árboles, é iluminadas vagamente por una luz de púrpura y oro, se dejaban ver las moriscas almenas de tu castillo, juro hereditario primero de los heroicos Ponces de León, timbre después de la casa de Arcos.

Ya ¡oh, Mayrena! encontré tus anchos ruedos, tus espaciosos ejidos henchidos de toros y caballos, de ganados y aperos, de grupos de mercantes y chalanes, tus calles cubiertas de curiosos y feriantes, tus rústicas tapias sirviendo de arrimo á cien y cien tiendas de variados y pere-

grinos objetos ; los del más exquisito y subido lujo están en feria mano á mano con los objetos que más convienen á la condición y gusto de un pueblo pastoril y labrador.

El refinamiento de la civilización no ejerce allí su odiosa y exclusiva tiranía ; todos disfrutan : los goces , la holgura son allí el patrimonio de la muchedumbre , porque están al alcance de todos. Esto derrama una bienandanza por todo aquel inmenso concurso , que añade nuevos quilates al placer del curioso observador. Al lado de los dulces laboriosamente confeccionados y sobrecargados de esencias y perfumes, regalo sólo del rico , se encuentra el acitrón , el alajú , los turrone y otros mil azúcares todavía de raza mora , que por su módico precio procuran igual sabrosa satisfacción á la aldeana , al rústico y demás gente menuda. Si allí el fondista muestra al gastrónomo su luciente aparador y batería , allá las gitanas , cubiertas de flores , en un aduar de chozas de singular talle y traza , ofrecen rubia como el cro , saltando entre el aceite , la masa candeal convertida en buñuelos , si apetitosa al paladar , fácil de costear para todo bolsillo. Los vinos extranjeros ceden allí al famoso y barato manzanilla ; la aceituna de mil modos y siempre sabrosamente disfrazada , toma prioridad , como ama de casa , sobre la francesa y apatatada trufa , y la

lima, el limón dulce y la naranja, manjar aristocrático en otros países, bailan de mano en mano entre las turbas de muchachos, y entre los corros y ruedas de los mayores, ganaderos y otra gente, así de más alta como de más baja estofa. Acaso con sus blancas tocas y su pintado albornoz algún moro en una ancha cesta ofrece el dátíl de Tafílete destilando miel, á los aperadores y guardas de campo que no tienen los ojos menos negros, ni las mejillas menos atezadas que él; y todos, todos disfrutan, huelgan, se solazan y recrean. Allá asisten á los títeres y volatines, aquí á la chirinchina y pulchinelas, acullá tratan y contratan; por este lado dicen la buenaventura, por aquel se ajusta un caballo ó una punta de ganado; aquí se canta, allí se baila. Éste requiebra, aquél enamora; todos se agitan, todos bullen. ¡Cuánto yente, cuánto viniente! ¡Qué discurrir de hombres á caballo, de calesines que llegan, de coches que pasan, de barroches que vuelan, de pretales que suenan, de campanillas que alborotan, de zagales que gritan! Los ojos se deslumbraban y la cabeza se desvanecía.

Pero en tu feria ¡oh, Mayrena! es donde se compendia, cifra y encierra toda la Andalucía, su ser, su vida, su espíritu, su quinta esencia. No haya miedo que tu suelo se mire profanado en aquellos días por costumbre, uso ó traje que no sea

andaluz de todo en todo y por sus cuatro costados y abolorios. Allí un levitín ó el frac más elegante de Borrel ó Utrilla fueran un escándalo, una anomalía. Allí en los hombres (las mujeres reinas absolutas) es obligatorio vestir aquel traje airoso, propio y al uso de la tierra. Los ingleses y otros extranjeros que vienen á visitar la feria desde Gibraltar y Cádiz, son los primeros en someterse á tal costumbre; si alguno al llegar á Mayrena no viene preparado en su recámara con el vestido andaluz, compra inmediatamente un calañés, y con su bota y fraque de Londres se lo cala (¡qué cosa tan cuca!), y va gravemente paseando, como si fuese de todo punto atildado á lo andaluz y la majeza. Esta sumisión los hace agradables á la gente cruda, quien los adopta desde luego para la taberna y para la fiesta. Es como la circuncisión que habilita entre los moros para toda cosa, al nuevo retajado. En ti, Mayrena, es donde se fija cada año el uso que ha de regir, los adornos que más han de privar, el corte que han de tener las diversas partes y aditamentos del traje andaluz. Unas veces el sombrero se despliega en su falda y se achata en su copa, como sombrero pando de fraile francisco; otras se recoge de ala y sube de cucurucho, como alcartaz de nigromante; ya se adorna con hebilla y franja de velludo, ya con pasador y cintas de colores; ora el chupetín va

galoneado, ora cargado con sendas andanadas de botones turquescos, ora la chupa y calzón se agobian con muchos postizos y alamares, ora van sencillos y sólo con algunos lindos golpes de seda. Si los colores están al uso un año, en otro el negro se lleva la palma; y si la faja en el presente es encarnada ó púrpura, el venidero será caña ó escarolada. La bota es la que siempre es blanca, pero en las labores y respuntes, ¡qué variedad, cuántos caprichos, qué primores tan diversos!

El caballo, así como el hombre, se somete en la feria de Mayrena á llevar sus adornos y paramentos al uso exclusivo del país; los arneses de la brida ceden allí á los jaeces pintorescos de la jineta, recordando la traza y gala de las cuadrillas de Aliatares y Gazules. Se olvida la silla cortesana por el alto albardón jerezano; los arneses de elegancia se posponen á los fluecos y sedas del aparejo de campo; y aquel caballo, famoso en el mundo, que conserva en sus venas la pureza de su raza oriental, hijo del fuego y del aire, se envanece y pompea, cruzando los ámbitos del mercado en tal traza, con su frontil airoso de burato de colores, su atacola encarnado, obedeciendo la rienda del airoso jinete que lo monta, y ostentando acaso en grupa la linda serrana que viene con su hermosura á dar mayor realce á la feria.

Así entraste en Mayrena aquel día, donosa Basilisa, sobre el soberbio marteleño de tu amante, pasando blandamente tu airoso brazo en derredor del talle del mancebo. El caballo era bárceno, buen mozo, andando mucho, corriendo más, suelto, saltador. Las calles era necesario ensancharlas para su braceo; las piernas se quebraran con una uva, tan ágiles y sutiles eran; la cola barrierá el camino si no viniese recogida, y sobre el lomo se pudieran contar cien doblones ochavo á ochavo. En grupas viniste, hermosa Basilisa, flor de la gracia, remate de lo bueno, ramo de azahares, y espumita de la sal; llegaste, y te derribaste del caballo con la limpieza del mundo, con el donaire de una bailadora. Las gentes te admiraban y se agolpaban á verte: el curioso, el paseante, te veía, te alababa, y, sobre todo, te codiciaba con el ahinco que yo me sé.

—Aquel pie (decía uno) es más breve que el instante de mi dicha: ¡quién fuera zapatito de seda para ser cárcel de tanto bien!

Otro replicaba:

—¡Pues qué del lindo engarce de aquel pie mentira con aquella pantorrilla tan de verdad! ¡Mal fuego para las puntas y cendales que tan prestamente me la embozan y roban á la vista!

Aquel añadía:

—Sus ojos son grandes como mis penas, y negros como mis pesares.

Este :

—Su boca de anillo bebe por rubies y respira por azahares.

Y estoto :

—¡Qué talle de junco tan bailador y de tantos accidentes! Vayan dos reales y vengan de esos movimientos....

Y tú, Basilisa, destocada, sin mantilla por mejor lucir tu cintura y traza, sin desdén como sin arrogancia, rayando en el desenfado sin tocar en la desenvoltura, y teniendo en fiel balanza lo picante con la compostura, ibas al lado de la rica majeza de tu amante, recogiendo plácemes y bendiciones del concurso entero. Las zagalas flores te ofrecían, las gitanillas te brindaban con sus hojuelas y buñuelos, y tu galán, conduciéndote del brazo, hablándote dulce, rendido y amoroso, y llevando en su izquierda la larga vara que se lleva en feria, triunfaba del mundo entero, y el mundo entero le envidiaba. No se cambiara él por un Rey de la tierra; tu hermosura y brío eran su señorío; las dotes varoniles de tu corazón su riqueza; y con su imaginación andaluza todo el porvenir lo veía de color de rosa.

Aquella noche bailaste en la fiesta, flor de las serranas, y tu galán contigo, cien coplas y mil

y mil mudanzas. Los hombres al verte enloquecían, y las demás mujeres, á su despecho, se deshacían en tus alabanzas, pues tal es el poder de la hermosura. Ellos en él, y en ti ellas, estudiaban en el vestir la ley y uso que por aquel año habían de imperar en la gala y traje andaluz, y en vuestro aire y quiebros la sal de Dios y lo sabroso y bueno de la gracia andaluza. Vosotros dos fuisteis los maestros del gusto de la tierra, los dechados de la majeza en toda la feria aquella vez, así como Mayrena será siempre la universidad de los trajes y costumbres de Andalucía en toda su pureza, sin mezcla ni arrendajos de vestimentas ni de usos advenedizos de allende el mar, ni allende los Pirineos.





## DON OPANDO

ó

## UNAS ELECCIONES.

---

En las elecciones, el gobierno que promete, seduce; el que da, corrompe; si amenaza, es tirano; si atropella, esclaviza: quien tal hace no merece el poder; el pueblo que lo sufre no merece ser libre.

*(Cierta publicista.)*

**D**ON Opando era hombre viudo de un ojo, menguadísimo de pelo, profluente de narices, fertilísimo de orejas, muy arrojado de juanetes, hendidísimo de jeta y desgarradísimo por extremo del agujero oral, que se mostraba todavía más dilatado de confines por la sonrisa inefable con que siempre lo bañaba y embellecía. Las mejillas, por lo mismo que eran flácidas y sumamente fruncidas y rizadas, daban á la fisonomía mil cambiantes y fases diferentes, que echaban noramala al hombre de las tres caras, aunque en competencia quisiese jugar con

punto y medio de ventaja, además de revelar elocuentemente que en aquella cavidad bien pudieran acomodarse y vivir sin conocerse ni tratarse dos buenos quesos manchegos, ó dos buenas intendencias, según y conforme fuese el maná ó pitanza que fuera conveniente engullir. En sus piernas, si se salva la protuberancia descarnada de las rótulas ó choquezuelas, nada se miraba de imperfecto, á no ser por cierta deformidad hija de cierto caso fatal y fortuito que era de achacar á su señora madre. Fué el caso que cuando infante, era D. Opando el más lindo é inequívoco cachorro que hubiesen abortado los infiernos, y mamá, que quería poner coto á los desahogos pueriles de su niño de quebrar cacharros, esquilmar las ollas y absorber las vinajeras del hogar, me lo aseguraba con un hiscal de diez hilos, atándolo por el tobillo ó engarce del pie para sujetarlo y trabarle, ni más ni menos que como á un cimbel gracioso y revolante.

Cierto día, pues, tuvo por antojo el cachorro agraciado el asaltar con alfileres los ojos del chico de la vecina que allí travesaba, y conociendo la buena madre que aún todavía no era tiempo de tales hazañas, tiró del hijo que se esforzaba por lograr su intento, él revolviéndose y ella por detenerlo; ella por refrenarlo y él por desasirse, resultó al fin cierto desengarce del pie izquierdo, que retorciéndolo para adentro y no

acudiendo ni con tiempo, ni con habilidad, quedó con la donosa figura que, con perdón sea dicho, llamamos zopo. Estos desmanes de la fortuna por lo tuerto, horrible y zopo, lo desquitó al punto la naturaleza despertando en aquel curiosísimo redrojo los destellos más peregrinos de ingenio y sagacidad.

No es nuestro propósito tejer la crónica ni formar verídica relación de los albores inocentes de aquel talento, ni seguirlo por las muchachadas endiabladas de su adolescencia, ni detenernos en relatar las andanzas y entuertos de su juventud y virilidad, pues para ello fuera preciso un infolio que atrás dejara cuanto se ha escrito de avieso y picaril desde Lazarillo de Tormes y Roberto el Diablo hasta el Barón de Illescas ó Periquillo el de la Mojigata. Baste, pues, el decir, que nuestro amigo D. Opando era hombre diestrísimo en papeles y mamotretos, que sabía en los testamentos y últimas voluntades corregir cuanto pudiera oponerse á las reglas de justicia ó conveniencia que él mismo forjaba y componía ; que en los enredos de lugar manifestaba tal fertilidad de medios, tal sagacidad en las combinaciones y tal rapidez en la ejecución, que era como el emperador de estos altos hechos y hazañas, y que, en fin, muy curtido y abatanado en los quehaceres escribaniles y en la trapisonda de los asuntos del ayuntamiento y

concejo, y en el laberinto de los propios, pósitos, contribuciones y gabelas, era encontradamente para el bando, partido ó familia que lo tuviesen por contrario, ó por patrono, ó la misma Providencia ó el mismísimo Lucifer incarnado.

Por lo demás, D. Opando era hombre muy agradable en su conversación y trato, y aun, dejándose llevar por cierto sentimiento benévolo y expansivo, rayaba á veces hasta ser lisonjero é insinuante. Para ello se valía del aliciente goloso de sendas pastillas y caramelos que atesoraba en sus multiplicadas faltriqueras que lo guarnecían, de donde á pares los sonsacaba, principiando siempre por dejar uno en el recipiente de la negra caldera de su boca, y donando el otro afectuosamente al interlocutor con quien tropezaba, ya fuese él interpelado ó interpelante. Como no hay acción, por santífica y loable que sea, que no sufra alguna calificación desventajosa de parte de los murmuradores y mal intencionados, esta costumbre de garbo y de obsequio practicada por nuestro D. Opando la mordían inflexible y desapiadadamente, pues se propasaban á decir sus malquerientes que cada caramelo que regalaba había ya pasado por su boca, sufriendo una succión lenta y amorosa, perdiendo así la mitad de su espesor y calibre, de donde, extraído pulcramente después y envuelto en su propia y pristina túnica de papel, volvía al arsenal de los bol-

sillos, para servir de agasajo á los conocidos, amigos, comadres y parroquianos de toda laya y de todo género. Esto se ve á tiro de ballesta que era pura envidia y ojeriza, pues chuchería que hubiese peregrinado por las cavernosidades mandibulares de Maese Opando habríase impregnado de tal husmo á salitre, antimonio y azufre, que hubiera revelado su sospechosa procedencia aunque la degustación la hiciese el paladar más obtuso y de mejores comederas. Mas después de todo, fuerza será convenir que, aun siendo probable y fundada la opinión sentada, siempre sería muy de celebrar y enunciar la traza feliz de nuestro D. Opando, que sabía unir y aunar á la prudente economía y propio recreo, el obsequio y agasajo á los prójimos y extraños. ¡Oh qué placer el ver trasladarse un caramelo ó pastilla desde los bolsillos de D. Opando á los labios de algún amigo, familiar ó pretendiente! ¡Quién tuviera aquí en Madrid algún cucurucho de ellos para repartirlos á las manos siempre abiertas que se ven en el palacio de Oriente, plaza de Isabel II y en las antesalas de los ministerios!!!

Mas dejando estas observaciones y moralidades inútiles, por lo mismo de ser tan patéticas y sentimentales, volvamos á la venerable persona de nuestro digno D. Opando. Hallábase, pues, en su cuarto estudio, sentado en su ancho y cómodo sitial de baqueta, asegurada con clavos de ca-

beza gorda, acompañado en torno de altos rimeros de Gacetas y otros periódicos, trashedando las amarillas fojas de un proceso criminal ó expediente gubernativo (no podemos fijar su esencia), y de cuando en cuando paseaba el medio de su vista (recordemos que era graciosamente tuerto) con cierto aire de ufanía y satisfacción por los escaparates de su estancia, todos estivados de papelotes, periódicos, legajos y paquetes de cartas, como diciendo en su conciencia: *He aquí mi reino, he aquí mi ejército y mis arsenales.*

Ya iba nuestro respetable amigo, después de alguna ligera pausa, á la sabrosa tarea, dando paso al propio tiempo con cierto gentil movimiento de cabeza al humo del cigarro que acababa de beberse con un mayúsculo sorbo, cuando se le entraron de antubión por su zaguán y se le presentaron ante sus ojos cuatro de sus más continuos y familiares. Estos juntaron la puerta tras sí, y se fueron sentando por los otros sillones que guarnecían el cuarto, sin hablar palabra, y D. Opando sin alterarse ni en una mínima con aquella visita misteriosa y aparición repentina, se contentó con registrar curialmente la hoja que repasaba, y comenzó á mirar y remirar los cuatro aparecidos, adornando siempre el gesto con aquella sonrisa inefable que hemos apuntado. La señal de grande atención para D. Opando era ponerse en su ojo vivo y sano, no antojos ni

lente ó cosa por el estilo, sino un microscopio útil y cómodo, y de su propia invención y concepto. Era, pues, el invento, que con el dedo anular de la mano derecha cogía y apretaba la yema ó cabeza del index, de manera que doblándose éste flexiblemente, abría cierto intersticio ó formaba cierta aspillera entre dedo y dedo, adonde aplicaba y fijaba atentamente la pupila insólita y huérfana, contemplando así á su sabor toda fisonomía que quería estudiar y todo objeto que quería filiar competentemente. D. Opando paseó su mermada vista, y al través de tal aparato, por las personas de sus cuatro visitantes, y pronunciando más su sonrisa y dando á su efigie una fruición casi celestial, exclamó lleno de bondad y de contento :

—¡Buenas noches, D. Raimundo; para servirle, D. Tadeo; tomen asiento, Sr. D. Paco y señor D. Bruno!!!

Después añadió:

—Señores: los hombres de negocios no andamos á caza de gangas, ni solemos perder el tiempo; ya conozco que hay algo de importante, y antes hoy que mañana, y más bien ahora que luego, y andar que andemos, paso largo y al avío.

Algo de tiempo duró el silencio que esta lluvia de palabras y retahila de sentencias impuso á aquellos buenos hidalgos de aldea; pero al fin D. Raimundo, que por su trazá y corte manifes-

taba ser el prolocutor de aquella noble comisión, tomó la palabra, y dijo :

—Sr. D. Opando: el asunto que aquí nos guía, aunque magno é importante cual ninguno, es al tiempo mismo el más sencillo. El correo que acaba de cruzar por aquí á la capital ha dejado á la mano un papel volante, por el cual consta que las Cortes se han disuelto y que están convocadas para el 20 de Febrero, debiendo procederse á las elecciones el 8 del actual. Este partido ha tenido desgracia en todos sus delegados hasta el día. Nuestro primer diputado en las de 1814, que no respiraba bajo estos techos y caseríos sino libertad é independenciamiento, se transfiguró persa á las primeras de cambio: el de 1820, que no respiraba aquí más que prudencia, nos trajo á los 100,000 hijos de San Luís rey de Francia : el de 1834, que no quería sino la finalización de la guerra civil, fué revolucionario en las calles en 1835 y juntero en 1836; y el que enviamos para la obra de 1837, nos falsea ahora de manera que casi nos hace temer que quiera deshacer lo hecho y volver á las ollas de Egipto con otros aditamentos y rastras que nos pongan como nuevos, volviendo á los tiempos de Godoy, á las garras y zarpas de ese otro rey que dicen hay en Francia, y que dicen que es, y yo digo que no es, Napoleón. Nosotros nos decimos escarmentados, por lo mismo

que nos confesamos burlados. Buscamos *in illo tempore* la santidad del estado, y fuimos engañados : quisimos hallar la ciencia, y encontramos la vanidad, y fuimos vendidos : creímos dar con el juicio y la razón, y dimos con el sofisma y la extravagancia : presumimos encontrar la firmeza en los principios, y casi tocamos la traición con las manos; y, en una palabra, esforzándonos por hallar la probidad y el desinterés, no vemos más que el cinismo de la corrupción. Ahora bien, amigo D. Opando : para el descubrimiento y triunfo del diputado que queremos y debemos elegir, ya que fuimos tan desgraciados en nuestros ensayos anteriores, queremos traerlo á Vmd. con nosotros. Es cierto que en las pasadas combinaciones electorales siempre nos hemos desentendido de su persona, pues aquel pecadillo del sabor á afrancesado, sus relaciones con Lozano Torres, sus excentricidades en 1823, que parecieran estudiadas atendiendo al apoyo que después mereció de los calomardistas, el apego que tiene á todo poder que persigue, despoja, destierra é invade todo lo que es sagrado y justo, y, en fin, otras vulgaridades que por ahí han corrido á cargo de su reputación y fama, nos retrajeron de contar con Vmd. en nuestros pensamientos y planes. Mas ya que tuvimos tan mala mano para echadura de diputados y procuradores, queremos oírle y contar con Vmd., pues peor

no ha de salir, y tentando este medio y saliendo huero el huevo, nos tumbamos en el surco, nos damos por muertos, y que nos pongan este epitafio :

Electores vergonzantes  
Yacen en este atahud :  
Buscaron ora cual antes  
Honor, y gloria, y virtud,  
Y de THU fueron á NANTES.

Calló D. Raimundo, y D. Opando, que con el lente artificial de sus dedos había avizorado y fijado muchas veces al orador y su comparsa, desbaratándolo de pronto y pasando la mano á sostener su mejilla, y asentándose mejor en su sillón como para buscar la vertical más á su sabor y placer, comenzó así á hablar con voz agradable, pues en este órgano era muy afortunado nuestro amigo.

—Si yo fuera (dijo) abad mitrado, os llamara mis ovejas; si general, os dijera mis *conmiliones*; si morueco semental del ministerio de la Gobernación, mis administrados; pero como mi humildad sólo aproveche para advertiros de las malas artes de los poderosos y hombres de mundo, que son unos verdaderos milanos; para que os recatéis de ellos y os desconfiéis, quiero llamaros palomos míos, que es cosa que no os sonará mal y á mí me da gran consuelo, pues ya sabéis que ni tengo hiel y toda mi contextura es

de blandurilla de camuesas. Esto supuesto, quedo enterado de que tenemos elecciones y de que en ellas queréis contarme con vosotros, faltando ahora el que nos entendamos y acordemos de tan buena manera que acogotemos á los partidarios del gobierno, sacando en triunfo por diputado á un varón cumplido, cual conviene á nuestros intereses y á nuestras ideas.

Mientras esto decía D. Opando, avizoraba de nuevo al través de la aspillera la fisonomía de sus visitantes; pues aunque siempre los tuvo por gente hidalga y leal, é incapaz de trapacería y doblez, con todo, siempre caminaba en tales negocios con la sonda en la mano, y no hacía mal. Pero viendo aquellas caras angelicales con el sello de la sinceridad y la inocencia, se tranquilizó del todo, y dijo allá para sus adentros: «Nada de extraño sería que hubieran puesto sus ojos en mí para este bateo.» Y para convencerse de la probabilidad de su pensamiento, les dijo:

—¿Y sabemos ya, palomos míos, á quién hemos de proponer y por quién hemos de trabajar?

—Sí tal, respondió D. Paco; si á D. Opando le parece, todos queremos que nuestros sufragios recaigan en D. Veremundo. Estamos cansados de decidirnos en tales cuestiones por el más sabio, el más ilustrado, el más ardiente, el más buscavidas y hombre de corte, pues lo que hemos hecho ha sido ensalzar á un necio, ó vocinglero, ó pedante

más, apoyar al egoismo y la vanidad, ó proporcionar que algún industrial se haya llenado de cintas el pecho ó de dinero sus bolsillos. Estamos, pues, hastiados de semejantes sabandijas, y por la presente elegiremos á hombre tal como D. Veremundo, que, siendo acomodado, no quiere ser poderoso ; que, si no tiene gran brillantez en sus talentos, le asiste gran discreción en sus juicios; que en cuantas cuestiones interviene pone el dedo en la dificultad, y que se distingue en todo, así en lo chico como en lo grande, en lo alto y en lo bajo, por ese amor á la justicia que nos admira individual y colectivamente. En un orden regular la sola propuesta de hombre como D. Veremundo sería una aclamación unánime; pero como esto se hila ahora de distinta manera y vienen de la corte esas presentaciones, para obispados no, sino para diputados, es necesario madrugar y atarse bien el dedo, y por eso que-remos contar con la alianza del Sr. D. Opando.

Y diciendo esto, D. Paco hizo una reverencia con la cabeza desde su silla, y guardó silencio. D. Opando conoció que, aunque burlado en sus esperanzas parlamentarias, todavía podría sacar grandes creces en su valimiento y no poco provecho en su persona ; tragó la píldora con grande serenidad, y respondió:

—Á fe, á fe, mis palomos, que me habéis robado el pensamiento. Aquí mismo me ocupaba de su

persona, admirando su noble desprendimiento, pues en estos títulos que á la sazón examino (y palmeaba su mamotreto), se ve bien claro que si D. Veremundo quisiese usar de sus derechos de patrono podría disponer de los emolumentos casi totales del hospital, y él los deja descuidadamente para los pobres, afectando tal indiferencia acaso por no provocar demostración alguna de agradecimiento. Aclamemos, pues, todos nosotros á D. Veremundo, y hagamos de manera que lo aclame todo el distrito.

Al llegar aquí, D. Opando desbarató su lente prestidigitador, y comenzando á buscar papeles en aquel mar de ellos que le anegaba, sacó algunas apuntaciones que ordenadamente guardaba bajo cierta carpeta cruzada con balduque, y prosiguió:

—Aquí tenéis, palomos míos, el negociado electoral, con todas sus entradas y salidas, usos y servidumbres, buenos accidentes y mataduras. Este distrito compondrá 1,578 votos. D. Antonio Cañizares el mayorazgo, tío de D. Paco, dispone de 300 electores piantes (los llamo así porque este es gremio muy pedigüeño en el pueblo de Cubáscula); el cuñado de D. Raimundo, D. Cosme, juega al boliche con sus 200 tiburnes de Zambrostenes, y los apellido así porque es necesario matarle á cada uno un carnero y molerle un medio cahíz para que vote en razón;

en el partido de los Molinos, que habrá sus 90 votos, toda la dificultad en asegurar estos agua-chirles está en que D. Alfonso, el suegro de Don Bruno, deje correr en los meses mayores las aguas que no necesite para sus riegos, aguas que, como todos sabemos, tienen con los bienes de propios sus dares y tomares. D. Bernabé de Zúñiga, memorable abuelo de D. Tadeo, en su nueva población de Hispuda nos puede agregar 150 votos muy redondos de aquellos labriegos de las nuevas roturaciones, y los llamo redondos por lo sin malicia que son y la candidez casi de idilio con que cumplen lo que ofrecen. Ahora bien: si estos 740 votantes que en limpio sacamos, se añaden con los 30 ó 40 de los colonos y parientes continos del mismo D. Veremundo, y los 15 ó 20 que cada cuál de mis cuatro oyentes pueden procurar, tenemos en Aritmética, más clara que la de Vallejo, no sólo empatada, sino vencida la elección. La batalla en este punto, llego yo con mi pequeño refuerzo de 60 electores que, aunque de vida algo airada, votan como unos pontífices, aprovechando sus sufragios como misas de Pascua al favorecido, sin que por eso se vea en la obligación de darles otras mercedes en pago que algunas recomendaciones á los jueces de primera instancia, á las Audiencias ú otras autoridades de S. M. Éstas muchas veces los toman entre ojos porque ellos quieren tomar barato el tabaco ó la sal ó niñe-

rías del propio jaez, que yo á veces las deshago y desvanezco con mucho agradecimiento de estos infelices perseguidos que me sirven en tales ocasiones.

Los cuatro visitantes se miraron con cierto contento y como dándose el parabién de haberse acordado unánimemente de tal hombre, que tan claro les sacaba el negocio á plaza y que con semejante exactitud presentaba los datos y dejaba ver las vicisitudes de la elección. D. Opando, no reparando ó fingiendo no reparar en la admisión de su auditorio, prosiguió :

—Si tal es nuestro ejército y auxiliares, veamos cuáles sean nuestros contrarios y los medios con que han de combatirnos. Es necesario suponer que el gobierno ha de oponerse á la elección de D. Veremundo, por dos razones. La primera, porque ello es gusto y voluntad del pueblo, y al pueblo lo que se le pide es que haga como que tiene gusto y voluntad, y que no la tenga. La segunda razón es que si nosotros queremos sacar por diputado á D. Veremundo, ¿por qué al ministro no ha de antojársele preconizar por tal diputado á su hijo, á su pariente, á su postillón ó á alguno de sus cuñados en los diversos ramos y direcciones que abraza este sagrado y profano parentesco? Sentado que el gobierno se nos ha de oponer, porque su misión es de llevar siempre la contraria, hagamos alarde

de sus medios, y pasemos revista á sus votos. En primer lugar, nos han de ser contrarios en sus votos los alcaides, sotas, llaveros, vigilantes y requisadores de las cárceles del distrito, que por este relente que corre, obligando á tomar el abrigo de cuatro paredes por tiempo indefinido á muchos huéspedes propensos á romadizos y constipaciones, les cobran por favor un razonable hospedaje, y esto, decuplando gajes y propinas, les multiplica también por diez el afecto y cariño á la situación. Estos pueden calcularse en 25 votos; cosa corta por ahora, aunque pronto aumentarán su número, puesto que se piensa, pues es preciso, abrir al público otras doce cárceles más en cuanto llegue la próxima temporada de baños. En derredor de ellos es necesario agrupar los 15 ó 20 pegujaleros de centeno, escandía y mijo del partido, que, no hallando donde trillar su mala simiente porque torcerían nuestros atrajes y graneros si les permitiésemos cosechar con nosotros, esperan en éxtasis soberano esas eras que se prometen de día en día, y que efectivamente parece que se están viendo con cada grano de trigo como una almendra ó coco de Indias, y después todo se desvanece por las malas picardías de los descontentadizos. Como los treinta ó cuarenta boticarios y albéitares que cuidan de nuestros torozones y arestines han dado en la flor de adornarse con otras cintas

que el acial y los parches que antes acostumbraban, y nosotros no podemos darles tales bujerías, paréceme discreto el contarlos á casi todos por del bando contrario. Por lo demás, la fuerza de los adversarios en nuestra villa y distrito de *Cubáscula* la hemos de hallar en los roturadores y aparceros. Ello es que quieren que se les reparta en suertes las dos dehesas, y esto es cosa fácil para los mandarines, y lo mejor del caso es que á nosotros nos convendría semejante medida, pues á poco del repartimiento los tenedores venderían como cosa de triste utilidad, y por consiguiente por poca plata, sus respectivas pertenencias, y nosotros (es decir, la gente acomodada), por tal camino éramos los legítimos herederos de las dehesas y de los propios. Pero á pesar de tal aliciente, hagámosles la guerra, den al traste con sus intentos, saquemos triunfante á D. Veremundo, que lo que no sea por testamento será por manda ó codicilo, pues de todos modos, ya haremos de manera que esas tierras, bien sea por un expediente muy manido y curtidito si mandan los unos, ó bien por medidas estrepitosas y de mano airada si mandan los otros, nos hayan de tocar y pertenecer, aunque se muera de frío el universo mundo no hallando en el invierno siquiera un ceporro ó astilla de leña para la chimenea. Ya veis, palomos (prosiguió diciendo D. Opando), que, contadas y

bien desmenuzadas las fuerzas enemigas, son en mucho inferiores á las vuestras, cosa que os debe servir de confortativo en vuestro propósito.

—Sí tal (dijo D. Raimundo levantándose de su asiento). Vamos, pues (volviéndose al basigote de sus compañeros); vamos, pues, á la tarea: vete tú, D. Paco, á tomarle prendas de empeño al tío D. Antonio Cañizares para contar con sus 300 votos. D. Bruno se hará cargo de inclinar el ánimo de su suegro para arreglo tal, que nos dé los votos de los aceñeros y molineros. D. Tadeo nos asegura del apoyo de la clientela de su abuelo, y desde luego que se me carguen en cuenta los 200 votos de los tiburones de Zambrostenes, como dice con algo de chiste D. Opan-do, pues yo daré buen recaudo de ellos, aunque para el caso haya de reducir en afrecho para darles bodigo y mamancia hasta los tapiales de mis caseríos de Marayma.

—¿Estamos en camino?—añadió D. Raimundo tornándose á D. Opan-do.

—En camino estamos,—respondió éste.

Y dándose todos sendas y apremiadas enclavijadas de manos, aquél se quedó en su aposento, y los otros, abriendo su puerta, pronto dejaron atrás también la de la calle, yendo cada cuál á sus menesteres. D. Opan-do volvió á su sillón, sentóse, y para desentumirse de la postura que hasta allí tuvo y guardó, pasó ágilmente la dies-

tra pierna sobre la izquierda, recostándola en ella amorosamente, y para consolar sin duda al triste ojo que le quedaba de su viudez haciéndole ver otros amargos males, lo afincaba y paseaba perseverantemente sobre el pie imperfecto y zopo, á quien movía y estremecía ayudado por sus manos de una parte á otra, como por darle esperanzas de que en algún tiempo entraría en funciones y en juego en todo arreglo y pulcritud.

Quien presume de alto fisiólogo ó que pretenda ser zahorí de los ajenos pensamientos por estas muestras fugaces y exterioridades de la persona, podrá decir lo que guste de las ideas que pasaban entonces por el magín de D. Opando; que en cuanto á nosotros, diremos sólo que tales pensamientos se reducían á este razonamiento: «El juego es el interés; en el tercio, muchas y buenas cartas he de ver; gran zopenco sería si no supiera apropiarme la polla ó traviesa.» Así imaginando, llaman con callados golpes de mano sumisa á la puerta del aposento, y suena una voz, si tímida, si medrosa, que pregunta :

—¿Se puede entrar, D. Opando?

—Adentro, Paraninfo de los cielos (dijo éste, que se preciaba de muy galán en la frase, y de mucho de *filis* en sus flores). Adentro, adentro digo.

Y efectivamente: si la entrante no era Para-

ninfa de los cielos, era, á no dudarlo, el más lindo Paraninfa del amor. Era, pues, un clavel de chica de diez y siete años, de cintura de sortija, del talle más airosamente femenino que pudiera pintar pincel, de rostro hechicero, con ojos de endrina y predicando muchas cosas malas con las miradas más pícaras del mundo, y con un tesoro de pelo negro como la noche, y tan copioso, que no acertaba á cobijarlo la mantilla de tafetán y randa catalana que cubría la cabeza, cayendo sueltamente y con gracia por el un lado y otro de dos ponciles palpitantes que revelaban el anhelante pecho. Al verla D. Opando, figurando antes el consabido lente, exclamó :

—Beatriz hermosa, piñón delicioso de la gloria, ¿quién te trae por esta celda triste á tales horas? Si tu padre, mi amigo Cañizares, me quería tener á su servicio, cualquier mensaje, cualquier criado suyo hubiera bastado para llevarme allá, aunque fuese la noche diez veces más tenebrosa que la presente. ¿Pero qué se ofrece?

La Beatriz, sin cuidarse de tales palabras, volvió á la puerta, la aseguró, y tornó á acercarse á D. Opando, quien, tomando la actitud más interesante que pudo estudiar, la dijo :

—Entra, sí, por entre las sillas y la mesa, y sentémonos así, muy cerca, para hablar en mayor puridad y secreto.

—No tal (dijo la muchacha); bueno es que

entre dos interlocutores corra siempre el aire, y por lo mismo, haciendo de esta mesa torno de monjas, hablaré desde este sitio á distancia respetuosa.

Y diciendo y haciendo, arrastró una silla y se sentó con tal desenfado, que diera envidia á la Villana de Vallecas.

—Amigo D. Opando (prosiguió ella): es el caso, como dijo el otro, que se trata de un casorio, y un casorio con su poquito de pimienta. Casimiro, á quien Vmd. conoce, me quiere por la posta, y yo le repago por el vapor. En fuerza de que yo he de ser rica, y él, aunque pobre, es de sangre azul, y enlazado, aunque lejanamente, con mi familia, ayer fueron los suyos á casa para pedirme á mi padre; pero éste, que piensa que las mujeres han de ser como las hortalizas, que para dar sucesión han de ser subidas y talluditas, me negó con un NO de regia estirpe, y yo quiero apelar de este fallo, y si por dinero ha de ser, llegaré hasta las mil y quinientas. Por lo mismo, conociendo esas descomposturas que suelen provocar otras calabraduras y fracasos doncelliles, vengo á implorar su habilidad y gobierno, para que me saquen por la Iglesia ó por la milicia, en fin, lo más pronto posible, y que la semana entrante me miren, me tengan, me consideren y yo me

sienta como la esposa legítima, con todas las ceremonias del ritual romano, de D. Casimiro de Alvarado y Foch de Cardona.

Indudablemente algo debería haber de hechicero y de notable en el gesto y acciones de aquel diablillo de forma apetitosa, cuando D. Opando volvió á inaugurar su observatorio de dedos y antojos, recreándose en confundir en su imaginación la voz, la gesticulación, la figura y el talante todo de aquel deliciosísimo arrapiezo. Al fin hubo de arrancarse de tal éxtasis, y tomando un pliego de papel del sello cuarto mayor, se puso incontinenti á rasguitar curialmente, y en tanto de la operación hablaba así á la Beatricilla:

—Y no digo yo que esto vaya á vapor, como tú dices; pero lo que es efectivamente, y con apremio y costas de la cobranza, es cosa que corre por mi cuenta, y te aseguro que antes que oigas misa dos veces has de tener al D. Casimiro por tuyo, con libre, franca y general administración sobre su persona y alodial dominio, y para ello firma este memorial que llamamos de disenso.

Y esto relatando, le volvió el papel con mucho aquel del miramiento, aunque al traspasarle la pluma para la rúbrica aleó y prolongó algún tanto el anular y el meñique para llegar y tocar, como efectivamente llegaron y tocaron, á los dedos flexibles y á la mano mimosa de algodón de Beatriz, quien, sonriéndose algún tan-

to al ver el estremecimiento de extraña catadura que había probado D. Opando con tal sensación, y tomando la pluma, firmó y rubricó el papel con más gallardía y soltura que la que pudiera prometer una educanda de pueblo como aquel, de tercera ó cuarta jerarquía. Devolviendo, pues, la pluma con cierto recato picaril, esto es, alargándola por el penacho para evitar repeticiones de tal rozamiento, y sonriéndose siempre, respondió al levantarse del asiento:

—Quedad con Dios, D. Opando; cumplidme esa maldicioncilla de antes de las dos misas, que ya sabe no soy miserable, pues no quiero morir más rica que el tanto con que nací, y además, por adéhala, contad cada año por Pascua con unos cuellos y vuelos bordados por estas manitas (y se las mostraba como un dije, revolviéndolas como ramillete de flores), y también con una rica guirindola de encajes.

Cuando acordó D. Opando á responderla, ya la linda parladora había desaparecido, pues antes se deslizaba como el viento que no medía el pavimento con sus pasos.

—Buen rato te me llevas contigo, picaruela (dijo nuestro hombre); pero á bien que me dejas en posesión de un papel tal, que bien vale uno de los tres estuches. Esperemos, esperemos, pues, que ya predije que buenos naipes habrían de pasar por mis manos.

Aún no había pasado este pensamiento por su frente, cuando abriéndose la puerta con discreción y tiento, se dejó aparecer cierta cabeza tachonada con dos ojos como carbunclos y patiabierta la cara con cierta boca de brocal la más espaciosa del mundo, por donde se dejaban ver unos dientes blancos como el gipso, ni más ni menos en su traza y corte que como navajas de jabalí.

—¿Estamos solos?—berreó aquella estupenda boca.

—Sólos estamos (dijo D. Opando): entrad, D. Tenebrarios, y asegurad con fallebas la puerta, que no son nuestras incubaciones ni para vistas ni para escuchadas.

D. Tenebrarios aseguró la falleba, y al atravesar en cuerpo gentil el aposento, pues no traía capa, dejó ver debajo de su enorme brazo un mamotreto de autos, aún todavía más enorme, de letra antigua procesal.

—Ya pareció lo perdido, amigo D. Opando (dijo sentándose aquel taumaturgo); ya pareció lo perdido, y á pagarme albricias por mi buena nueva, ya habría de multarse Vmd. con buena cantidad de reales. Aquí tiene de cuerpo presente esperando *Misa de Requiem* ó *Te Deum laudamus*, según méritos decidan, nada menos que los títulos de propiedad de las aguas de la ribera que están hoy en posesión del cuñado de don

Tadeo. La villa es indudable que tiene derecho sobre ellas, como aquí reza (y sacudía Tenebrarios sendas palmadas sobre los autos), y esta es cosa que pone en nuestro poder y buen albedrío á nuestro buen hombre, con todos sus garrotillos de sangre azul y de orgullo.

Ni el sacre se abalanza sobre la garza con más intención y rapidez que D. Opando sobre aquel monte de papelorios. Lo repasó, leyó mucho al vuelo, impuso registros, señaló varios folios, y luego exclamó :

—¡Copo colmado, amigo Tenebrarios; pesca de atunes, y hagámonos cargo que hemos cogido cautivo á nuestro hombre, y que el rescate no lo han de fijar piadosos mercenarios ni trinitarios, sino los Arraeces Opando y Tenebrarios!!! De esto hablaremos luego, pues me pica la curiosidad de saber en qué placeres se ha matado tan buena pesca; pero ahora contentémonos con saber que dentro de muy poco entramos en elecciones para diputados. Los bastidores, escotillones y bambalinas de nuestra tramoya electoral, supongo que no habrán sufrido alteración ni detrimento después de nuestro último ensayo, que bien cercano está todavía.

—Todo está intacto (replicó Tenebrarios), y en el mejor uso posible, y aun con aumento y creces, puesto que ha entrado en la secretaría del pueblo de Unguste nuestro favorecido Ca-

quillas en lugar de aquel D. Hermencio, medroso y atado como ninguno.

—Bien sabéis lo que digo, hermano Tenebrarios (repuso D. Opano); digo, pues, que con los medios que se me vienen á la mano como zorzales encandilados, y ayudado del buen celo, voluntad y destreza de los secretarios Pijotas, Cuchiche, Caquillas y el Reborondo, casi se pudiera lisonjear cualquier hombre razonablemente ágil de sacarme diputado por este distrito.

—¿Pues en qué está la detención? (replicó Tenebrarios.) ¡Adelante con calzones de ante, que para el caso seré un tigre!

Á proseguir en sus exclamaciones de afecto iba nuestro amigo de los dos carbunclos, cuando sonaron otros golpes en la puerta.

—Tenebrarios, hijo (le interrumpió D. Opano); deslízate por esa puertecilla excusada al aposento inmediato, y ahí espera, que el corazón me da que esta noche es de buen lance, y alguna pieza se me entra en jurisdicción, y ya pluma ó ya pelo, ha de quedar en mi poder.

El Tenebrarios se envainó por la puerta del rincón, y D. Opano, llegándose á la de enfrente, recorrió la falleba, y se encontró, no á topa penoles, sino á topa narices, con el cuñado de D. Raimundo.

—¡Sr. D. Cosme (le dijo), cuánto tiempo que no se dignaba honrar este albergue!!

D. Cosme se sentó y D. Opando ocupó su acostumbrado sillón, desde donde comenzó á atalayar á su huésped por su método peregrino, que ya nos es conocido. Luego añadió :

—Y como estamos solos, Sr. D. Cosme, ábrame su pecho de par en par, pues creo haberle merecido su confianza en ocasiones de empeño. Estamos completamente solos, y en esto, á todo rigor no mentía, no, D. Opando, pues Tenebrarios formaba una sola y misma persona con él, ó por mejor decir, érase que se era su espíritu familiar, ó la propia emanación suya.

—El asunto que aquí me trae (dijo D. Cosme), no por serme de alto empeño deja de ser sencillísimo. Es el caso que para ensanchar la mía quiero adquirir ese caserón viejo de la calle Real, que es del vínculo de los Coallas : al poseedor, que es ese tal D. Claudio, redondo como pata de buey y testarudo como vizcaíno, le he propuesto las capitulaciones y ofertas más ventajosas para que enajene en mi favor la casa; pero él dice nones y me hace la higa, y yo más me aferro en mi propósito. Todo su fundamento está en decirme que en ese solar nació y se crió cierto hastial de su familia que dividía un moro de un mandoble, y que en la de Pavía asistió á la presa del rey de Francia, y héteme aquí que por tales extravagancias me he de quedar en blanco y viendo en pie esos torreones sombríos del

tal edificio, que, habiendo presenciado la entrada del moro Muza, acaso presumen asistir al fin del mundo; y para castigar la arrogancia, así de la tal montaña de piedras como del Sr. D. Claudio, su amo y poseedor, es para lo que me mira en este sitio con entrañas de Galalón y con intenciones de macho mohíno, pues á mí pocas, que no sufro ancas, y por mi gusto envido el resto, que tengo hígados de pleonasma y las agallas de un ballenato.

—Lo sé, lo sé (repuso D. Opando); y estoy de acuerdo con cuanto me ha relatado, salvo, empero, en lo de la eternidad del edificio, que para mí tengo que las cuantas grietas que verse dejan en el lienzo del mediodía pueden dar motivo á creer que en algún tiempo ha de falsear y darde cabeza con la tal máquina. Y tal idea y este temor, por lo que pueden serle de provecho á Vmd., queridísimo D. Cosme, me dan tal guerra, que ya me parece presenciar hundimiento tal, que mate á doscientas criaturas y deje en ruínas á medio pueblo.

—Este hombre tiene imaginación tan viva (dijo para su colete D. Cosme, oyendo á D. Opando), que ve visiones y casi delira diciendo tal, cuando la catedral de Sevilla es un castillo de naipes si se compara con la casa almenada de los Coallas.

D. Opando, habiéndole apuntado el lente al

monologante, leyó los pensamientos que entre sí revolvía, y queriendo tomar altura en ellos lo tocante á elecciones, ya que el resultado era tan fijo y cierto por el otro derrotero, viró de bordo, y le dijo :

—¿Ha oído algo de elecciones?

—¿Y cómo si he oído? (respondió el otro.) Están encima y han de ir por la posta. Ahora mismo me lo acaba de decir mi cuñado Raimundo, y por cierto que ya me tiene embargado esos centenares de votos con que cuento, y no estoy pesaroso por ello, porque han de recaer en nuestro D. Veremundo, que buena falta hace en la corte para dejar bien puesto el buen nombre de este distrito. Él y sus amigos van de muñidores ya desde esta noche para el caso. ¿Concibe Vmd. eso, amigo D. Opando, que tres cristianos como tres elefantes tomen á pecho y tan á veras esas niñerías, y haciéndose procuradores ajenos, se despepiten por sacar al buen caballero D. Veremundo para diputado, en vez de entretenerse, si son loteros, en sacar un buen terno, y si son propietarios, en sacarles las enjundias á sus colonos? Cada cuál tiene sus gustos, cada uno tiene su son, y lo que á tal le horripila, á cuál le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo, y todos con su locura. Yo entre tanto les ofrecí mis votos, y dellos, si pueden, saquen sustancia, que en cuanto á mí, no sé en qué guiso ó salsa poder acomodarlos.

D. Opando, que ya veía toda la luz que necesitaba, replicó con tono tan didáctico cuanto afectuoso :

—En verdad, en verdad, que no podrán aplicarse los votos con más acierto que en D. Veremundo ; mas no por eso deja de ser cierto que el desprenderse así de doscientos votos sin entero conocimiento de causa, es cosa que huele al dilapidador que bota doscientos doblones por la ventana porqueno sabelo que valen. Pero, en fin, cada cuál tiene sus gustos, y lo que á tal le horripila, á cuál le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo, y todos con su locura.

Para el de los votos, cada palabra de D. Opando le hacía abrir los ojos como quien ve objetos nuevos y antes no conocidos. Al fin rompió el silencio, y replicó á D. Opando:

—Aunque es cierto que ha habido ofrecimiento de parte mía, no creo que cuatro palabras dichas al viento en una noche oscura, en el esquinazo de la iglesia y delante sólo de cuatro ó cinco personas que acaso no escuchaban lo que yo decía, sea alguna escritura guarentigia que traiga aparejada ejecución. Si da Vmd. barro y luego sale oro, ¿no hay derecho á la nulidad? ¡Cuántas veces no se recoge de mano del mendigo la tarja de dos cuartos que se le dió equivocándola con el cobre viejo del cepo de ánimas! Pero que Patillas me lleve si puedo adivinar

qué empleo podrán tener aquellos votos, aunque de todos modos, desde ahora hasta que haya lugar, y después de riguroso examen, revoco mi donación y la doy por nula, apoderándome desde luego y reinstalándome de nuevo en la posesión y señorío de los doscientos votos.

—Y no hará mal (dijo con cierto tono de indiferencia D. Opando): nada extraño fuera que esos votos tuvieran parentesco muy estrecho con la casa almenada de los Coallas que Vmd. considera firme como la catedral de Sevilla, y que yo miro ruinosa y deleznable como choza de pastores.

—Alto allá (repuso D. Cosme con viveza, levantándose de la silla): alto allá, D. Opando, y oiga mis razones, que serán cortas, pero gordas como cerezas garrafales. Hágame con ese monte de piedras, póngale yo la salivilla en la oreja al testarudo poseedor, y cuente Vmd. con los doscientos votos, y con otros tantos escudos si necesarios fuesen, y vaya D. Raimundo á cazar nidos de golondrinas. He dicho lo bastante, pues ya se me conoce, y como yo conozco á D. Opando, me voy sin más hablar.

Se dirigió, pues, hacia la puerta; pero de pronto giró sobre el calcañal izquierdo como hombre que alcanzó la táctica prusiana, y dijo muy al oído á D. Opando, cual si hubiese auditorio de quien quisiera recatarse:

—No es necesario prevenirle á Vmd. que los votos vendrán blancos como la paloma, para aplicarlos, apegarlos y emparcharlos á última hora al cristiano más emérito en quien paremos mientes.

D. Opando le agarró la mano y se la estrechó afectuosamente, como hombre á quien se le había excusado la explicación de un negocio embarazoso, y luego añadió:

—Id con la Virgen, D. Cosme, que este sólo rasgo, manifestándome sus altos dotes, me lo hace presentar como el ínclito diputado de este distrito, si aquí hubiera sindéresis y se profesara admiración para las altas cualidades.

Desapareció por la puerta el de los doscientos (y no de azotes), cuando, al revolverse D. Opando, columbró á D. Tenebrarios por el tragaluz del zaquizamí donde en conserva se había mantenido, asomando su cabeza tachonada con sus dos carbunclos rutilantes de gozo y feriendo dilatadamente sus dientes blanquísimos y apiñados como si su boca fuese una granada reventona y rasgada de granos de marfil.

—Comprendo el juego, maestro D. Opando (que así era el prenombre de respeto con que siempre le interpelaba); comprendo el juego, y antes de acostarme ya habré puesto en urdimbre algunos hilos convenientes para la tela que necesitamos. Me llamo á la parte, entre tanto,

por aquello, no de los doscientos votos, sino de los doscientos escudos.

—Mi Benjamín (respondió D. Opando, pues tal era el remoque de cariño con que en sus pláticas confidenciales mimaba á Tenebrarios): mi Benjamín, ya sabes que soy bien desprendido con mis discípulos y aficionados, y singularmente contigo, que eres mi verdadero Electo.

Iba á proseguir nuestro orador en el uso de la palabra, cuando desapoderadamente entró por la calle, machacando el empedrado, un golpe de hasta seis ú ocho caballos, que hicieron alto en la misma puerta de D. Opando. Éste no pudo dominar cierto movimiento de curiosidad, y marchó con la rémora de su zopez á la ventana; pero reprimiéndose como si á su voluntad la tuviese enfrenada con cerrillo, bocado, barbado y doble rienda, se detuvo y dijo á Tenebrarios.

—Mira, mi Benjamín, si es alguien en mi busca; y mayormente si vienen á entretenerse conmigo sobre elecciones, excusa el irte, y mantente á la distancia que quieras, pues así me evitarás dobles explicaciones de dogmas y triples planes de ejecución. Al decir esto D. Opando, se abrió la puerta, y sorbiéndose Tenebrarios por su puertecilla como caracol ó galápago que se esconde, se presentó en la sala, todo manchado de lodo, con su bombacho de vivos encarnados, sus

botas vaquerizas, su calañés, su manta y su carabina, un guarda de campo ó escopetero. Nuestro guarda, con esa compostura hasta graciosa que tiene esta y otra laya de gente en España, llevándose la mano al sombrero con ademán respetuoso, dijo así:

—Si tengo el gusto de hablarle al señor don Opando, debo decirle que en el zaguán espera el Sr. D. Policarpo, nuestro venerado jefe, que quiere hablarle, y con cierta reserva.

D. Opando, diciendo sorda y guturalmente *que entre, que entre*, abrió las puertas de par en par, y empuñó su velón de Lucena para alumbrar al misterioso peregrino; pero como por su cualidad de zopo engendraba muy tarde todos sus movimientos, cuando acordó, ya tenía delante de sí al señor jefe, el invictísimo D. Policarpo.

D. Policarpo era hombre formado por ocha-vas, pues tal era su rotundez. Aquellas carnazas, sujetas y estancadas después por la tiránica tirantez del paño de su *paletó* abotonado, daban tales curvas y facetas á su talle y persona, que desdichado del estatuario que hubiera querido coger aquel torso para figurar no un Apolo, sino, un Baco ó Sileno. Por lo demás, mostraba su cara escueta y lampiña, los ojos pequeños y huecos, y el abdomen que adornaba su *coram vobis*, subiéndose en roscas salomónicas para arriba, se modificaba al llegar al cuello con el nombre y

la figura de barba, barbilla, papo, papada y papadilla.

Nuestro D. Policarpo era una alhaja gubernativa y muy merecedor de obtener lugar de privilegio en cualquier Museo de Administración, siempre que se buscase lo raro y peregrino de las cualidades. Habiendo aprendido á leer y escribir á la edad de veinticinco años, había llevado tal madurez y atención al estudio, que cuando concluyó la tarea, su carácter de letra era gallardo y limpio, y su ortografía correcta y segura. Esto le valió una plaza en la Secretaría, en donde logró grande encomio por la rara cualidad que poseía de escribir y no leer, de leer y no enterarse, de enterarse y olvidarlo todo á la media hora, como si una esponja hubiese pasado húmeda por el encerado de su memoria ó imaginativa. Su encumbramiento al pontificado de provincia lo debió á cierta aventura, que, aunque relatada parece fría, á haberla presenciado, era cosa de voluptuoso y exquisitísimo regocijo. Fué, pues, el caso que el ministro, queriendo mirarse como en un espejo en las calidades negativas de nuestro reciente conocimiento, lo tenía cerca de sí y en su propio gabinete, para llevarle la correspondencia reservada y la confidencial de sus pecadillos y fragilidades. Cierta día, en aquel gabinete reservado se introdujo una tercera persona de pícara condición y suelto de ma-

nos, y por quítame allá esas pajas, asentó al ministro tres bofetones en aquel carrillo, tres bofetadas en estotra mejilla, le besó la frente con un taburete, y le tocó la marcha real en las espaldas con el son y compás de uno de esos bastones que tienen el puño con un jayán ó sátiro de cabeza metálica y muy gorda.

Bien reflexionó el ministro, después de serenado el chubasco, que tal escena, pasada por la vista de D. Policarpo, era cosa tan olvidada á las dos horas, cuanto olvidados están los colores de la vestimenta de Doña Urraca; mas no embargante esto, atendiendo á la mortificación que él mismo sufría viendo un testigo perenne de su desmán, pensó darle carta de pago, que así le hubiera sido dable el dar pasaporte para el extranjero á sus propias espaldas. Fué despachado, pues, D. Policarpo, y vino á fabricar la felicidad de la provincia cuya historia electoral vamos redactando. Ya había sus catorce meses que trabajaba en tan santa obra, y, por consiguiente, que debió en tanto tiempo conocer, tratar, contratar, cruzarse y frisarse con nuestro amigo D. Opando, elemento é ingrediente indispensable en todos los escarceos de la provincia. Pero, según la cualidad de D. Policarpo, apenas se acordaba de la persona y talle de su interlocutor, y por lo mismo, aferrándolo por la mano, le llevó hacia los cuatro mecheros de su velón para reconocerle;

pero en cuanto le notó el renqueo y subeybaja de la zopez (lo tuerto era cosa equivocable), sin más filiación, y ya seguro con tal signo y marchamo que identificaba la mercancía, le soltó la mano y lo enlazó con sus brazos, y comenzó á fundirlo y desquebrajarlo con tantas caricias.

—Aquí me tiene, mi querido D. Opando, en persona: de arriba me piden socorro en las próximas elecciones, y yo se lo pido á mi amigo, seguro que no me abandonará en esta borrasca, salvándome del naufragio, como *Alejo ó la Casita en los bosques* salvó á *Miseno*. (Su memoria infiel le hacía dar al recomendable jefe estos agraciados traspieses en la erudición que poseía.) Pues, amigo D. Opando (prosiguió D. Policarpo), el gobierno necesita diputados dóciles y bonachones, que ayuden á comer en el banquete nacional de la política, sí, señor; pero que no se entrometan al ajuste de cuentas al cocinero, y que no vayan á sisar bofetones por aquí á los ciudadanos, á cercenar palos por allá, á oponerse á los viajes recreativos que se les manda emprender, á hablar mal de objetos caros á los naturales, como lo son la Francia y Luís Felipe, y otras impertinencias semejantes. Por lo mismo, aquí es preciso oponerse á la candidatura de un tal *D. Bermudo*, que me ha de volver calvo á fuerza de nombrármelo y celebrármelo....

—Será D. Veremundo (dijo corrigiendo don

Opando al dialogante). Será D. Veremundo; y por cierto que el magnánimo ministro recuerda todavía los zosquines y capuzes que de su mano y dialéctica gustó y probó en la Universidad. Pero lo que es cierto es que D. Veremundo no está hecho de la masa que ahora se necesita.

—Sr. D. Opando (replicó el jefe); es incorregible en eso de la terquedad, y desde luego me atrevo á pronosticar que enviaríamos mal regalo con su diputación al respetable señor ministro.

—Pero entre tanto, ¿quién será nuestro elegido, nuestro neófito, nuestro cliente y candidato?—dijo aquél.

—Ahí vengo yo á parar (repuso D. Policarpo). Yo tengo un sobrino de pocos años, así como el Sabinianito ó el joven Salvaje, despabilado y de un talento que se remonta. No le digo más sino que es abogado é ideólogo, humanitario ó humanitista (yo no reparo en los nombres, pero ello es cosa por el estilo); sabe algo de estadística, pues á mi lado forjaba mensualmente los estados y nóminas, y esto sin haber asistido á la Universidad ni á las aulas; y todo por su *lumine naturali* y con el favor de cuatro catedráticos sabios furiosamente, como que lo son por gracia del último plan de estudios. Este fenómeno, esta precocidad y esta tempranura la quiero yo llevar á las Cortes para estupefacer y asombrar al mundo entero, pues, aparte que esto lo pone en

el camino del ministerio, le hará con su pico de oro enamorar á una chica con medio millón de pesos, mirándose en poco tiempo á la cabeza del país, *argento et sapientia*.

—Cosa no fácil,—dijo D. Opando.

—Pero no imposible,—repuso D. Policarpo.

—Pues mano á la obra,—repitieron los dos en coro: y comenzaron á hablar en voz sumisa y baja.

Á los pocos instantes levantó el tono D. Policarpo, y, siguiendo el hilo de lo principiado, dijo así:

—Para todo estamos facultados. Es una cucaña el fregado de las elecciones; pues, además de que con ellas se tapan y retapan más de cuatro pecadillos atrasados, se despacha un hombre á su gusto y se desahoga de la bilis acumulada de antiguo contra los pueblos, partidos y personas. Y cada latigazo que se aplica vale cien ducados. El gobierno es demasiado sabio para no entenderlo así, y la bula que al efecto nos ha circulado no deja la menor duda sobre el caso. Oiga entre tanto su contenido, y tome ánimo, señor D. Opando, para empresas mayores. Dice así:

«Sr. Jefe: Las Cortes se han disuelto, y las Cortes van á reunirse: *La flor de la maravilla, cántala muerta, cántala viva*. Al varón que como V. S. se llama D. Policarpo, excusado es por su penetrabilidad y penetración el que se le prevenga que van á celebrarse elecciones: *intelligenti pauca*.

Aunque el gobierno, benévolo y paternal, como es, excusa por ahora en las elecciones acudir á los venenos y fusilamientos, no puede, sin embargo, dejar de recordarle que la cuestión pendiente es de vida ó muerte, singularmente para los que, como V. S., gozan de chupandina cuarenta mil reales vellón. Por lo mismo, *virguea ferrea* y *apretabis tibus cobis*. Para el mejor resultado se atenderá á las prevenciones siguientes, aumentando V. S. de su propio peculio y chirumen cuanto le parezca adecuado al caso.

»En primer lugar, hará que figuren, no tanto en las listas cuanto en las votaciones favorables, los nombres de todos los que por escuchar las prédicas y seducciones de los progresistas y de la oposición, se han marchado del mundo sin tener la satisfacción de prolongar y alargar la vida bajo nuestro pontificado, que es cuanta dicha puede derramar la divina Providencia. Esta inocente operación, además de atraernos los votos de mucha gente discreta y callada, afirma y ratifica la piadosa creencia, que queremos arraigar por ahora, de que los difuntos vuelven al mundo á frecuentar y visitar los sitios en que solían asistir habitualmente cuando eran vivíparos.

»Item : también, y en la propia forma, figurarán en las votaciones los nombres de cuantos se hallen ausentes y peregrinando. Los escoceses y otros pueblos del Norte disfrutaban del don de la

doble vista, y no hay razón, por lo mismo, para quitar á los españoles la facultad que vamos introduciendo ya en la máquina gubernativa, de *bilocarse* ó de estar á un tiempo en dos lugares diversos.

»Item : las nobles matronas viudas que por su talento y gallardía puedan vestir el sayo varonil, pueden y deben llegar á la urna en representaciones de sus estimables esposos ; cuidando, empero, que las calzas no ajusten mucho y que sean sobradas de tiro, para guardar misterio circuncirca, no mortificar blancas carnes, y en mira siempre de la decencia femenil. Estos actos las acostumbrarán á considerarse como amazonas, y apresurarán la completa emancipación del sexo, en lo cual por ahora estamos de acuerdo.

»Item : si algunos chicos y mancebillos quieren acudir á votar, que vengan y sean bien recibidos, y para excusar escándalo, que se les pongan zancos ó cosa por el estilo.

»Item : se resucitarán y se pondrán al día todos los expedientes que duermen en intendencias, secretarías y diversos ramos y juzgados, por atrasos, por contribuciones, censos de población, millones, cuatropea, patihendido, pósitos, propios, montes y plantíos, reemplazo de Ultramar, remontándose hasta los galeones de Felipe II, pues con semejante buscapié cualquier funcionario administrativo, además de hacerse

muy estimable á ejemplo de esta superioridad, andará en romances y pondrá blando como guante de gamuza á cualquier díscolo que quiera tener libre albedrío en el enjuague de las elecciones. Libertad para servir á Dios; mas en cuanto á votar, á gusto del gobierno, que es un padre de menores de todos sus súbditos.

»Item : si para las operaciones electorales fueran convenientes las luces y manufacturas de algún encausado ó encarcelado, sobreséase ó désele larga al punto. El divino San Antonio siempre está orando por los que sufren persecuciones de justicia, y bueno es darle oídos de cuando en cuando. Por otra parte, estos desgraciados, si se les emplea en trabajos tan útiles, adquirirán el hábito de la laboriosidad y noble emulación, lo que los llevará á la carrera administrativa, con admiración general.

»Item : tiene V. S. breve en forma, según toda nuestra gracia y poder temporal que poseemos, y de la que queremos usar *ípsa facto*, para que desde luego haga caminos, recete puentes, derribe montañas, alce catedrales, rehaga doncellas, sane tullidos y resucite difuntos, para que á la vista de tales prodigios los pecadores se arrepientan, los pertinaces se amansen y los protervos se rindan, trayéndonos sus votos. Si son incrédulos y nos hacen la higa, vuélvales á ofrecer más caminos y más canales, y dígales

por ahora que es caso de conciencia creer en imposibles, y luego á su debido tiempo les responderá á sus reconvenciones *ad impossibilia nemo tenetur*, y se convencerán al cabo, pues les hablaremos en latín.

»Item : para confirmar estas lindezas, desde luego puede V. S. comenzar á derramar cintas y moños de todo color y de todas dimensiones, para lo cual, si es preciso por haber carestía, podrá echar mano de los retazos de listones que emplearon los muchachos en sus corderos en la pasada Pascua de Flores y de las divisas que hayan sobrado en las corridas de toros, y si no alcanzan, que haya paciencia interinamente. Ha habido tal despacho y venta de esta mercancía en los últimos meses en esta corte, que por ahora es imposible auxiliar á V. S. con remesa alguna.

»Últimamente: si el caso apura y las distancias se estrechan, será preciso, como en la medicina, acudir á los remedios heróicos. Ya conocerá que hablamos de los pasaportes. Esta quinina para la terciana revolucionaria es específico maravilloso, y por desgracia sólo conocido poco ha; mas puesto afortunadamente al uso cotidiano por la actual administración, que ha dejado á la Europa con la boca abierta por semejante ensayo. El que el gobierno dé el itinerario, y que los pacientes paguen el viaje, es cosa que V. S.

no ejercitará nunca bastantemente, aunque siempre podrá advertirles, al entregarles el pasaporte, que caminen modestamente, sin boato ni dispendio, por si el viaje fuese largo, ó se repitiese á menudo. Estas peregrinaciones endulzan mucho las costumbres, y los hombres más tenaces concluyen por hacerse flexibles y amables. El que suscribe, que ha visitado desde el África á Londres en diferentes épocas y por diversos motivos, se encuentra mandando ahora en esta corte por diferente razón, y mañana por otra causa se hallará dispuesto á seguir mandando en esta misma corte. En fin: inculque en sus administrados aquel luminoso principio á que todos nos consagramos: *convenientia personae supreme lex esto*, y habrá hecho un gran beneficio á cada individuo, ganará las elecciones, y habrá seguido el espíritu de nuestra gobernación beatífica. Tal, tal, y Enero de mil ochocientos y tantos.»

Al concluir su lectura D. Policarpo, miró á D. Opando, y le halló embriagado en el éxtasis más delicioso del mundo. Al fin se recuperó de alguna manera, y exclamó:

—¡Bravo, D. Policarpo!: eso es un cuerpo de doctrina, un código cabal de circunstancias, y un registro general de teclado de buena gobernación. No envidio la idea ni la redacción, pues donde hay yeguas potros nacen; pero sí envidio y envidiaré siempre el lugar de alto

paraíso desde donde tales cosas pueden mandarse y llevarse á ejecución á mansalva. ¡Ah, Sr. D. Policarpo!; muchos vacíos noto en ese documento, que sin embargo admiro por otra parte, prosternándome ante él; pero ya llenaremos tales omisiones, y hallaremos alta ocasión de aplicar nuestras inspiraciones propias. Pero viniendo ahora á la realización de nuestro negocio, le diré que profesando yo, desde que le oí á Vmd. sus elogios, el más tierno cariño, acompañado del más profundo respeto y admiración, á ese nuevo Sabinianito ó joven salvaje su sobrino, y contándome ya como su representante y apoderado, todavía es necesario tener algunas facultades y algo del desembarazo para sustituir otra persona en su lugar si estos cafres y patagones de nuestros labriegos se empeñan en no reconocer inmediatamente la necesidad de valerse de sus raros conocimientos.

—Pues bien (contestó D. Policarpo): en el caso extremo, faculto para que se vote á otra persona contraria al D. Veremundo.

—Pierda cuidado, señor jefe, dijo D. Opan-do, que la persona que en duro trance ha de sustituir al nuevo Sabinianito, es un D. Veremundo vuelto al revés, tan contrario y tan antípoda suyo ha de ser. Mas, entre tanto, bueno será que vayamos dando un filo á las herramientas necesarias para esta primorosa obra de

embutidos y orfebrería gubernamental. En primer lugar (y le presentó el memorial de la Beatriz), firme ese decreto mandando sacar á esa muchacha que está violentada por sus padres, y ahí más abajo (señalándole con el dedo la parte inferior del margen) eche otra firma con esta agua cristalina, que si al caso conviene, se convertirá simpáticamente en tinta más negra que mis pecados (y era grande este encarecimiento), desapareciendo entonces el otro decreto, pues en tales casos es necesario combatir con espada y broquel, hiriendo y reparando, según el caso lo requiera. Además de que los hombres de gobierno como nosotros jamás debemos quedar encerrados en caponera ciega, y siempre hemos de procurar salida y escapatoria. El título de escamoteador es el grado *treinta y tres* de la noble cofradía de los gobernantes de hogaño, y con ellos me entierren. Ahora (prosiguió D. Opan-do) firmará el Sr. D. Policarpo ese otro autillo para dismantelar y echar por tierra cierto caserón viejo y sombrío, mas bien manida de duendes y tragos que habitación cómoda de esta edad altamente civilizada. También se tomará la molestia el señor jefe de autorizar este expediente (y efectivamente se lo presentó bajo la mano), para que los propios entren en posesión de ciertas aguas de su pertenencia, que están mal habidas y peor tenidas por cierto ricote del pueblo,

muy nuestro contrario al propósito santo y gubernamental que tenemos. Con estas firmas, señor D. Policarpo (este ya había rubricado los papelotes), tenemos ya enfrenada y con barbuquejo esta bestia feroz de las elecciones; y con esto, y con remitirme, cuando adrede venga y la elección vaya á tener lugar, al Peludo, á Pelambres, al Espantoso y á Olofernes, individuos de la partida de capa de que el señor jefe dispone, para que adredemente y en el caso dado me encarcelen á los indóciles, despolvoreen las espaldas á la gente recalcitrante y de retrónica, y hagan cuatro burletas del propio jaez y del mismo cuño al que no sea de nuestro gremio, saldrá este juego como una seda, cual si tuviéramos cinco estuches. Porque Vmd., Sr. D. Policarpo, participará conmigo la opinión de que en época electoral cada votante debé convertirse en un árbol con raíces muy profundas, que no le dejen moverse ni agitarse de allá para acá, llevando y trayendo, pasando y repasando como lanzadera, haciendo la contra al sabio gobierno que no quiere más que su bien, y que si les rapa y rae y rebaña su dinero, es para que no tengan ni malos vicios, ni malos entretenimientos.

D. Policarpo, que al rasguitar su última firma había sepultado sus dos manos en los bolsillos del paletó, y que fincó y puso todos sus cinco sentidos con extremada fruición para be-

ber, que no para oír, las estupendas frases de su interlocutor, tomó la palabra, y le dijo :

—Amigo D. Opando : ahí le dejo el arsenal provisto de todo cuanto necesita para la tarea; si más hace falta, vengan indicaciones, y vendrá todo colmado. Yo sigo mi ruta al distrito inmediato para seguir allí la santa empresa por el propio son, y compás, y silencio; y manos á la obra.

Á poco tiempo se volvió á escuchar el escarceo de los caballos, que se fué desvaneciendo al largo de las calles solitarias de la villa, entre el ladrido de algún perro sobresaltado y el abrir y cerrar de las ventanas movidas por algún curioso que querría inquirir la causa y motivo de aquel estruendo y batir de las herraduras.

D. Opando, libre ya de su huésped, volvió á bañar el rostro con su risa inefable, y para regocijarse con su propia imagen, no pudo resistir al deseo de asomarse á su espejo y de contemplarse á sí mismo, formando donosamente para ello su lente prestidigitador, llamando al propio tiempo al amigo agazapado en el zaquizamí. Éste acudió con sus anafes de ojos hechos ascuas de alegría, y manifestando su alba dentadura, que, como ya se ha apuntado, era prenda maravillosa.

—Tenebrarios (le dijo D. Opando): ya has oído (pues sin duda habrás escuchado) el coloquio que conmigo ha tenido el Sr. D. Policarpo : si al buen entendedor media palabra basta,

tú con media debes tener sobrante : ya conoces el juego, y puesto que las buenas cartas y los mates son nuestros, procederás en consecuencia para ayudarme al codillo, advirtiéndome que este ha de ser doble, puesto que es necesario encapuzar de frente á los de D. Veremundo, y de rechazo á este manjar blanco de D. Policarpo y su sobrino D. Sabinianito. Vete, pues , á tu madriguera, déjame tomar descanso, y mañana seguiremos planteando este problema entretenido y para nosotros de indudable utilidad.

Ya nuestros lectores, con cabal conocimiento de los intereses que se departían, deseos encontrados que á estas y otras personas animaban, y teniendo también ante los ojos los elementos que se cruzaban y el móvil ó pensamiento que cada figura de esta comedia abrigaba ó tenía, podrán formar idea cierta de las idas y venidas, salidas y entradas, conciliábulos, entrevistas y capitulaciones que habría, sin contar los recados, postas, veredas, epístolas y billetes que intervenirían, con todas las promesas, dádivas, amenazas, buenás y malas razones, que pueden sugerir desde el despecho y la cólera hasta la habilidad y astucia más refinada. Entre tanto, bastará decir que D. Opando llevaba con tal sagacidad el secreto de sus negociaciones, que la víspera del día electoral todavía reunidos en uno los cuatro hidalgos padrinos y favorecedores de la elección

de D. Veremundo, hablaban así con confianza apostólica congregados en el sitio acostumbrado de su tertulia :

—Señores (dijo D. Paco): todo está á punto, y mañana á estas horas nuestro candidato se verá triunfante.

—Por mi parte (dijo D. Cosme), como he trabajado con tal celo y diligencia, me caben las mismas esperanzas.

—En cuanto á mí (replicó D. Tadeo), como mi encargo era más fácil, no tuve que esforzarme mucho para asegurar nuestro intento.

—Lo mismo dijera yo (añadió D. Raimundo), si cierto incidente que me asaltó poco antes de entrar aquí no me hubiera infundido alguna sospecha, anublando un tanto mis fundadas esperanzas. Ello es que al salir poco ha de casa de mi cuñado Cañizares, la sobrina Beatriz me salió al encuentro, y llevándome aparte, me relató menudamente cómo D. Opano, que en estos días había visitado muy en secreto á su padre D. Antonio, acababa últimamente de salir del gabinete finalizando otra entrevista, en la cual, según su leal saber y entender (de la Beatriz), su padre había empeñado su palabra en retirar todos sus votos del favor de nuestro candidato D. Veremundo, trasladándolos á otra tercera é incógnita persona.

Mucho efecto hicieron, en verdad, estas pocas

razones en el ánimo de aquel cónclave; pero, como siempre sucede en las noticias inesperadas y adversas, se comenzó, no por salir á averiguar la verdad del caso, sino por entretenerse en discutir las probabilidades y grados de certeza que pudiera tener aquella nueva.

En tales incertidumbres, dudas y recelos dejaremos á nuestros buenos hidalgos, pasando á encontrarnos con D. Opando, que disciplinaba y adiestraba á sus caudillos y capitanes.

—Tú (le decía á Tenebrarios) dirigirás, pues serás de la mesa, el método de la insaculación. Tales papeletas irán dobladas dos veces, para que en todo evento adverso (pues siempre el buen capitán debe pensar en remediar la derrota) pueda alegarse por nosotros que iban embebidas y plegadas dos en una, y poder pedir la nulidad de la elección. Cuáles irán abiertas y sin doblar, para que pueda decirse que la votación no ha sido secreta, y así tengamos asidero para reclamar de nulidad. En fin: ello es preciso que pueda haber cuestión, pues si ganamos, todo será pecado venial, y si perdemos, ya apelaremos para tribunal y jueces que nos sepan dar la razón. En cuanto á los ausentes y difuntos que han de volver al mundo y regresar al pueblo para este acto sagrado de la votación, es decir, la votación nuestra, ya está todo previsto, y todo se ajustará á lo que sea conveniente y razonable.

Por lo demás, la Beatricilla no se casará, y tenemos los votos de su padre; las dehesas se repartirán, y los roturadores votarán con nosotros. D. Cosme poseerá el caserón de los Coallas, cediéndonos sus influencias; y D. Alonso se quedará con las aguas que disfruta mientras nosotros disfrutaremos de sus electores, y de tal modo ya tenemos averiguada la verdadera voluntad de este distrito, que, aunque pese á mi modestia el decírtelo, es que sea su diputado tu amigo y favorecedor D. Opando.

Y esto diciendo, formaba su lente ya conocido y avizoraba á D. Tenebrarios, que casi se miraba trémulo de contento y alegría.

—Ya conoces tú (prosiguió D. Opando) que la exigencia de D. Policarpo por su Sabinianito era impertinente y por demás burlesca. Por lo mismo debes al instante ponerle unas cuantas líneas anunciándole que aun cuando todavía trabajo por sostener al portento de su sobrino, es de temer mucho que se *ahogue*, pero que siempre puede tener por segura la derrota de D. Veremundo, y que el triunfo será de un ministerial de á folio, seguro como un poste y redondo como el brocal de un pozo. Para que la sensibilidad de D. Policarpo no se alarme con el ahogamiento de su sobrino, le dirás que en esta tierra entendemos *ahogarse* electoralmente, al que le fallan los votos prometidos, chapuzán-

dole la cabeza debajo de las olas del olvido. Entre tanto, adiós y hasta mañana, que nos veremos triunfantes y gananciosos, sin cuidarte mucho de aquél refrán histórico de *artero artero, más non buen caballero*, pues oros son triunfos, y el ganar es manjar de príncipes.

Eran las ocho de la mañana de otro día, y todo el pueblo y sus aledaños bullían de yentes y vinientes para el caso de la elección. En el nombramiento de la mesa no hubo lance que contable fuese, si no es que este lo merezca. Don Opando, que tenía hipos de presidente y su mucho de esperanzas, concibió sospechas de que habían de serle adversos quince ó veinte electores á quien hasta allí no pudo embebercer y atraillar. Era gente curiosa que andaba mirando y remirando el edificio, que era cierto antiguo convento de Monacales, de mucha curiosidad y mayor magnificencia. D. Opando, fertilísimo en trazas y casi chistoso en la ejecución de ellas, les envió al punto un liviano ó guía, que los fué llevando de estancia en estancia y de aposento en aposento, hasta el antiguo refectorio. Mientras que los visitantes contemplaban la riqueza de los artesones y el primor de los relieves, este ó aquel cofrade menos artístico y más glotón ó sensual, echó de ver sobre una mesa un cajón de buenos habanos, y dos ó tres frascos ó redomas de no mal vino. La salutación y genuflexiones de es-

tos á aquellos golosos objetos llamó la atención de los demás, y todos de rebato cayeron sobre tan rico hallazgo. En medio en medio estaban del regalado festejo, cuando se oyó un estampido sonoro y limpio como el que da la puerta firme, nueva y robusta cuando se cierra sobre una pared maestra con honores de muralla. Aunque la algazara casi ahogó aquel resonante estruendo, todavía alguno más receloso ó menos glotón acudió á reconocer las avenidas por donde habían entrado. Reconocer la insaculación en que estaban como bolos de lotería, dar la alarma y concitar la propia vocería de una legión de condenados, fué todo uno. Era por demás que gritasen, pues estaban muy lejos de la nave concurrida del edificio; pero D. Opando, varón que gustaba ver siempre la obra de sus manos, no tardó en dejarse ver por una de las fuertes verjas que daban luz y ventilación á la estancia.

—¿Qué aflige á estos mis palomos (era frase muy á su uso: dijo con voz, si melosa, si burlesca) para así gritar y lamentarse?

—Es (respondió la caterva) que nos han encerrado traidoramente para maltratarnos y ultrajarnos y no dejarnos votar.

—¿Pero no tenéis ahí (repuso D. Opando en el propio tono lastimero) algo de tabaco que convertir en humo, y mucho de vino que os

trasforme en hombres beatíficamente dichosos?

—Nosotros (replicaron los grillos encerrados) no queremos tabaco ni vino, aunque sea aquél de Latakí y éste de Chipre; lo que queremos es *la libertad, la libertad*.

—Pues de eso es de lo que se trata, cariños míos; y para ello no hay más que esperar á que vayan y busquen al sacristán descuidado, que se ha llevado la llave, y sacristán que no puede tardar mucho, pues sólo ha ido á cuatro leguas del pueblo. Entre tanto, entreteneos; á divertirse; fumad y bebed.

D. Opando les echó su lente, se sonrió con la mansedumbre del raposo, y yéndose á buscar la mesa, le dirigieron los encarcelados las maldiciones más cordiales del mundo.

Mientras que D. Opando tomaba posesión de la presidencia, en las cercanías del pueblo y encrucijadas de los caminos, Pelambres, el Espantoso, Puñantona, Higadillas y Agallejas hacían de las suyas con un ardor y celo dignos de imitación, y acreedores al más tierno agradecimiento del gobierno. No valía menos de cien ducados cada palo de los que repartían á los electores de la oposición que de los caseríos y aldeas inmediatas venían al pueblo á tomar parte en la elección. Á éste lo daban por preso, puesto que no llevaba pasaporte por vivir á doscientos pasos de la población; á aquél lo

multaban porque su pasaporte lo llevaba sucio y roto, y á todos les espolvoreaban las espaldas, además de rociarlos con graciosas invectivas y desvergüenzas muy chistosas. Acaso lograron salvar el cuerpo dos ó tres electores, que, dejando atrás la tormenta, y mirando cómo huían por aquí y por allá los compañeros salteados, como si fuesen banda de atolondrados estorninos, se reunieron en el camino poco antes de llegar al pueblo.

—Compadre Chano (dijo el uno al otro caminando de conserva): en verdad sea dicho que diversión como esta de las elecciones, si uno logra esquivar el bulto, no la ha imaginado nadie. Ni con las tarascas y diablillos del Corpus, ni con los pasos de Semana Santa, me procuro tanto recreo como en estas funciones públicas que el gobierno nos procura. Es mucho menear de manos el que han aprendido para esto de los palos Agallejas y el Espantoso. Son palos que pueden llamarse con ecos: le dispara á tal el latigazo, y al tiempo de retirar y enarbolar de nuevo el ástil, ha sacudido otros dos palos á los circunstantes, sin perder así actitud ni movimiento.

—Pues á mí (contestó el otro) más me admiran los palos disparados por Higadillas y Puñan-tona. ¡Qué acierto en el golpe! ¡Qué cobijar la espalda por todo el rosario del espinazo! ¡Y qué

modo de amanojar tres ó cuatro golpes en un solo *tarán tan tan!* Esos sí que pueden llamarse palos de estribillo ó de estrambote, que cuando parece que han concluído, queda todavía el rabo por desollar. En cuanto á mí, aseguro que me son de gran diversión estas alegrías de los palos.

—Pues he ahí (replicó el compadre Chano) lo que me prueba á mí la mudanza de los tiempos. Mi padre, á quien tú conociste bien, allá en tiempo de los franceses, porque le dieron un palo ó un bofetón, se metió en el monte, y ya sabes lo que allí ejecutó de desgarros, hasta que, dejando enterrados por estas cañadas muchos de ellos, aventó á los demás del país; y ahora nosotros nos vamos aquí entreteniendo y solazando con el recuento de palos que hemos visto dar, como nuestros compañeros se irán riendo de los que nosotros hemos probado y alcanzado. ¡Cosa como ella!!! En fin: yo creo que los palos ó la *bastonada*, como llaman allá en Tánger ó Tetuán, debe ser cosa de esto que anda y para lo que se congregan las Cortes, pues dan palos los capitanes generales, los gobernadores y los intendentes, y los de policía, y toda la gente así; ello no debe ser cosa mala, y antes debe tomarse por de perfección y adelanto, pues en tiempo que todavía nosotros alcanzamos, nada de eso había; pero tiempos se mudan y usos vienen, y para mí tengo que esto debe ser lo mejor.

—Lo mismo diría yo (replicó el compañero), si no fuera porque esta comezoncilla que siento algo desagradable en las espaldas, no me hiciera reflexionar muy atentamente sobre la fuerza muscular del brazo del Espantoso, y la consistencia específica del medio olivo con que me brumó el bulto.

Así iban entreteniéndose estos dos pacientes españoles sobre materias asaz recreativas, cuando llegaron á la mesa electoral. D. Opando estaba allí como el pez en el agua; disponía, mandaba, urdía trazas, indicaba los escamoteos, sugería las supercherías chistosas, y causara envidia su diestro manejo en los chirimbolos electorales, si no arrebataste de admiración al propio tiempo el buen servicio de D. Tenebrarios, Berruga, el Reborondo y otros oficiales de tan lindos enredos. Se presentó, pues, un elector, y D. Raimundo y D. Paco, que estaban avizorando la mesa, convencidos ya de la cruel decepción y burla de D. Opando, preguntaron al votante que cómo se llamaba y dónde vivía.

—Yo me llamo (respondió el interrogado) José Méndez, y vivo en la calle Baja.

—No puede ser eso (respondió D. Raimundo); pues ese sujeto hace un año que murió.

—Ha oído Vmd mal, (dijo D. Opando con tono de autoridad, tomando la palabra); pues este hombre honrado ha dicho llamarse José

Meléndez, y aquí hay personas que lo abonen.

—Por la Virgen de Flores, Sr. D. Opando, que mire lo que dice, pues ese José Meléndez ha ido á hacer compras á Portugal, y no vendrá todavía en seis meses.

—He dicho, volvió á decir D. Opando, que este buen hombre es José Menéndez, y no hay dudar en ello, pues aquí están los honrados Caquillas, Cuchichi, Pijotas y otros varones ilustres y de conocimiento en el distrito que pondrán la verdad en su punto.

—No hay dudar en ello, Sr. D. Opando, replicaron á un tiempo los nobles interpelados.

—¿Y cómo si es verdad (añadió el votante), cuando mi padre era Sebastián Menéndez, el rosariero, é iré subiendo de grado en grado hasta mi vijésimo abolorio?

—¡Que vote, que vote!—dijeron los más.

—¡Que no vote, que es una filfa!—dijeron los menos.

Se armó en consecuencia gran tropel y bullicio; pero D. Opando hizo conocer que para aquel caso debía regir el sistema de las mayorías, y el votante votó en efecto. Algunos murmuradores decían que aquel hombre honrado había ya emitido cuatro votos diversos, con nombres y disfraces también distintos. D. Opando hizo observar que aquello no podía ser, según todas las leyes de la crítica, y que cuando

más, aquel buen hombre podía sólo ser tachado de muy aficionado al sistema representativo, y que tenía el prurito disculpable de hacer uso de su derecho electoral.

Fué necesario dejar esta cuestión, pues en el atrio de la estancia se dejaba notar una algazara estupenda. Era el caso que dos buenos labriegos, á oscuras en esto de leer ni escribir, se habían presentado á votar, y la chusma y granuja apostada para el caso por el previsor don Opando, los asediaban y estrechaban, ya para escribirles las papeletas, ya para sonsacarles de los bolsillos las que traían escritas, envainando otras en su lugar.

—No nos hostiguen ni incomoden, señores (decían aquellos dos santos varones.) Bien sabemos dónde nos aprieta el zapato, y mejor por dónde nos hemos de atar el dedo. No necesitamos los buenos oficios de persona viviente: vamos á votar á D. Veremundo, y traemos sus papeletas de *descantadura* á hornio, que por todas las coyunturas del cuerpo las venimos manando y brotando.

Sin más decir, se presentaron ante la mesa presidencial, en donde los recibió D. Opando con su inefable sonrisa, atisbándolos con su mágico lente. Eran dos jayanes de á seis piés muy cumplidos, de tez curtida, de cada pelo como un erizo, y de manos y brazos para ahogar á un

oso. Venían vestidos como de disanto; pero como las camisas eran de estopa almidonada y los jubones y medios sayos de paño burdo y nuevo de Grazalema, los brazos casi no los podían juntar al cuerpo, presentándose casi como Sancho entre las dos tablas. Cada cuál de los dos rústicos declinó su nombre, y metió mano á la faltriquera y sacó su papeleta, dándolas á leer. El lector leyó á *D. Opando, caballero particular*.

—No es eso, dijeron los votantes.

Y metiendo mano á otro bolsillo, sacaron diversa papeleta, y la dieron á pregonar, saliendo siempre el tema de *D. Opando, caballero particular*.

—¡Es cosa rara esta!—dijeron los votantes, mirándose uno á otro : y registrando otros dos ó tres bolsillos, sacaron otras tantas papeletas, que, leídas, dieron la misma relación.

—Pues no es eso, ¡voto á los pelos del diablo! (dijeron en coro aquellos dos firmes defensores de D. Veremundo) : pero á bien que en esta no habrá equivocación.

Y diciendo y haciendo, metieron la mano en el seno hacia el costado izquierdo, y buscando allí y sacando, como sacaron efectivamente una papeleta, la dieron á leer, diciendo:

—Esta, á no dudarle, dirá D. Veremundo.

Pero el impasible leyente dijo como antes *D. Opando, caballero particular*. Ambos votantes se quedaron extáticos mirándose uno á otro, y

al fin, el que de ellos parecía tener más arranque y despejo, dijo al compañero :

—Compadre, esto está de Dios : que nos perdone por ahora D. Veremundo, y quede votado D. Opando, y bueno está lo bueno.

Y dando media vuelta, se salieron conversando sobre la transformación prodigiosa de sus paletas.

Ellos saliendo, veos que entra cierta mujer con grande algazara, que venía diciendo :

—Señores: hanme dicho que se ha presentado aquí á votar mi difunto marido José Méndez, que indudablemente se dejó enterrar por no acudir á sus obligaciones, y en cuanto se ha sonado esta barahunda de elecciones ha venido aquí á dar su voto.

—Pues lo que yo vengo buscando (gritó con voz enfermiza cierto hombre haraposo y viejo que allí se mostraba con traza de Simón Levi) es á José Meléndez, que ha venido á votar hoy mismo, cuando en su casa me decían que estaba en ferias de Portugal, y lo primero que debe hacer un deudor cuidadoso en cuanto regresa á su pueblo, es venir á tomar la orden y consigna de su acreedor.

—¡Picaronazo! (clamaba la mujer.) ¡Dejarse morir para descansar, y dejar el descanso para venir á votar!

Puede figurarse el pío lector el rebullicio y al-

gazara que tales lances y encuentros provocarían en la asamblea. Si aquél gritaba, éste berreaba, y si muchos aplaudían ó murmuraban, todos concitaban un estruendo infernal.

—Honrado prestamista; buena matrona (dijo D. Opando con voz solemne y reposada): este es un acto de elevada esfera, y en él no pueden introducirse reclamaciones del mezquino interés que manifiestan vuestras razones; id vos, señora, y preguntad al sepulturero si vuestro marido sale ó no de la tumba; y vos, señor acreedor, ved en la oficina de pasaportes si ha regresado vuestro deudor, pudiéndoos decir sólo que el elector interesado ha dado su voto legítimamente con beneficio de la causa pública.

Tales trances y embelecocos habían movido en el concurso tal marea sorda y mar de fondo, que no era necesario ser muy gran piloto para anunciar una gran borrasca. Tenebrarios levantóse, pues, de su asiento, é hizole notar á don Opando el siniestro cáriz que presentaba aquel horizonte, y cuán de temer era el que desencadenase sus huracanes y olas la ira popular mal comprimida. D. Opando, que estaba en todo, sin dar grande importancia á las indicaciones de su Benjamín, se contentó, en continente reposado, con dirigirse con la voz hacia un escabel que allí se parecía, en donde se mostraban cuatro ó cinco personajes de cara alegre como unas pascuas, to-

dos ataviados con chaqueta y chupetín, de traza al parecer muy mansuefacta y doméstica, pero todos de brazos muy robustos y de manos atroces y descomunales. D. Opando, pues, les dijo así, dirigiéndoles la palabra :

—Porrudo, Manotas, Torniquete, Estrujantes, levantaos y dad una vuelta por la estancia llamando al orden con buen modo á los inquietos y revoltosos, que no tienen gran respeto á esta santa ceremonia.

Ni sabuesos á quienes dan señal de partida, ellos sintiendo la husma de pelo ó pluma, se derriaman más codiciosamente por aquí ó por allá, que aquellos ínclitos varones por los ángulos y rincones de aquel local. No se oía por todas partes, en voz meliflua aunque en tono algo lamentable, sino estas cortas é inocentes razones: «*Orden, señores, orden : señores, la ley; la ley, señores.*» En verdad que no era para extrañarse tales palabras en aquel recinto, y nadie se hubiera cuidado de ellas, á no ser porque á cada voz de *orden* se dejaba escuchar un hipido doloroso, y detrás de la palabra *ley* algún quejido ronco y ahogado. Era, pues, el caso que Cuquiles y Estrujantes, cada cual de sus corteses razones las acompañaban con tal carambola de moquetes, dándolos á oler en los morros de los circunstantes, que además de hacerles ver las estrellas en medio del día, les desahogaban la cabeza con la

evacuación sanguínea que les proporcionaban. Torniquetes y el Porrudo por otro lado propinaban con igual método semejante medicina en los ventrículos de los que encontraban al paso, dejándolos extáticos y sin saber si estaban en el cielo ó en la tierra. En aquel trance se miraba el asendereado D. Veremundo, protagonista de los buenos, y por consiguiente holocausto y parte paciente de esta historia, en medio de sus derrotadas huestes, amonestándolas que tuviesen resignación, que para dentro de tres ó cuatro años se pondría remedio á todo con otras elecciones; que es consuelo muy estomacal en los gobiernos representativos. En tal punto de su peroración se encontraba D. Veremundo, cuando llegó Manotas, y con gesto agraciado pero con puño ensoberbecido é inflexible, le dijo y le dió por palabra, *al orden, Sr. D. Veremundo*, y por obra un metido tan iracundo de puño por un vacío, que lo dejó libre y sano para siempre de una obstrucción tenaz y añeja que le afligía los hipocondrios. D. Opando no pudo menos de sonreirse desde su alto asiento, así de la gallardía de Manotas como de la entonación de cara que puso D. Veremundo cuando sintió entrársele por los ijares los enroscados y velludos dedos de Manotas. La sala electoral quedó, pues, como una balsa de aceite. Entre tanto, un muchacho muy limpio y atildado, verdadera efigie del amor, si

el amor se pintase sin alas, atravesó la turba, y poniéndose á la oreja de D. Opando, en voz sumisa, le comenzó á hablar así :

—Serpentón del infierno, padre de la mentira, engendrador de las fullerías y padre natural de todo lo malo, mira aquí á Beatricilla, disfrazada ahora en muchacho para clavarte un alfiler de á blanca y que tomará todas las formas de la metamorfosis de Ovidio y de las mil y una noches para afligirte, perseguirte y mortificarte : heme aquí, averiguadas ya todas tus fullerías y enredos. Mi padre te ha dado sus votos en cambio de la traición que me has hecho ; pero si tú sabes burlarte de los hombres, una mujer linda, no sólo te burlará, sino que te hará probar más hieles que el Redentor en la cruz : en tanto, vaya este ósculo de cariño y de paz.

Y, al decir esto, le escondió boníticamente por el anca un alfilerazo de pulgada y media. Don Opando, que hasta allí había escuchado á la muchacha con la misma fruición que el cazador oye los quejidos de la garza que diestramente hirió, al sentir insacularse por sus carnes el punzante alambre, prorumpió en un berrido gigante, acudiendo con la mano, ya casi formado el lente prestidigitador, á remediar y buscar consuelo en el lugar herido. La Beatriz se desvaneció como el humo; estos se reían del accidente, aquellos lo celebraban, y entre todos volvieron á

conciar la zambra más estrepitosa del mundo. D. Opando, que con la mano fija en el lugar vulnerado, con los carrillos inflados y haciendo la contorsión de un culebrón herido, había quedado en admirable silencio, prorumpió al fin diciendo:

—*Pero al fin saqué la mayoría, y seré diputado.*

Andados quince días de esto, D. Opando navegaba tardamente por la calle más principal de la corte, cuando al trascantón de una esquina se encontró, tiernamente asida del brazo de don Casimiro, nada menos que á la sílfide Beatriz. Al punto ésta le salió al encuentro, y con el despejo que ya le conocemos, le dijo :

—Sr. D. Opando, caballero particular; véame ya enlazada con mis amores *in facie ecclesiae* y según las ceremonias del ritual romano, sin necesidad de guías y rodrigones. Nuestro primer cuidado ha sido siempre seguirle á Vmd. la pista para relatar á quien tenga oídos y entendederas su rara habilidad para trapacerías y enredos, y la tribuna y los periódicos....

—Calla, calla, pico de oro (replicó D. Opando): hagamos las amistades, y sé antes mi coligada que mi contraria. Esas lindezas que tú me echas en cara son justamente las esperanzas de mi futuro renombre y engrandecimiento. Seré tu amigo y el protector de este muchacho, tu cara mitad....

—¡Guerra, guerra!—exclamó alejándose la Beatriz, arrastrando del brazo á su marido. Y

D. Opando se alejó también riéndose, volviéndose, sin embargo, á mirar con su lente el talle delicioso de la muchacha.

No descuidó ésta un punto en contar á todo el mundo, en relatar por los periódicos, y en particular á la comisión de actas, la curiosa y peregrina historia de aquellas elecciones. Efectivamente: la Beatriz logró que por algunos días no se hablase de otra cosa en la corte que de las graciosas y edificantes aventuras que hemos bosquejado á la ligera, y tirios y troyanos, y moros y paladines, esperaban con ansia el instante de la discusión de aquellas actas. Como no hay plazo que no se cumpla, cumpliósese éste al fin; pero D. Opando, aunque zopo, no era manco: había maniobrado tan hábilmente, que la comisión, vencida de sus razonamientos y fundamentos, nada de extraño encontró en aquellas actas. Cuando en el día señalado llegó el turno de discusión en este negocio, una voz atiplada repetía:

—¿Se aprueban las actas del distrito de Cúbascula?... Quedan aprobadas.

—¿Se admite por diputado al Sr. D. Opando, caballero particular contra cuya aptitud legal nada resulta?... Queda admitido.

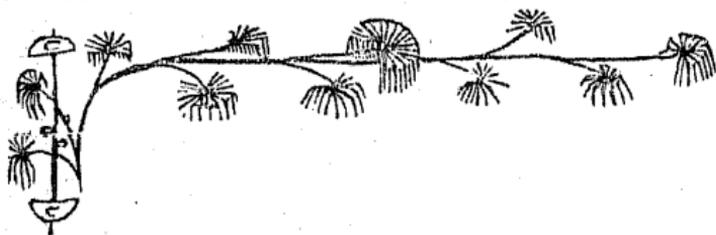
Apenas el prolocutor pronunciaba la última sílaba, cuando una voz que nos es muy conocida, desde la tribuna femenil exclamó:

—¡D. Opando diputado!! ¡Dios los cría y ellos se juntan!!!

Unas cuantas risas acogieron estruendosamente tan extraña exclamación, y á renglón seguido tomó la palabra D. Opando para combatir la admisión de un diputado de la oposición, á algunos de cuyos votantes, según justificación hecha, se les imputaba el grave cargo de usar tabaco de contrabando : también en esta cuestión salió triunfante D. Opando, comenzando á ganar gran prez en la liza parlamentaria.







## LA CELESTINA

ELICIA. ¡Ay, hermana mía! que mi madre Celestina parece. ¡Ay! ¡válame la Virgen Marial! ¡Ay! ¡no sea alguna fantasma que nos quiere matar!

CELESTINA. ¡Ay, bobas! y no hayáis miedo, que yo soy: las mis hijas y los mis amores, venidme á abrazar, y dad gracias á Dios que acá tornar me dejó.

ARBUSA. ¡Ay, tía, señora! Espantadas nos tienes en ver cuanto dices, sino que vienes más vieja y más cana....

CELESTINA. Sabed, hijos míos, que no vengo á descubrir los secretos de allá, sino á enmendar la vida de por acá, para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa, pues la misericordia fué de volverme al siglo á hacer penitencia.

*(Segunda comedia de Celestina. Escena IX.)*

Allá cerca de los muros,  
Casi en cabo de la villa,  
Cosas haz de maravilla  
Una vieja con conjuros,  
Porque tengamos seguros  
Los placeres cada el día:  
Llámasse Mari-García;  
Hace encantamientos duros.

Una casa pobre tiene;  
Vende huevos en cestilla;  
No hay quien tenga amor en villa  
Que luego á ella no viene;  
Hágamos que nos ordene,  
Pues que sabe tantas tramas,  
Para que de nuestras famas  
Que nunca nada se suene.

*(Coplas de las Comadres, por RODRIGO DE REINOSA.)*

Está en Misa y procesiones;  
Nunca las pierde confino;  
Misas d'alba; yo imagino  
Jamás pierda los sermones;  
Son las más sus devociones  
Visperas, nonas, completas;  
Sabe cosas muy secretas  
Para mudar corazones.

Trae éstambre de unas casas;  
Dalo á otras á hilar,  
Y con achaque de entrar,  
Ir preparando las masas:  
Finge que anda á vender pasas  
A las dueñas y doncellas,  
Por tener parte con ellas  
Con su rostro como brasas.



¡ Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Poliandra, supo resucitar y tornar al mundo, con más caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con

número más crecido de trazas y de ardidés, á la famosa Celestina, para asediar más estrechamente la honestidad y el recogimiento, embebecer y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los lazos del amor liviano y desenvuelto la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no semejará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su siniestra persona, la primera y más famosa, comienzo, fin y epílogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que siglo en siglo, de edad en edad, de generación en generación, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas, y dándoles otros y mejores aliños, al son y compás que las costumbres y usos se renuevan.

Con efecto: si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personajes, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos después de tanto tiempo la inmortal tragi-comedia de *Calixto y Melibea*, no podremos menos de conferir las unas y cotejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya

que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es más, sino que tal semejanza está inherente al propio ser y naturaleza de las cosas; porque si los juegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y más de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa, y esta enfermedad, como de germen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay más que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña; es decir, á emplear y hacer ministros de sus furores y liviana intención á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes y á las criadas más continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas cataduras como llevan y parecen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto más siniestro ni rasgos más elocuentemente malvados como la vejez femenil, que, apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordón encorvado para no caer en la fosa de la sepultura á cada paso, toma placer incalificable y recóndita y maldita voluptuosidad, en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas.

Sólo en la especie humana es donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobación. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infectas lagunas y esteros, se hallará hembra alguna, entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la Celestina. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho impuesto y levantado por la misma naturaleza, también han de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razón humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea según sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hábitos del mal, son también inconmensurables y no sujetos á dimensión ni cálculo los grados de reprobación y maldad que llena y puede alcanzar.

La mujer desenvuelta que en sus primeros años cumplió el oficio vil que sólo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer después; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble, no obedece ya otras leyes que las impresiones más

groseras y feroces; que, familiarizada, en fin, con todos los vicios y con todo el cinismo de la gente más perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demás fruta de cuelga que se cría y amamanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel, que son las arras y dotes que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer.

Mas para que la *Celestina* produzca la fascinación que en sus operaciones y oficios ha menester para que ejerza ese imperio en la imaginación de los dolientes y rendidos de amor que á ella acudan pidiendo antídoto y consuelo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de los guardianes, porteros, madres y tías, y ablandar la condición dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haya teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de dónde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera; cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquél que una noche la vió

cabalgando en una escoba escuadrada entre diez zánganos y cien brujas; refiera otro, por el contrario, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmos del suelo, y sirviéndole de peldaño y escabel un celaje de gloria y ambrosía, y todos, al encontrarla, salúdenla cortésmente si es de día, y prueben un sentimiento indefinible de curiosidad y de horror si de noche la encuentran, vagando temerosamente por las calles solitarias, por los atrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna, por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinión y fama de nuestra heroína insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magín los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa; el conocer cuáles son sus hábitos y flaquezas; el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño; el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y mocedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina, para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á buen cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora

amoroso y ronco, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios, pusieran el sello de perfección al tipo universal que retratamos, si no se nos quedara en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los afeites, de los untos, de las lejías y de las hierbas que ha de saber confeccionar, de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á virgen la que fué mártir diez veces. Con la baraja en la mano, ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir, y los toques y encuentros en que al presente se halla; trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebrón, ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los aojamientos, madrejón, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañía no ha de ser ni hospedar más que esta ó aquella sobrina que por más estrechar el parentesco, no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido remoquete de la *mi madre*, la *mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar en paraje apartado, colindante con los campos y

ejidos, y no lejos de las torres y campanarios en donde se dejan sentir, á deshoras de la noche, el reñir de las espadas, y los acentos tristes y siniestros del buho y del cárabo.

Supongamos, pues, que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirige sus pasos allá algún mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada capricho y fantasía es una ley irrevocable y deuda que trae aparejada pronta é inmediata ejecución, sin haber alegatos ni fórmulas que la puedan evitar, entorpecer ni aplacar, aunque quieran hacerlos valer todos los ábogados de la Chancillería y los más fervorosos predicadores de todas las Órdenes mendicantes. Finjamos, pues, que llega á la boca del infierno, queremos decir á la puerta de la caverna, en donde reside y tiene asiento el hórrido serpentón de que hacemos estudio y anatomía. Suenan los golpes repetidos en la puerta, y dice el mancebo:

—Maldición á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amo y señor, el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal visión, pues de otro modo la sacaran de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes, con que le bataneo la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejémonos el gui-

jarro y los golpes, y hagámosle oír y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encuban y disfrazan, que si á su mágico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es y de no dudar, que ya bajó á servir de ascua y tizón á la caldera de Pero-Botero, en donde, con boca de sierpe, morderá los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero, y ya creo escuchar algo de fragor por de dentro.

CELESTINA.—Al punto voy, quien quiera que sea; allá voy; bajo al punto: ¡qué sueño el mío! Vieja, pobre y sola, sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda, y las siete cabrillas ya parecieron, y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argén que caía. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

MANCEBO.—Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de Noviembre con sus nieves y ventisqueros, y más, hombre que como á mí me has tenido hincado en el lodo de la rua como ástil de almota-cén, y ya sabes tú, brujidiabla, que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el

granizo que nos azota, sino que se encuentra sólo en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Helas, helas aquí esas gallardas piezas de plata y oro, que son para ti, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

CELESTINA.—Líbreme Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro, si os acuden con la vaquilla llegad heis con la soguilla, y blancas manos no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que da su fruto espinando, y antes cuéntese de vos, que si abrió la boca, la bolsa no la cerró; y hablad, señor, que, aunque humilde y pecadora, todavía tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicación suya y de sus pecados, pues....

MANCEBO.—Calla, traidora, y no me mientas ni finjas. Si tengo paciencia para sufrir ante mis ojos tu maldita catadura, ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalar convento ni monasterio en busca de amores místicos. Quie-

ro sólo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto va á casar con Antón el estudiante.

CELESTINA.—¿Y qué queréis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos, sin duda, que ella aprenderá para repetírselos á su prometido después, celandlo empero el nombre del primer maestro. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada; esto me indujera á servir á otro cualquier garzón de ingenio vivo y de donaires, cuanto más á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádivas ricas. Y no tardaré en visitar á Teodora y en volvéroslo flexible como un guante de ámbar, y azucarada como manjar de alcorza. ¡La otorgada de Antón! El sabiondo estudiante, el que con sus cálculos y astrolabios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventuras, y que sus almanaques y horóscopos tengan más autoridad que mis profecías y conjuros. Allá veremos si su astrología le advierte la flor que le preparo, y si el horóscopo que ha de levantar sin duda la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que va á tragarse y de la obra que va á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga Celestina. ¡Hi!

¡hi! ¡hi! Qué burla tan extremada, y más cuando nos juntemos en corro á recordarla y reírla los tres personajes de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo, la desventurada vieja, que de tales regocijos sólo puedo haber noticias apartadas, y de que ningún útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor....

Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al desacordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los introitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cuál ronda ella también á su presunta víctima, cuál la fascina, cuál la convence y conviene, y cuál, primero con aliento suave, va prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que, viéndolas alzarse con ahinco y cresta encendidas, las atiza y aviva con sople desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdición.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oír á la embajadora de la maldad, cuando, puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los Argos que custodian la honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y excelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, después le despierta la compasión por los fingidos tormentos del galán enamorado, luego la escandeece y concita maligna y diestramente su rivalidad y femenino orgullo, hablándole de la afición que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en día cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Hela aquí á la infernal arpía en su obra de iniquidad, y empleando embelecocos de mayor y más subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras, y dice:

CELESTINA.—Allí se parecen y encuentran los

palacios encumbrados en donde he de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzón enamorado, pero gallardo y dadivoso á fe. Mas las puertas me las tienen tomadas, aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

UN PORTERO.—¿Es aquella la mala mujer de quien tantas hechicerías se cuentan?

OTRO PORTERO.—¡Cómo mala mujer! Esa es la honra de la villa. Después de vísperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

OTRO PORTERO.—Es que va á ejecutar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados, y.... mas ya llega.

CELESTINA.—Sé de lo que tratabais entre vosotros. Mas la caduca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males; y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por vuestros umbrales, fuérame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el día de la Epifanía, por mano de su bellísima hija, en la capilla, me encargó con mucho encarecimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero), no te andes á deshoras de la noche dando músicas por la calle de San Ro-

mán á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren arman celada contra tu vida. Y tú, Pobeda (dirigiéndose al otro), ten más recaudo en las sisas que haces en la despensa y en las sangrías que cometes en la bodega, que ya el mayordomo tiene ojos fijos en ti, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, están ya á tu alcance, y mía fe si muy pronto no te desenzarcen y salteen con gran placer de Doroteo, que avizora tu plaza y ración, y ansía por ser tu sucesor y heredero....

LOS DOS PORTEROS.—Entrad, madre, entrad.... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas.

Y la Celestina, que ya dentro de aquel alcázar de la virtud y de la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la garduña cuando á duras penas y trazas se ve y mira poseyendo y dominando un vivar de cándidas palomas; y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como águila poderosa resguarda y custodia con sus alas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus pies y la dice:

—¡ Ah, señora! báculo de la vejez, apoyo de la orfandad, amparo de los desvalidos y antemural y defensa de las doncellas, ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mía, y vestiduras tan hu-

mildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasión de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dieran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis labios besar la tierra que tus pies tocan? He aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas); he aquí, en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores más vivos, y el delgado viento hilado, y puesto á punto de ser tejido en telas finísimas y transparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas, que combaten la liviandad y la seducción con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga, y contemplando también la astucia y deshonesto codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su curiosa habilidad, os las traigo para que, adquiriéndolas, amparéis aquellas pobres hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.

Y en verdad que estas palabras y sentidas razones hallaran acogida y buen recibimiento del

corazón más desabrido, cuanto más de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atención con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y extrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensajera de la deshonestidad, ó más bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sus entrañas, que por otras estancias más recónditas vagara distraída, ó recreándose entre las flores de los verjeles y jardines, ¿quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple avecilla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, ¿cuán fácil no debe serle á ella el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto á donde han ido enderezadas todas sus trazas y arterías.

—¡Oh ángel en la hermosura! (diría): ¡oh cielo estrellado en todas horas! ¡oh sol siempre suave y sereno! ¡oh beldad sobrehumana! ¡oh mujer celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo! ¡oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demás alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es más negro que estas crenchas que bajan con más copia y riqueza, que estos rizos

que casi quieren besar el suelo, sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca deberían desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellísima doncella, ya que la importunidad de estas criadas distraídas es ahora menos asidua, que me llegue más de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura, sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadísimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire, conmueve al arrobamiento y á la adoración! ¡Y qué pies tan imposibles por breves, y tan breves por su donosa figura y planta para sostener templo tan arrogante de hermosura, y, sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra! Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nexos de mórbida encarnación me revelan de inefable belleza y de angelical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagrario divino, y con el ser todo de tanta belleza; porque si su visión matara de placer á la mitad del mundo, la relación de tantos misterios matara de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de mujer que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada, y la satisfacción dulce de oirse celebrada y encañada, son cosas que pueden dejarse á la consideración de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como visión entre celajes, la imagen de algún noble caballero, cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay más que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica, y como ésta rápidamente comunica, comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo, no hay miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasión que su diligencia supo procurarse.

—Y no fué ciego, no, sino lince y muy lince (proseguiría la vieja), el garzón gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho una de estas mañanas cogiendo lirios y rosas en el jardín, pues hasta las mínimas y ápices más remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro día que vino á encargarme algunas de las limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoge para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé cómo

no le conozcáis, pues es el caballero justeante que tanta gloria y prez ganó en el último torneo, y que después con tanta gala y bizarría rindió dos toros con sus rejoncillos y espada, llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de éstas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano y que á prendas tan cumplidas añada tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira vuestra prima, y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del listón verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza....

Desde este punto avanzado, y ya en el interior recinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura ya se deja adivinar, y cualquier cronista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relación tan lastimosa.

Pero allí en donde la Celestina demuestra su condición verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condición á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de éstas, recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que había concebido de mirarse colmada de preces y de dádivas,

y despechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra, se presenta rabiosa, en cabello, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta, digo, á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con extremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironía más amarga, así como el placer más diabólico.

—Por amor de mi vida (la dice), que no me llores de tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas, y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aún todavía recuerdo ayer noche (pues tú me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas), todavía recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado, para que volviese á halagar los aladares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerías de muy diverso són eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con

su triunfo , no te habrá cumplido la promesa de te volver á ver hoy ; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á ti, que no tú al estado que ayer tenías ; que yo por mis artes sé y bien alcanzo , que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena, y los gustos del agraz, gustos son para apurar, y lo que bien supo cuando empezó, nunca, luego ni presto se dejó: conque así, ovejuela mía, paloma sin hiel, toma huelgo y solaz aquí al par mío y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanza, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer ; que gato caminero presto halla al mur en el agujero ; y en tanto asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete orden en esas tocas, refresca el rostro con agua de la fuente, y toma un continente señoril y reposado para sobresaltar la atención y saltar la voluntad de aquél á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy luego se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones; pues á pernil y más pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz ; y en tal extrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, la mi

hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, si no de Salamanca ó de Alcalá, al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisás y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad, no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en dónde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza; incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillación, pero dudando de hallar tanta infamia en mujer, se deja caer sobre el asiento más inmediato, y prorumpiendo en frenético llanto, exclama:

—¡He perdido mi honra! ¡me han engañado vilmente!....

Y no haya miedo que la heroína de la falda y tocas se alborote ni ponga en pena al contemplar arranques tan dolorosos, ni lamentos tan hondos y de tanta verdad. Anudando el interrumpido hilo de su taravilla de Luzbel, así prosigue:

—¡Tu honra, tu honra! Pues contigo la tienes, boba; ¿para qué mal guiso la pudo querer

y arrebatártela aquel gentil caballero? Él no hizo más que encerrártela más aína y ponerla más en custodia, llevándola más adentro, como tesoro sin precio, en donde la poseerás para siempre, y cada y cuando tú quieras valerte de ella, como de finca libre y horra que te corresponde en franco y alodial dominio. Y yo así se lo encarecí y encargué á aquel tu enamorado, y no es él hombre para faltar un tilde ni en el negro de la uña á lo que yo con tantas veras le encomendé; que si, como tal, le advertí contigo, hija mía, le encargara un colegio de doncellas ó huérfanas tempranas, la misma exactitud, pulso y circunspección tuviera para devolvérmelas sanas y salvas, como si depositadas estuvieran en el camarín de una matrona romana. Pero si por arte de la vengativa Venus, que con sangre quiere y pretende amatar siempre los fuegos en que arden los pechos de los finos amadores, otra cosa ha sido, no hayas duelo que tu honra peligre. Acaso aquel descreído de tu amante, olvidizo de mis buenos documentos y amonestaciones, feroz en hechos y poderoso en obras, haya pasado por tu cuerpo garrido con menos miramiento que lo que á tu tierna edad y miembros delicados convenía: y por cierto que tal demasía mucho es de castigar; y en cuanto tenga y celebre asamblea el tribunal de mis iguales, daréle cuenta y haréle relato de todo lo

ocurrido, para que el delincuente pague la pena del desprecio y omecillo; y en esto, hija mía, puedes fiarte como en caución firmada y signada por escribano real de estos reinos y señoríos. Y á pesar de tal tragedia (si ha sucedido), alza tu espíritu como el vuelo del gerifalte, y ríete y solázate, que yo, madre y protectora de todas las doncellas estropeadas y vírgenes *secundum quid*, no he de querer dejarte sin remedio en tu desolación, ni he de mirarte abandonada, como en el Robledal de Cortes las hijas del Cid castellano. Pues ¿para qué tengo y poseo el mejor recetario que desde Quinto Sorano, médico en los amores de Cleopatra, hasta el día ha podido reunirse, sino para corregir, enmendar, restaurar y reedificar todo lo que derribar y destruir pueden desaciertos como los vuestros? Además, que, aparte de este libro, en mi memoria guardo y conservo otros miles de secretos y maravillosos artificios, que te parecerán y pararán entera como el día que naciste. Y ensancha el ánimo, y alégrensete las pajarillas, que si tu mal ángel y las asechanzas de Venus te trajesen á estropezar de nuevo, pues has principiado un camino que aún mete codicia para trillar mucho, no faltarán otros remedios para traer al cabo y fin las cosas á su pristino y original estado. Tenme tú algo de paciencia y sufrimiento, y denme del sirgo delgado de Valencia y agujas

de San Germán, que yo haré nulas y de ninguna recordación ni vestigio, no ya las obras de ese catariberas y pisaverde tu enamorado, sino los mismos hechos del moro membrudo, que, según graves historiadores, galanteó á Doña María de Azagra <sup>1</sup>. Ahora, si es que ese tu enamorado te ha hecho agravio de mayor cuantía, propasándose á vituperios de otra especie, y no guardándote los fueros que á mujer principal se deben, y muy más en días regocijados de bodas, déjalo por cuenta mía y al brazo secular de otro caballero, á quien lo defiero y encomiendo, muy tu aficionado, que no arde sino en deseos de hacésete acepto y agradable, y que sabrá tomar venganza del tu agraviador, aunque fuera á ocultarse en una cueva oscura de Sierra-Morena por siete años. Y para que lo veas cuán galán y garrido es ese tu vengador que mi mucho amor te ha buscado, helo aquí, que te lo tenía guardado en ese camarín inmediato.

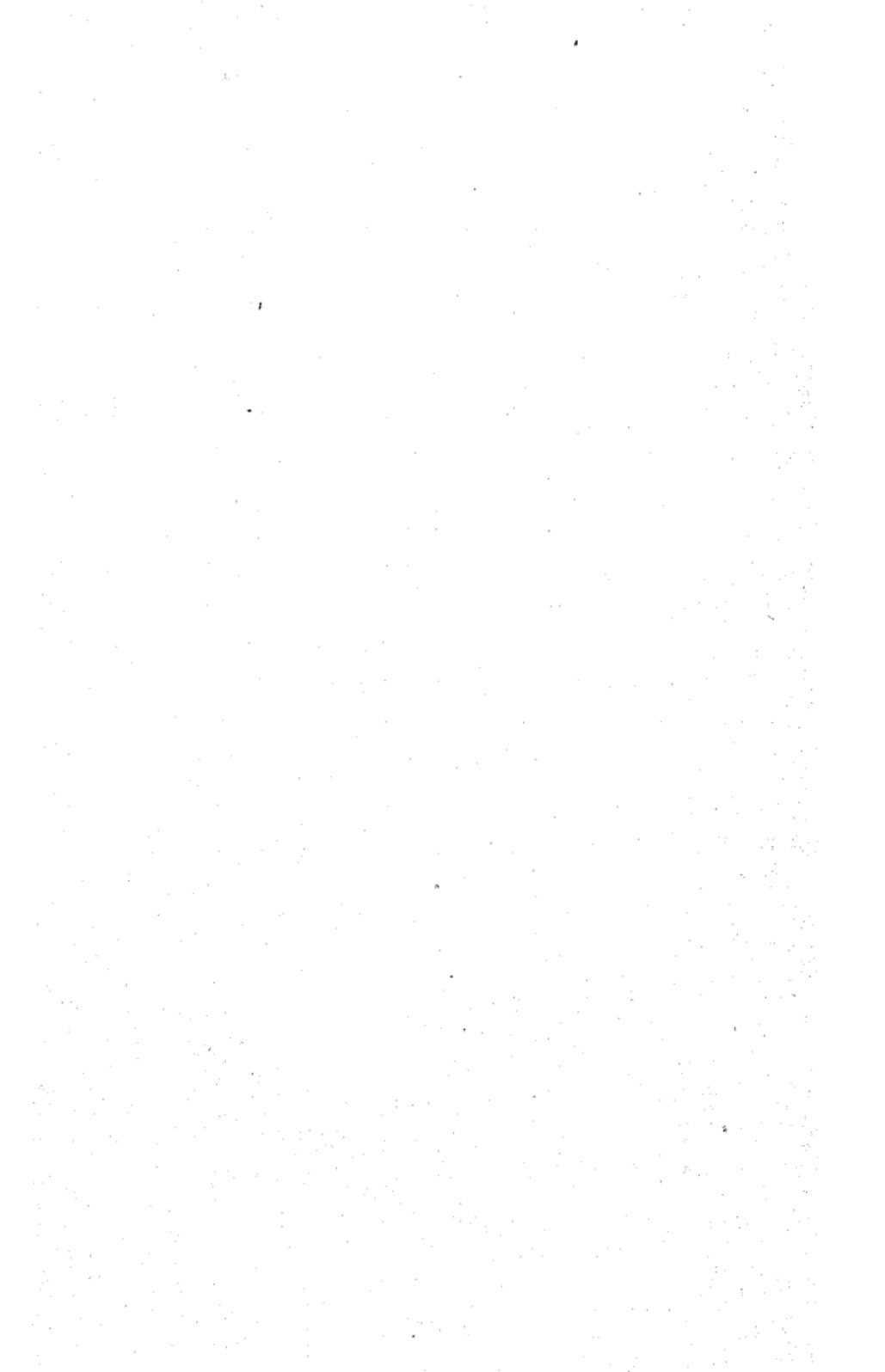
Y levantándose de su sitial la ganzúa infernal de las honras, sin cuidarse de la admiración y espanto de su víctima, que ignora lo que le pasa y no alcanza el nuevo trance á donde ha venido, abriendo la falleba de otro aposento, y dando entrada á otro galán, en cuyos brazos

<sup>1</sup> Enamoróse de un moro principal, hombre dado á liviandades y membrudo. (Mariana, *Hist. de España.*)

arroja y entrelaza la que se deshace en llanto, se salva por otra puerta ; riéndose y mofándose infernalmente de las escenas que ha provocado y la catástrofe que sus trazas han llevado á efecto.

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz , para escarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido más en ellos casi por creerlos, si no de entera superfluidad , al menos de un lujo innecesario é inoportuno , porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peón que sobra y como pieza que no tiene aplicación. Las negociaciones de amor suelen hacerse ahora directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Denos Dios larga vida para ver hasta dónde en este ramo podemos llegar progresando.







## EL ROQUE Y EL BRONQUIS

---

Y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes, á oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo son no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecer los apaleados.

(*El Diablo Cojuelo.*—Tranco V.)



UESAS mercedes no saben lo que es un *Roque*, porque ignoran qué cosa es un *Bronquis*; y no se pescan lo que es un *Bronquis* y un *Roque*, porque no han viajado por Andalucía, y si por allá han andado, no han visitado ciertos pueblos, y si los han visitado, no han asistido á ciertas y ciertas festividades, escenas, bureos, bailes, triscas y saraos de candil. Hoy me propongo llevaros, benévolos lectores, aunque sea sólo en fantasía, á uno de estos entretenimientos recreativos; que así pudiera yo con igual facilidad á tales escenas positiva-

mente, realmente, corporalmente, llevar y transportar, ofrecer y presentar los lomos y espaldas de algunos amigos (seis fueron y seis quedaron) que yo me sé; y cuidado que no hablo en política. Mas porque vuestra fantasía no tenga que viajar, hender los aires y el espacio, y fatigarse por cosa de nonada y fruslería, me parece mejor, aquí mismo y galanamente relatando, ponerlos delante de los ojos cuadro tal, que bien os represente lo que saber queréis y yo mostraros quiero; cuadro en cuyos grupos ocupo yo lugar de privilegio, formando pareja con cierto inglés, mi camarada en la aventura, osado como pocos y curioso como ninguno.

En un galán verano de los de mucho trigo y de copiosísimas esperanzas para otoño, *yo me estaba, en Giromena*<sup>1</sup> no, sino en Carratraca, baños famosos de la Andalucía y en la provincia de Málaga. Tal pueblo, dejándose ver sobre un peñasco árido, verdadero calvario de aquellas ceranías, rodeado de precipicios por todas partes, es, sin embargo, merced á sus aguas salutíferas y maravillosas, el centro animado de la gente holgadamente rica y elegante de los cuatro reinos, si lo tomamos en la temporada de Junio á Setiembre de cada alegre año. Allí los serranos y rondeños, los mayorazgos y el señorío de los

<sup>1</sup> Romance famoso del *Cañonero de romances*.

pueblos de la campiña; allí de Sevilla, de su tierra baja, de Cádiz, Tarifa y los Puertos, de Málaga, Granada, Córdoba y demás partes de la Andalucía alta, vienen en certamen de boato y ostentación, menos á tomar ellos remedio para sus pasados deslices, y ellas á buscar confortativo á sus parasismos y debilidades en los nervios, que á hacer gala de riqueza todos, en busca de placer y recreación muchos, y no pocos y pocas á feriar su hermosura, juventud y gentileza.

Fuera este punto muy de molde para estudio de nuestro pincel, y el aspecto y la animación y los rasgos característicos que en aquellos baños se observan, bien merecieran con privilegio un bosquejo caprichoso de pluma aún más elegante, lozana y diestra que la mía, si la obligación que me imponen el título y rúbrica con que se encabeza este artículo, no me recordara á voz en grito que estamos hablando, no de Carratraca y sus baños, sino de lo que sea un *Roque* y lo que es un *Bronquis*. Y no es sólo de los pueblos, ciudades y comarcas arriba apuntadas de donde se ven visitantes, viajeros y curiosos en aquel famoso lugar, sino que de las partes más lejanas de España cuidan los médicos de enviar allí anualmente remesas de menesterosos de salud, que nunca dejan de obedecer humildemente el mandato de tal peregrinaje; mayormente si hay envuelta en la receta alguna

cita misteriosa, tanto más gustosa, cuanto que el apelar á tal medio siempre indica y señala grandes dificultades vencidas; sin contar para nada el sainete y sabroso picante de gozarse allí, á despecho del sobrecejo y enfado de los maridos más rústicos é intolerantes y de los tutores más desconfiados y recelosos, de la libertad más agradable y segura, sin mirarse sujeta, como otros fueros y garantías, al buen capricho de un ministro ó mandarín.

Ello es que, además de tanto viajante y peregrino español castizo, se dejan ver por allí no pocos gringos y extranjeros, que, encontrándose por ventura en Cádiz, Málaga ó Gibraltar, y oyendo hablar de los nombrados baños, quieren, visitándolos, aprovechar la buena ocasión de conocer mejor el país, amén de adornar su álbum con algún pintarrajo tomado al través, y pintado con brocha, y de enriquecer sus apuntes y recuerdos de viaje con algún mentirón estupendo, que después se revela en lindo periódico ó *keepsake* de impresión de París y Londres, haciendo arquear los ojos de aquellos buenos leyentes, y provocándonos á nosotros á risa estrepitosa de regocijo, si no ya de mofa y desprecio.

Uno de estos viajeros, nacido en Kent, educado en Eton, estudiante en Oxford, y muy curtido y versado en los salones elegantes de Londres, vino en cierto mes de Agosto á aposentarse en

la fonda del Sr. Reyes, que en aquellos salutíferos baños representa, y aún creemos que todavía sostiene, el propio carácter y papel que el antiguo *Génys* y el moderno *Lbardy* en Madrid; pero con tal amplitud de persona, con traza tan mayúsculamente patriarcal, que él sólo, por su propia efigie y estampa, exigiera y nos debiera otro bamboche de pincel, si no fuéramos ya tan metidos en corriente del artículo que nos hemos propuesto escribir (y va de dos), y tan en pos del título que arriba hemos señalado. Ello es, en fin, que nuestro inglés tomó tierra en un cuarto, tabique por medio del mío. Á poco de su aparición, ya en la mesa, ya en las muchas ocasiones que ofrece para encuentros de afabilidad y estimación lo reducido de un lugar y la estrechez de fonda como la del Sr. Reyes, tuvimos motivo para demostrarnos ciertas deferencias y atenciones, que á poco se trocaron en la más afectuosa afición. No por ello nuestra comunicación y trato se regalaba de lleno á satisfacción con los placeres de una plática seguida y de sendas conversaciones, sabrosas y de fáciles entendederas. Era el caso, que nuestro extranjero, como recién llegado á Gibraltar, y en fresco trasegado á Caratraca, apenas podía deletrear dos ó tres palabras de enrevesado castellano; y su francés, aunque pudiera serle y servirle de gran útil para sus lecturas y estudios, lo había usado y cursa-

do tan poco, y lo miraba con tal enfado, que en sus labios, antes que idioma articulado, más semejaba los chiflos y refollamientos de algún órgano de registro averiado y descompuesto, ó los singultos de algún gato con romadizo. Alguna vez, considerando yo que nuestra educación é investidura académica eran parte para darnos ayuda en semejante trabajo, llamábamnos en socorro nuestro el poco ó mucho latín que en nuestras escuelas respectivas imaginábamnos haber aprendido; pero la pronunciación que los extranjeros dan á los genitivos y acusativos, y la particular inflexión que suelen dar á los otros casos cuando hablan latín, nos desesperaba á *perfecta vicenda* siempre que nos proponíamos entendernos en tal idioma, además de despertar tal fracaso en mi revoltosa imaginación la idea endiablada de que en esto de humanidades tan alto rayaban los profesores y discípulos de Eton, cuanto los maestros y escolares de las universidades de Oviedo y Valencia, y no vale señalar. Á pesar de tales contratiempos, nuestra afición crecía, sin haber aventura en que no estuviéramos de por mitad, ni gira ni partida en que no viajáramos recíprocamente de conserva.

Por aquellos días se me anunció que en cierto pueblo inmediato había gran festejo y alboroque, mucho de bullicio y algazara, y no poco de festividad y de divertidos juegos. Y al oír

decir *juegos*, ya creerán (y creerán bien) algunos de los que guardan y conservan el són y dejo de aquellas comarcas, que se me hablaba de la cercana, y pintoresca, y rica, y poderosa villa de Álora, famosa y famosísima, entre pueblos creyentes y paganos, por la fama de sus *juegos llanos*.

Los *juegos llanos* de Álora son, en verdad, los más inocentes é inofensivos que se han ideado desde los Olímpicos hasta el día, teniendo por añadidura el mágico poder de excitar y mover exquisitamente la sensibilidad del pobrete que suele en ellos representar el papel de protagonista y héroe. Pero por una contrariedad que así nos cobijó entonces al inglés y á mí, como cual ahora á mis oyentes, que no pueden instruirse de qué sean tales *juegos llanos*, no fué Álora el pueblo donde tal boato se preparaba; y si se me obliga á que declare el nombre en cuestión, diré que no quiero, en prueba de la dulce amabilidad de mi carácter, y vamos adelante. Ello fué que Arturo (tal era el nombre del inglés) fué de la partida, y juntos y en caravana con algunos otros curiosos y aficionados, nos trasladamos asnalmente, quier á mujeriegas, quier á horcadas y no caballaramente, pues tanta era la fragosidad y aspereza del camino, al teatro de nuestra curiosidad é investigadora vagancia. Así como nos apeamos, Alifonso Felpas, mozo de cuenta, arriscado y rey parrandero del pueblo, vino

y se me acercó, noticiándome el programa de las funciones y festividades.

—Después de la romería de la Virgen (dijo), y á eso de si son luces ó no son luces, entraremos de vuelta en casa de le Márgara, y allí apuraremos entre cuatro amigos leales una pírula del de Yunquera, con unos mostachones de canela y otros dulces de Ardales que saben á gloria. Después caeremos en casa de la Vicaria, á ver los juegos del Narro, y por postre entraremos en el patio de la Remedios, adonde hay fiesta y cantan unos muchachos de la costa, que diz son cosa particular....

—Cuidado, que se suena ha de haber *Roque* y se ha de armar *Bronquis* con muchísimo del hollín,—dijo en baja voz un mozalbete que, sentado á par del umbral de la puerta, dirigió la palabra á Felpas.

—¿Y de dónde lo sabes tú, Palomo?—dijo éste.

—Lo sé, y estoy muy penetrado del caso (dijo aquél), porque la *Polvorilla* ha dado celos de mala muerte con uno de esos costeños al *Pato*, y éste ha venido á contar para el *Roque* con mi hermana *Canborro*...., y véalo V.

—Pues la noche será muy muñida (dijo Felpas dirigiéndome la palabra). Pero á bien que no será la primera,—añadió con cierto retintín y sonsonete.

—Yo no iré si tal se teme, amigo Felpas (le

repliqué); tanto porque estoy fuera de andadura, cuanto porque vengo con este inglés, á quien quiero excusar de meterse en tales culebras....

Iba á manifestarme Felpas que yo procedía como prudente y atinado no asistiendo al abreviado infierno que se preparaba, cuando mi inglés, que atento estaba, y que si ciento no atrapaba, alguna recogía, me preguntó, pero en desusada y trilingüe manera, que cuál era el asunto de que se trataba y nos ocupábamos.

Puede pintarse allá en la cámara oscura de su magín cualquier pío lector, la dificultad casi invencible en que me vería para explicarle á mi curioso extranjero el resultado del coloquio arriba apuntado, y más que todo el hacerle entender la agradable significación de las palabras *Roque* y *Bronquis*.

Después de mil laboriosos esfuerzos de mi talento; después de darles forma explicativa para tales ideas á mis conocimientos políglotos; y después, en fin, de llamar en mi ayuda la mímica y el lenguaje de acción, salpimentado todo satisfactoriamente, á mi ver, con palabras francesas, lusitanas, inglesas y latinas, ¿cuál no sería mi despecho y mis calabazadas de rabia, cuando en lugar de dócil silencio, me encuentro con que mi inglés me interroga diciéndome :

—¿*Sed quid est Roque, bronquisve?*

Al escuchar semejante pregunta, di mi traba-

jo y afán por perdidos, y como chico á quien se le hundi6 su castillo de cartas y vuelve pacientemente á encaramarlas y levantarlas, torné á mi pasada y pesada tarea, valiéndome de nuestro latín casero como medio supletorio á mi pantomímica explicación. Ya pude conseguir al fin que entendiera la flor de que se trataba ; de que en medio de la fiesta alguna voz siniestra y ronca diría *Roque* ; que acaso se repetiría aún segunda amonestación, y al ver que aquel congreso no se disolvía, se apelaría al medio teatral de apagar las luces, comenzando la salva de badajazos, cintarazos *et aliquid amplius* de que hablan los autores, lo cual legítimamente es armar un *Bronquis*. El curioso de Arturo me escuchaba con extática atención, conociendo yo en su atrevida mirada que, antes que arredrarle, más le enamoraba la imagen de aquel futuro campo de Agramante. Por respuesta toda á mi argumentación y explicativa, me repetía con gesto denodado y resuelto : «*Non timeo,*» blandiendo de una manera totalmente á la inglesa los puños cerrados y apretados, por aquel estilo que la gente inteligente llama *móquilis* ó *trómpilis* ; y el bravo inglés, confiado en su fuerza, vigor é innegable destreza, me preguntaba con latina interrogación, siguiendo en el blandir de sus puños : «*¿ Sufficit ?*» Y entonces, poniéndome al unísono de aquel latín que nada dejara que desear al que

se ha de hablar y usar en nuestras Universidades, planteado y asentado que sea el modernísimo plan de estudios, respondí grave y reposadamente :

—*Trompilis aut moquis non sufficit.*

—*Rem implebimus,*—me replicó el indomable inglés.

—*Jacta est alea,*—le contesté en tono resuelto y afirmativo, dándole á entender que emprenderíamos la jornada y que echaba el pecho al agua.

Y comencé desde luego á preparar mis lomos á la tarea, sintiendo no tener á mano medios fáciles de explicación para hacerle entender á mi compañero cuán bien haría en seguir con atrición y contrición mi buen ejemplo y mi cristiana resignación.

Efectivamente: después de comer al mediodía, empavesado yo al uso del camino, con calzón, jergueta carmelita, chupín canario y sombrero calañés, y atildado mi inglés con camisolín de colores y albeando la persona con pantalones y jubón de patente y chaqueta de piqué graciosamente rayada y mosqueada de azul y violeta, llevando en los bolsillos dos pañuelos de Holanda, y con sombrero de paja de Italia, nos metimos en danza para la romería, desde donde, después de agradablemente paseados y divertidos, vinimos á dar con nuestros cuerpos en casa de la tia Márgara. Aquí hicimos honores en forma

al aguardiente de Yunquera de que Felpas nos habló antes, á pesar de los 35 grados de calor de que habíamos disfrutado aquel día; y después de aplaudir los juegos y rusticidades chistosas del Narro, recalamos al fin, oyendo la última campanada del rosario, en casa de la Remedios, en donde el baile se preparaba.

Nosotros logramos desde luego asientos de primera, y como piloto que debía conocer los bajíos y malas corrientes de aquella costa peligrosa, dejando á sotavento el sitio de los cantadores y tañedores, fuí buscando con mi Pílates la parte superior del zaguán ó cuerpo de casa en donde la función se parecía y tenía plaza, y allí en un rincón ó ángulo me acomodé y rellané en silla fuerte y robusta, fortalecidos sus peldaños con traveses de estupendo espesor. Mi inglés no quiso admitir otra igual silla con que yo le brindaba advertidamente, y, como novicio é inexperto, escogió para asiento un escalón que allí se parecía, sin duda para confinar fácil é inmediatamente con las sayas de una zagala de diez y ocho á veinte años, que llenaba la otra mitad de aquel escabel de cal y canto. La fiesta iba ya por la epístola, es decir, iba ya bien comenzada; las guitarras sonaban y las coplas iban y venían, y las vueltas de rondeña y malagueña se sucedían con rapidez increíble. El cerco de la gente era dilatado y muy espeso en hileras. Un enorme velón de Lu-

cena, de cuatro mecheros curvilíneos ardiendo como bocas de dragón, y colgado de un horcajo de madera pegado al techo de la estancia, alumbraba aquella escena grotesca, si extraña, si pintoresca. Las muchachas lucían con tal luminaria su aseo y su gentileza, y si sus ojos brillaban como abalorios ó azabaches, el pelo negro y copioso que todas ostentaban recogido en castañas, tomadas con cintas encarnadas en la cabeza, les daban un aspecto tan graciosamente pastoril, que la imaginación olvidaba con desdén á tal vista el tocado femenino voluptuoso, romano y griego.

La luz de los mecheros que reflejaba vistosamente por tales ojos, hermosuras y arreos, se eclipsaba tristemente y apagaba en el grupo oscuro de hombres, que embozados en sus capas y apoyados en algún gran tajo de madera ó mesa de noguerón, se bosquejaban confusamente y se dejaban mal ver á un lado y otro de las dos puertas, que esta iba á la calle y la otra á los patios y corrales de la casa.

Caldera de gran buque con asa de dilatado cerco, recién bruñida por gentil mano y pendiente de sendas llares, condecoraba campestremente el frontis y lugar de aquel recibimiento general ó salón de compañía de las casas rústicas de los pueblos de Andalucía. La chimenea que cobijaba todo aquel espacio, siendo de gran

vuelo y amplitud, y blanca como la paloma, resaltaba ricamente con el tesoro de cobre y azófar que la coronaba, señal de ostentación y riqueza en aquellas comarcas. Allí otras calderas de menor calibre, limpias y rojas como las candelas, deslumbraban los ojos con su brillo; las espumaderas, los cazos, los peroles, las ollas de cobre, los escalfadores, las palmatorias, las lámparas, y otros cien trebejos y cachivaches, como chufetas, braserillos, copas, badiles, almireces y más baratijas, todo de metal relumbrante y limpio, eran muestra del ajuar copioso y rico de la casa, al paso que cinco ó seis otros velones de no menor estatura que el que ardía entre el cielo y la tierra de aquel hemisferio, con sus *grifos apagados* y sus pantallas en alto, esbeltas é izadas arriba, parecían, entre las demás prendas de la chimenea, centinelas que vigilaban por tanto tesoro, ó capitanes atrevidos y en orden de parada, que con gala y desenfado tenían el mando de aquellas escuadras relumbrantes y refulgentes.

Los dos costeños, que eran los sostenedores de la fiesta, mantenían el buen nombre de su habilidad con soltura y gracia, haciendo subidas y variantes muy extremadas, y poco oídas hasta entonces, y entonando la voz por lo nuevo y bueno, ya con sentido, ya con desenfado. El más mancebo de los dos Gerineldos (y por

cierto que tenía muy buen corte) no quitaba ojo de la *Polvorilla*, quien, por su parte, le pagaba, unas veces á hurto y otras bien á las claras, con miradas muy expresivas aquella preferencia y afición.

La *Polvorilla* era un *pino de oro*. Jaca de dos cuerpos, era muy bien ensillada, mejor empernada, y tomando tierra con dos dijes, que no con dos pies, pues tan lucidos y bien cortados eran. La cabeza era gentil, la mirada rigurosa, bebiendo con corales y marfiles que hacían eclipsar los ojos de purísimo gustito de quien la miraba, y traían el agua á la boca como deseando beber en aquella concha. Esta muchacha, grano de pimienta y pomo de quinta esencia de claveles, desde muy temprano había alcanzado fama y nombradía entre las chicas de breves y verdes años, y todo por cierta frase y palabra que soltó en ocasión solemne y estrepitosa. Se contaba que, estando en capullo todavía, y si son flores ó no son flores, cierto día que no estaba presente su madre, algún caballero ó majo, encontrándola sentada al oreo del viento y debajo de ciertos jazmines y arrayanes, le había hablado en estas ó muy parecidas palabras:

—Dígame, niña: ¿se puede saber los años con que esa personita cuenta?

Y diz que ella, mirando al interrogante con sus dos azabaches de África, le respondió:

—Señor caballero, madre asegura que no

tengo más que trece años; pero en cuanto á mí, ciertamente yo me siento de más edad.

La elocuencia fisiológica, gráfica y fulminante de tal frase, logró gran palma entre aquellos conoedores de las elegancias del idioma, y desde entonces, sin duda aludiendo á lo inflamable y estallante de tal cabeza, le pusieron á la persona el nombre y remoquete de *Polvorilla*; y esto porque, siendo el caso sucedido años había, cuando el conocimiento de los fósforos andaba poco derramado por aquellas partes, no se hablaba del pistón ó cosa semejante, pues, á serlo, la hubieran llamado la *pólvara fulminante*, ó apodo por el estilo.

La *Polvorilla*, pues, era el pimiento chirle del lugar, la cuestión sin término de los mozos, y el regaño de toda fiesta, rifa, junta ó baile en donde se encontraba. En el caso presente ya había bailado diez veces, cantado treinta coplas y matado á pesadumbres á dos docenas de hombres: bien que afortunadamente hasta el trance en que ahora vamos y logramos ir refiriendo, ningún siniestro ni tempestad de mayor marca había provocado. Con efecto: la cosa duró así larga pieza de tiempo, y ya casi llegué á persuadirme de que sonaría la queda sin fracaso alguno, felicitándome al propio tiempo de haber salvado aquel peligro, no de agua, sino de purísimo lanternazo, cuando mi compa-

ñero de aventuras , que sin duda repasaba en su imaginación otros iguales pensamientos que los míos, alargando el gallarín hacia mí , me dijo primero , parodiando ciertos versos famosos :

«Plaz mi ibero cavalier ,  
Et dona malacitana ,  
Et la danza sevigliana ,  
Et l'uomo bravo in destrier.»

Y luego, mudando de son y de pensamiento, añadió :

—*Sed non invenio nec apparet Roque bronquisve.*

Apenas había pronunciado estas nigrománticas palabras , sonó un silbido de mal agüero, sin acertar yo ahora á definir si vino de la parte interior ó sonó por las afueras de la casa ; pero ello es que, conforme se dejó sentir aquel reclamo , antes que nadie pudiera repararse , una voz cavernosa y muy reposada , sin saber de dónde salía , dijo con acento amenazador : *Rooque.*

Las guitarras, cual cogidas de sobresalto, suspendieron su vocinglería un instante ; pero como para desquitar tal interrupción y hacer olvidar esta muestra de debilidad , los músicos cogieron inmediatamente el hilo de su cortado pasacalle, y redoblaron con mayor ahinco y fuerzas sus repiques y redobles.

El ama de la casa , en voz de contrapunto, dijo :

—Que se llame al alcalde (y alzando más el grito): ó al escribano, mi primo, ó á *Rebenque* el alguacil.

Las madres, dueñas y tías comenzaron á llamar por sus nombres y apellidos á las hijas, sobrinas y pupilas; de manera que podría creer quien tal oyera que asistía á la lista de una, dos ó más compañías que, antes confundidas, van de pronto á rehacerse y ordenarse.

—No hay *cuidiao* (dijeron á un tiempo tres ó cuatro voces de contrabajo profundo): no hay *cuidiao*; ande la fiesta y vengan hombres.

Yo eché una mirada de inteligencia á mi inglés, como advirtiéndole que el aguacero se acercaba, y dándole á entender de camino que había hecho muy mal en no estar pertrechado de alguna silla como la mía, que le sirviese *in apuris* de celada ó rodela, según fuese el ataque y urgiese la necesidad. La cosa anduvo, sin embargo, por la buena todavía como diez ó quince minutos, cuando al cabo de ellos, y como si la voz prodigiosa de *Carvino* en la familia de *Wieland* se hubiera dejado oír allí, se escuchó con más enojo y con cierto retintín el grito tremendo de *Roooque*.

—Ya esto es insufrible y pasa de bellaquería, —exclamó chillando la honrada ama de la casa.

—Fulana, Zutana, Mengana, Maricota, Nieves.... (se oía por aquí); Fuensanta, Patrocinio,

Juancha, Currilla....—se escuchaba por allá; y otros cien nombres por todas partes.

—Si digo que no hay *cuidiao*,—repitió con sarcronería la voz de antaño.

—Pues siga la fiesta,—decían otros.

Yo miré á mi inglés á ver qué tal continente tenía, y éste, que ya iba tomando tiento al lance, se me dió por entendido, y me dijo en nuestra consabida monserga:

—*Fruor, amice, sed jam apparet Roque bronquisve.*

Y no se equivocaba por cierto; pues en el propio instante algún brazo invisible, por lo presto y poderoso, dió tal revés al luminar que alumbraba la estancia, que así callaran sus bocas las cien mujeres, que al punto comenzaron á gritar por todos los tonos, como él quedó apagado y muerto cual si hubiese sido ciego de nacimiento. Cien cigarras chirriando á un tiempo, doscientas norias estridando premiosamente, mil gallinas y ánsares salteados por vulpeja ó garduño, y mil chiquillos vapulados á telón alzado por mano grave y sentada, no remedan ni á cien leguas el escarceo y endiablada algazara que allí se armó y encendió. Las guitarras, sin embargo, proseguían en su clamoreo y en sus trinos, pues callarlas en semejante conflicto fuera cobardía y dar victoria á los contrarios. En seguida comenzaron los cintarazos y el bata-

neo de costumbre, y las carreras y encuentros de los que querían, acertaban y podían deslizarse y escabullirse, ó al menos zabullirse y agazaparse. La vocería cesó, y los palos alzaban más el grito : había palo que valía cien reales, y silletazo que merecía un condado. Las guitarras en tanto tuvieron por conveniente entornar al fin el pico, no sin oponer una vigorosa resistencia la guardia argiráspide que las custodiaba. Un son lastimero y uno como eco de lejana y moribunda armonía fueron los últimos suspiros de aquellos dos instrumentos. Yo, como veterano en tales andanzas, desde luego tuve estudiado y adopté la posición que debí tomar y la postura en guardia que me convenía. Por mi vera percibía pasar silenciosas cabezas llenas de rizos, ó deslizarse en agachadillas los callados pies de las Sabinas hermosas que huían de aquel recinto endiablado, así bien como tórtolas que huyen las enramadas invadidas por la brutez pastoril, ó como tímidas cautivas que se alejan de los horribles lechos de los piratas y corsarios. De todo esto bien conocía yo cuál era su naturaleza de significación, así como desde luego entendí que aquellos ecos lastimeros de las dos vihuelas no era otra cosa que el ósculo de paz que habían dado al estrellarse como huevos frescos en la molla de los dos tañedores costeños. Mas lo que me intrigaba sobre manera, por no poder atinar

en alguna explicación razonable de ello, era oír unos como badajazos de campana, ya pausados, ya repetidos, ya desiguales, ó ya de carrerilla, que traían atronado todo aquel recinto.

—No parece (decía yo para mi sayo) sino que el reloj del lugar se ha trasladado aquí esta noche para tocar las doce, luego las cuatro, después las diez, sin orden ni concierto, confundiendo las horas con los cuartos y vice versa, y luego al contrario. Además, todo reloj en regla no se propasa á marcar más que las doce; pero este da las trece, las quince, las veinticuatro. ¡Qué diablos podrá ser este son, que en ninguna otra culebra he oído ni sentido!....

Afortunadamente pronto salí de mi motivada curiosidad. En efecto: el alcalde acudió como era justo, justamente cuando ya todo había finado y concluído. Le seguían gran copia de luces, amén de los individuos de la justicia, que todos iban entrando y diciendo:

—Esto es cosa de juego y de nonada; que se encienda el velón, y siga la fiesta.

El velón fué levantado de su maltrecho, recibió nueva vida y lumbre, y ocupó su lugar de antes. Con su ayuda, y al brillo de las demás luces, se descubrió todo el campo salteado, se dibujaron fielmente todos los objetos, y tomaron color y vida. El alcalde tuvo el poder del *Despertador de los Cementerios*. Á su llegada comenzó

á levantarse y tomar posición vertical todo el ganado femenino que por aquí y por allí, á la hila de las paredes y por debajo de mesas y bancos, se había guarecido rebujadamente ú horizontalmente del chubasco que había sobrevenido. En cuanto la estancia quedó iluminada, el primer objeto con que tropezaron mis ojos fué conmigo mismo, pues los perfiles de mi penumbra se dejaban ver en la pared á mí frontera. En efecto: tuve el placer de contemplarme hurtado suave y encogidamente contra la pared, teniendo mi silla embrazada por el espaldar, colocado mi asiento sobre mi cabeza, y sirviéndome como de casco romano, aunque adornado con las cuatro puntas de los cuatro peldaños. En una palabra: á tener actitud más noble, hubiéraseme antojado mi imagen la estatua de un Neptuno; pero considerándome como busto de medio cuerpo, sólo pudiera pasar muy bien por la efigie de algún rey de los longobardos, que él mismo se cobijaba la corona. Una de las guitarras la miré puesta por corbata de uno de los tocadores.

Cuando la refriega, y estando ya en manos de algún invasor, la enderezaron tan felizmente y con tal acierto á la cabeza del tocador, que, entrándola por el ánima del instrumento, se la sacaron limpiamente por su espaldar y fundamento. Fué golpe en verdad de gran limpieza, y entonces hubo de oirse sin duda aquel eco de

melancólica armonía de que hemos hecho puntual mención. Al mirar á tal individuo con semejante collar, parecía que se engalanaba con dos cabestrillos de encumbrada prosapia y ascendencia: aquél era el pañolín de seda, y éste el mástil de la guitarra. La otra vihuela se parecía en derredor hecha menudos añicos, que cada cuál revelaba mil y una carambolas hechas limpiamente por mano airada y brazo fuerte.

Pero ¿qué serían aquellos badajazos campaniles que tan ruidosamente sonaban, y de que fiel relación tengo hecha á mis curiosos lectores? Voy á decirlo incontinenti. El inglés, que por lo negro del nublado sacó el hilo de la tempestad que comenzaba, se previno prudentemente para el caso. Adivinando el buen uso que yo pensaba hacer de la silla, y no teniendo otra igual á mano para aplicarla á tal menester por la preferencia que diera al asiento de cal y canto que con la muchacha ocupaba de por mitad, se apoderó desde luego de la oronda caldera que adornaba el hogar de la casa. Dueño de ella, se la puso como quitasol, y allí recibió el aguacero y graznada que tan rabiosamente disparó el cielo en aquel aposento. Es indudable que algún devoto de la chica, viendo al inglés tan cercano á ella, se propuso con tal motivo machacarle la caspa y tocarle á aleluya en la mollera. Á esto debe atribuirse aquel repetir, dar, sonar y deshacer, y

resonar las diez, las once y las doce horas, y que el diablo sea sordo. Fortuna que tal capace-te pudo lograr nuestro curioso Arturo.

Como este juego y escarceo inocente no provocó mayor pesadumbre y desmán, cual se lo hizo conocer acto continuo al alcalde la *Polvorilla*, que lista como un Argos fué la primera en descampar, como fué también la primera en parecer, dijo á voz en grito:

—¿Y porque hay chubascos no se ha de ver el cielo saliendo al verdoso? ¿y porque haga aire se han de clavar las ventanas? Nada ha sucedido sino salva y estruendo: guitarras hay y cuajo tenemos; siga, pues, la fiesta.

—¡*Que siga! ¡que siga!*—clamaron todos, y muy particularmente cinco ó seis jóvenes de veintidos á veinticinco abriles, que haciéndose de nuevas entraron por las puertas. Hubo quien dijo que aquellos justamente habían dado el *Roque* y armado el *Bronquis*. Pero esto no puede creerse, atendido el respeto que se merecía el señor alcalde. Si ellos fueron, hicieron muy bien en volver á encender la zambra, pues, después de apalear á sus contrarios, nada más alegre como armarles fiesta y cantar la victoria.

Han pasado años y años de esta andanza y aventura, cuando no hace quince días que estándome leyendo en los porches de la Plaza Mayor el manifiesto del 19 del mes que espiró, me

encuentro abrazado por mi amigo Arturo. Fácil es concebir nuestra recíproca alegría y satisfacción. Desde luego, además de la de los años, le hallé gran diferencia en su lenguaje. Sin duda debe haber estudiado mucho el castellano, y, más que todo, haber viajado continua y dilatadamente por España, para poseer tan bien y con tal propiedad nuestro idioma. Desde luego trajimos á la memoria el recuerdo de nuestra pasada aventura y de todos sus adherentes y circunstancias.

—¿Sabe V. (le dije) que he bosquejado un artículo de costumbres, sirviéndome de cañamazo y urdimbre el suceso que así nos sobresaltó y que después nos divirtió tanto?

—Quiero leerlo (me replicó Arturo), para recordar algunas circunstancias y pintar en mi álbum la escena final de aquel acto, con su silla de V. sentada sobre la cabeza, y mi caldera sirviéndome de casco de centurión.

—¿Y por qué, si después de leído le agrada el artículo, no lo traduce al inglés, siquiera por memoria mía?

—No lo traduzco, amigo mío, porque para dar una idea real, histórica, exacta y cumplida á mis compatriotas de lo que es en este país dar un *Roque* y armar un *Bronquis*, he traducido ya minuciosamente y muy pormenor la sesión de las Cortes españolas de 16 del mes de Marzo del año de gracia de 1846.